

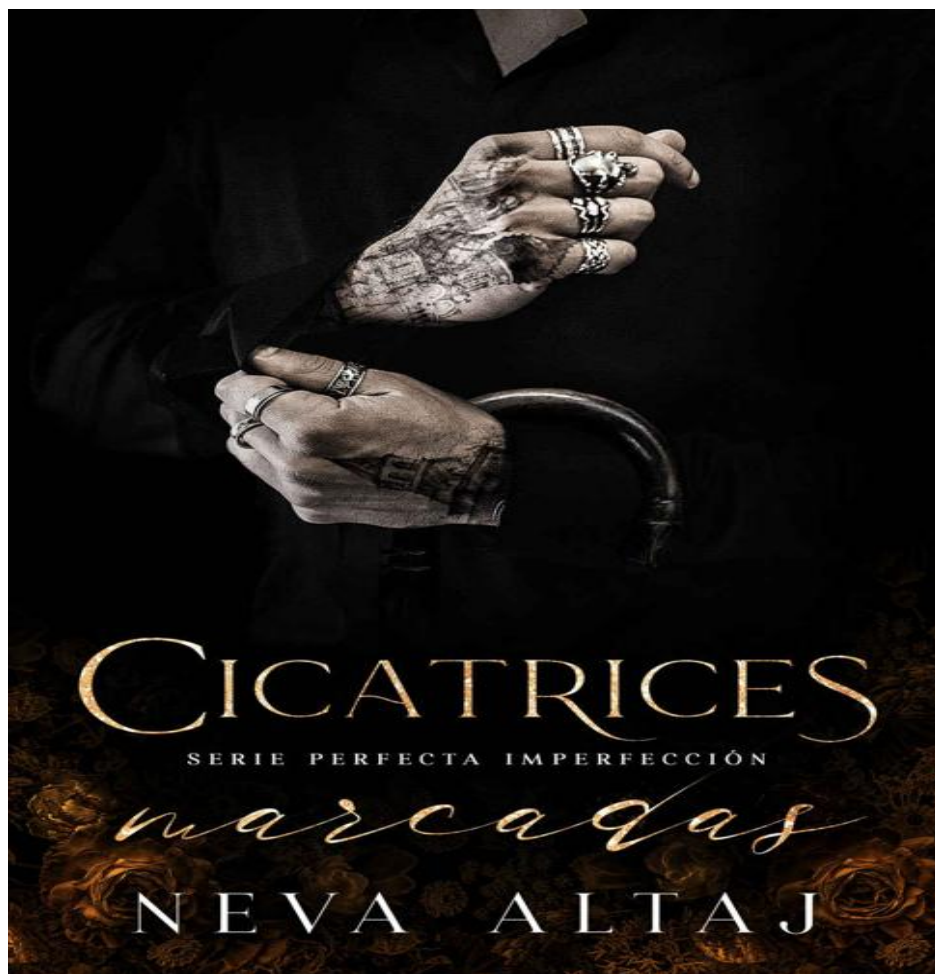


CICATRICES

SERIE PERFECTA IMPERFECCIÓN

marcadas

NEVA ALTAJ



CICATRICES

SERIE PERFECTA IMPERFECCIÓN

marcadas

NEVA ALTAJ

Notas de licencia

Copyright © 2023 Neva Altaj
www.neva-altaj.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma sin el permiso del autor, excepto según lo permita la ley de derechos de autor de EE. UU.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares, es pura coincidencia.

Traducción, edición y corrección al español por: Sirena Audiobooks LLC
Diseño de portada por Deranged Doctor (www.derangeddoctordesign.com)

Nota de la autora

Querido lector, en el libro aparecen algunas palabras en ruso, así que aquí están las traducciones y aclaraciones:

Pakhan (пахан): líder de la mafia rusa.

Bratva (братва): la red criminal rusa, o mafia rusa.

Malysh (мальш): (pequeño) es usado como una expresión cariñosa en lugar de “bebé o nena”. La palabra es masculina, pero también puede usarse como neutro. Existe la versión femenina *malyshka* (малышка), y esa también puede ser usada para dirigirse a una pareja de sexo femenino, aunque la mayoría prefiere usar *malysh*.

Kukolka (куколка): (muñequita) diminutivo de *kukla*, que significa «muñeca».

Milaya (милая): (querido, ser querido) es usado como un apelativo cariñoso en vez de “cariño o cielo”.

Piroshki (пирожки): (tartas hechas a mano); se trata de pequeñas tartas que se pueden hacer saladas (rellenas de carne picada y/o verduras) o dulces (rellenas de frutas o mermeladas) y son horneadas o fritas.

Morozhenoe (мороженое): helado.

Una aclaración sobre los apellidos rusos: la mayoría de los apellidos de las mujeres rusas casadas son formados añadiendo una «a» al final del apellido de su esposo (por ejemplo, Petrov-Petrova). Los rusos que viven en el extranjero se pueden adaptar a las normas locales, y ambos, esposo y esposa, tendrán la misma terminación en su licencia de conducir y en otros documentos para evitar confusión (Roman Petrov y Nina Petrov). Sin embargo, los rusos siguen dirigiéndose a la esposa como Nina Petrova, no importa el país en que vivan.

Advertencia

Tenga en cuenta que este libro contiene temas que pueden ser sensibles para ciertas audiencias: violencia doméstica, menciones de abuso, y descripciones gráficas de violencia y tortura (ninguna ocurre entre el héroe/la heroína).

Índice

[Notas de licencia](#)

[Nota de la autora](#)

[Advertencia](#)

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

[Escena extra – La cocina de Igor](#)

[Escena extra – Papá Roman](#)

[Estimado lector](#)

[Sobre la Autora](#)

Prólogo

Roman

Bip. Bip.

Olor fuerte a hospital. Parece que sigo vivo.

Intento abrir los ojos. No funciona. Supongo que los efectos de la anestesia están comenzando a desaparecer. Por lo menos, ya no hay más dolor. Hay voces hablando suavemente a mi izquierda, pero son tenues y, aunque suenan familiares, no las reconozco.

Bip. Bip.

—¿Puede oírnos?

—No. Está profundamente sedado.

Bip.

—¿Vivirá?

—Por desgracia, sí. Las heridas en su pecho no fueron graves. Lo han suturado.

—Podemos volver a intentarlo. Y les echamos la culpa una vez más a los italianos.

—Demasiado arriesgado. La gente es leal al *Pakhan*. Si alguien sospecha de mí, acabaré tirado en una cuneta.

Bip.

—Bueno, puede haber un lado positivo. Las esquirlas de la explosión le han destrozado la rodilla.

—¿Y qué?

—El médico dijo que no volverá a caminar. Si alguien más capacitado entra en la escena... la gente, por muy leal que sea, difícilmente apoyará a un *Pakhan* en silla de ruedas si se les presenta una mejor opción.

—Entonces, parece que lo hicimos bien después de todo.

Hay dos pares de pasos alejándose, y luego se cierra una puerta.

Capítulo 1

Tres meses después

Roman

Nunca hay suficientes medicamentos.

Pongo la hoja llena de notas sobre el montón de papeles de mi escritorio y me concentro en los números en la pantalla de la *laptop*.

—Llama a Sergei. —Me recuesto en la silla de ruedas y miro a Maxim, quien está sentando al otro lado de mi escritorio—. Necesito que organice dos cargamentos adicionales este mes.

—Ya negoció las cantidades con Mendoza para este trimestre. No creo que los mexicanos puedan duplicarlas con tan poca antelación.

—Lo harán. Ahora, dime qué demonios sucedió porque conozco bien esa mirada, y sé que no me va a gustar la respuesta.

—Samuel Grey malversó tres millones de dólares. De nuestro dinero.

Suspiro y niego con la cabeza.

—¿Quién es Samuel Grey? ¿Por qué tenía acceso a nuestro dinero? ¿Y cómo ha conseguido hacer tal cosa?

—Es nuestro mediador inmobiliario. El dinero estaba destinado a comprar dos lotes más cerca del almacén norte. Grey pensó que podía tomar nuestro dinero prestado durante una semana para una inversión que resultó ser un esquema Ponzi.

¿Qué tan idiota puede ser una persona para robarle a la *Bratva*? A veces, me sorprende la estupidez de la gente.

—¿Puede devolverlo?

—No.

—Mátalo. Y que sirva de escarmiento.

—Tenía otra cosa en mente, Roman. La gente... está comenzando a hablar. Necesitamos una distracción, rápido. Creo que Grey puede proveerla.

—Oh, ¿sí? ¿Y de qué han estado hablando?

Conozco a Maxim desde que empezó a trabajar para mi padre como soldado raso hace dos décadas. El viejo *Pakhan* nunca pudo determinar el potencial de una persona. Desperdiciar a un hombre tan competente como Maxim asignándole trabajo de campo básico fue uno de los muchos errores que corregí en el momento en que me convertí en *Pakhan* hace doce años. Justo después de matar al bastardo.

—De ti. De que aún no te has casado.

Esas son noticias viejas.

—Ahí no acaba la cosa, ¿verdad? ¿Qué más? —pregunto con los ojos entrecerrados.

No me está mirando, sus ojos enfocados en algo situado en la pared detrás de mí.

—Se rumora que no podrás ser capaz de dirigir la *Bratva* por mucho tiempo y que alguien más ocupará tu lugar. Alguien más... capaz físicamente.

—¿Y compartes esa opinión?

—No me insultes, Roman. Sabes que siempre te he apoyado y lo seguiré haciendo. Aunque no piense que eres el mejor *Pakhan* que haya tenido la *Bratva*. Llevas tres meses encerrado. No has ido a ninguno de los clubes a supervisar las operaciones, como lo hacías al menos una vez al mes antes de la explosión. Y no se te ha visto con ninguna mujer.

—¿Así que el estado de mi vida sexual es mejor indicador de mi capacidad para dirigir la *Bratva* que el hecho de que hayamos duplicado nuestra ganancia en los últimos dos meses?

—La gente necesita sentirse segura, Roman. Todavía recuerdan la manera en que tu padre le arrebató el lugar al *Pakhan* anterior, y el caos que le siguió. La *Bratva* perdió más de cincuenta personas por conflictos internos, y el negocio quedó devastado. Necesitan tener la certeza de que no

volverá a suceder. Una esposa significa que habrá un heredero preparado para sustituirte cuando llegue el momento, sin guerras internas ni más muertes.

—No me ataré a una mujer cualquiera para toda la vida solo para tranquilizar a nuestros hombres.

—Déjame enseñarte una cosa. —Maxim saca su teléfono y comienza a deslizar la pantalla—. Mi hija fue al colegio con la hija de Samuel. No eran íntimas amigas ni nada por el estilo, pero a menudo salían juntas, y recuerdo que me enseñaba los videos que grabó. Anoche le pedí que me enviara uno cuando me enteré de lo que hizo Samuel Grey.

—¿Qué tienen que ver unos videos de adolescentes con mi capacidad para dirigir la *Bratva*?

—Bueno, ya no es una adolescente. Nina Grey terminó sus estudios de arte en The Art Institute aquí en Chicago en dos años en vez de cuatro, y es actualmente la joven artista más solicitada del país. Sus cuadros se venden por cifras de cuatro dígitos cada uno.

—¿Y qué? ¿Vamos a contratarla para que nos pinte un retrato de familia? —Me aprieto el puente de la nariz—. Apenas tienes cincuenta años. ¿Estás volviéndote prematuramente senil?

—No vamos a contratarla para que nos pinte un retrato. La vamos a chantajear. La vida de su padre por sus servicios.

—¿Para hacer qué?

—Para casarse contigo. Bueno, al menos temporalmente.

Me quedo mirando a mi segundo al mando unos segundos y luego me echo a reír.

—Te has vuelto loco.

—¿Lo estoy? —Cruza las manos y se recuesta—. ¿Y qué dice de tu pierna el terapeuta?

—Espera que sea capaz de recuperar hasta el ochenta por ciento de la movilidad.

—¿Y eso qué significa?

—Quiere decir que usaré muletas en el peor de los casos, y un bastón en el mejor.

—Eso está bien. ¿De cuánto tiempo estamos hablando? ¿Un mes?

Lo miro y aprieto los dientes.

—Al menos seis meses de rehabilitación física.

—Maldición, Roman. —Levanta sus manos y se aprieta las sienes—. No podemos esperar tanto. Necesitamos algo ahora, o habrá disturbios.

Miro por la ventana y suspiro. Maxim siempre suele tener razón.

—Estás diciendo que, ¿o tengo dos piernas funcionales?, ¿o una esposa? No caminaré tan pronto, Maxim.

—Bueno, en ese caso, te conseguiremos una esposa hasta que puedas.

—Eso es ridículo. No puedo chantajear a una mujer que no conozco para que finja ser mi mujer durante seis meses, sobre todo alguien que no tiene ninguna relación con nuestro mundo. Probablemente estará aterrorizada. Nadie se lo va a creer.

—Mira esto —dice y me pone su teléfono en la mano.

El video está borroso, probablemente porque lo grabaron hace años, aunque la luz es buena y puedo ver el interior de una habitación con varios adolescentes sentados en semicírculo, de espaldas a la cámara. La única persona cuyo rostro es visible es una chica de pelo oscuro sentada con las piernas cruzadas ante el público. La cámara se acerca, enfocando sus facciones de hada y sus ojos oscuros. Me pregunto qué aspecto tendrá ahora.

—¿Puedes imitar a la señora Nolan? —pregunta alguien del semicírculo—. Cuando habla sobre sus gatos.

—¿Otra vez? —protesta la joven Nina Grey—. ¿Qué tal otra persona? ¿Tal vez un político?

Se oye un gemido colectivo de indignación y varios adolescentes gritan:

—*¡La señora Nolan!* —La joven Nina sacude la cabeza, luego sonríe y cierra los ojos. Cuando los abre unos segundos después y comienza a hablar, me encuentro acercando el teléfono, completamente asombrado.

Está hablando, pero no presto atención a sus palabras. Estoy completamente absorto mirando los gestos de su rostro, la forma en que su ojo derecho tiembla un poco cuando habla, cómo acentúa las palabras. De repente, es como si fuera una persona completamente diferente.

—¿Qué edad tiene en el video? —cuestiono sin apartar los ojos de la pantalla.

—Catorce. Es increíble, ¿verdad?

En el video, alguien grita otro nombre y señala a una chica sentada al final del semicírculo. Nina Grey se ríe, cierra los ojos en concentración y luego comienza una nueva actuación. Una vez más, toma totalmente un nuevo personaje con su postura, y con la manera en que sus manos se mueven mientras habla. La chica en su costado la mira, luego se ríe y se cubre el rostro con la mano. Nina reproduce el movimiento al detalle, incluso la manera en que la chica levanta un poco los hombros cuando ríe. No creo haber presenciado nunca algo así.

Levanto la mirada para encontrar a Maxim sonriendo con satisfacción.

—Como puedes ver, no creo que tenga ningún problema para fingir ser lo que quieras que sea.

—¿Estás hablando en serio?

Su idea me sigue pareciendo del todo absurda.

—Tiempos desesperados exigen medidas desesperadas, Roman. Tenemos que acallar los rumores, y tiene que ser ahora.

—En ese caso, que sea la esposa. —Cierro la *laptop* de golpe—. ¡Maldición!

Nina

Dejo el bolso en el sillón reclinable de la sala y doy media vuelta. Hacía meses que no venía, pero parece que nada ha cambiado. Las mismas cortinas blancas y alfombras, los muebles blancos y *beige*, las blancas paredes desnudas. Demasiado blanco, luce estéril. Siempre lo he odiado.

Con razón empleé el primer sueldo decente que gané en alquilarme un apartamento y salir de esta desolación.

—¡Ya estoy aquí! —anuncio.

Unos segundos después, hay un sonido de tacones acercándose. Mi madre sale de la cocina y corre hacia mí, con las manos en las caderas. Zara Grey es todo lo contrario a mí: alta y rubia, bien maquillada y un vestido planchado a la perfección. Uno de seda blanca. Quiero gritar.

—Llegas tres horas tarde, te dije... —Se detiene a media frase—. Dios mío, ¿qué te has hecho?

—¿Puedes ser más específica?

—Esa cosa metálica en la nariz.

—Se llama *piercing*, mamá.

—La gente contrae enfermedades por la nariz, Nina. Cuando tu padre te vea, le va a dar un infarto.

—Tengo veinticuatro años. Puedo hacer lo que quiera con mi cuerpo. Y lo he tenido desde hace años, me lo quito cuando vengo aquí para evitar que me fastidies. Hoy se me olvidó.

—¿Y por qué vas toda de negro? ¿Se ha muerto alguien?

Algunas de mis neuronas, de seguro.

—Este mes estoy en una etapa oscura. —Me encojo de hombros.

A mi madre le encantan los clichés. Creo que la hacen sentir más cómoda, sobre todo conmigo. Aún encuentra difícil procesar la carrera que elegí. Supongo que le resultaría más fácil si pintara adornos florales o cervatillos. Me pregunto qué tendrá que decir de mi última obra. Todavía es un trabajo en progreso, sin embargo, no habrá flores ni ciervos.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan rara?

—Funciona de maravilla con los chicos. —Sonrío—. A los hombres les gustan las mujeres raras.

—No estoy muy segura de eso, cariño.

Dios, ni siquiera entiende mi sarcasmo.

—Cuando papá llamó, dijo que era urgente. ¿Dónde está?

—En el estudio. Lleva los últimos días actuando muy raro. Creo que tiene que ver con el trabajo, no obstante, no quiere contarme nada. Parece como... si tuviera miedo de algo.

Mi padre está en el negocio de bienes y raíces. No hay muchas cosas de las que tener miedo. Entro por el pasillo de la izquierda y llamo a la puerta de su estudio, sin tener la menor idea de que mi vida va a cambiar de forma drástica en cuanto entre.

* * *

Media hora después, estoy sentada en un sillón reclinable situado en un rincón de la oficina mirando a mi padre, boquiabierta.

—¿Es una broma?

—No, no lo es.

Deja caer los hombros y se pasa una mano por su cabello canoso.

—De acuerdo, a ver si lo entiendo. Les robaste dinero a los rusos y lo perdiste, y ahora me pides que me case con un jefe de la mafia rusa.

—No robé nada, Nina. —Alza los brazos al aire, se levanta y comienza a caminar por detrás del escritorio—. Lo tomé prestado unos días porque necesitaba los fondos para un negocio. Nunca pensé que el tipo sería un estafador o que tomaría el dinero y desaparecería.

—Tomaste el dinero y ahora no puedes devolvérselo. ¿Cómo diablos te mezclaste con la mafia rusa? ¿En qué demonios estabas pensando, papá?

—¡No me hables así! —Me señala con un dedo acusador—. ¡Soy tu padre!

—Por el amor de Dios, me estás pidiendo que me case con un criminal para salvarte el trasero. Creo que puedo hablarte como quiera, dadas las circunstancias.

—Nina...

—¿En serio esperan que me case con su jefe?

—Solo es temporal. —Agita la mano en el aire como si no fuera gran cosa.

—Pero ¿por qué? ¿No hay por ahí una fila de hijas de mafiosos esperando a casarse con el tipo? Sería un sueño hecho realidad para cualquiera de ellas, ¿no? ¿Por qué yo?

—No me lo dijeron. Esa gente no da explicaciones. Te dicen lo que tienes que hacer y, si no lo haces, estás muerto.

—¿En serio crees que te matarán?

—Sí. Me sorprende que no lo hayan hecho ya. —Detiene su caminar de un lado al otro, da media vuelta y me mira—. Si no haces lo que piden, estoy muerto.

Respiro hondo y hundo las manos en el cabello, apretándome la cabeza como si fuera a ayudarme a encontrar una solución a este desastre. Porque no pienso casarme con nadie, ni de verdad ni de mentira.

—De acuerdo, vamos a pensar. Tiene que haber alguna manera de arreglar esto. Tengo algo ahorrado, tal vez unos cincuenta mil. El mes que viene tengo mi siguiente exposición, y podría ser capaz de conseguir otros veinte mil si logro terminar las quince piezas y venderlas todas. ¿Cuánto puedes conseguir por la casa?

—Tal vez unos ochenta mil. O noventa, si vendemos también los muebles. Y diez mil más por el auto.

—Bien. Con eso tenemos alrededor de unos ciento setenta mil. ¿Será suficiente? ¿Cuánto les debes?

—Tres millones.

Creo que he sufrido un pequeño infarto, porque es imposible que haya dicho lo que he oído.

—¿Puedes repetirlo, por favor?

—Les debo tres millones de dólares.

Lo miro, boquiabierta.

—¡Dios mío, papá!

Me agacho y pongo la frente en las rodillas, intentando controlar la respiración. No estoy hecha para el matrimonio; nadie en su sano juicio ofrecería tres millones de dólares a cambio de seis meses de matrimonio. Tiene que haber una trampa.

—Tiene noventa años ¿verdad? —murmuro en mis rodillas.

—No sé qué edad tiene su *Pakhan*, aunque no creo que tenga noventa años.

—Pues ochenta. Qué alivio. —«*Voy a vomitar*».

—Dicen que será un matrimonio solo en papel. No tendrás que... ya sabes.

—¿Acostarme con él? Bueno, si tiene ochenta años seguro que no puede tener sexo. Eso es bueno. Ochenta está bien.

—Lo... lo siento mucho, Nina. Si no quieres seguir con esto, lo entiendo. Ya se me ocurrirá algo.

Me incorporo y miro a mi padre, quien ahora está desplomado en su silla, con el pelo despeinado y los ojos enrojecidos. De repente, parece tan frágil y viejo.

—A menos que pienses en ir a la policía, no podemos hacer nada más, ¿verdad? —pregunto.

—Sabes que no puedo denunciar a la mafia rusa con la policía. Nos matarían a todos.

Por supuesto, nos matarían a todos. Cierro los ojos y suspiro.

—De acuerdo. Lo haré.

Mi padre me mira durante unos segundos, luego se tapa la cara con las manos y comienza a llorar. También quiero llorar, pero no serviría de nada.

—Supongo que organizarán una reunión, o algo, donde discutiremos los detalles.

—Ya lo hicieron. Nos reuniremos con el *Pakhan* dentro de una hora.

Miro a mi padre y hundo las manos en mi cabello.

—Perfecto. Voy al baño a vomitar mi almuerzo y te veo en la puerta principal dentro de cinco minutos.

Capítulo 2

Roman

Una chica me trae la bebida, la pone en la mesa frente a mí y, sin levantar la vista, gira y sale corriendo de vuelta a la cocina. Miro a mi alrededor, observando los manteles monótonos y las sillas disparejas. El lugar es una pocilga. Cerró el mes pasado, es la razón por la cual lo elegí para este encuentro. El sonido de un teléfono rompe el silencio.

—Ya están aquí —anuncia Maxim situado detrás de mí—. Ha venido con su padre.

—Que entre la chica y el padre se quede fuera.

Tomo un sorbo de *whiskey* y enfoco mi mirada en la puerta de cristal al otro lado de la habitación. Alguien toca, y mi hombre que está de pie junto a la puerta la abre, dejando entrar a la chica.

Por alguna razón, esperaba que fuera más alta. Es diminuta, no más que cinco pies. Su cabello largo y negro azabache está recogido en dos trenzas gruesas a cada lado de su rostro y, si ignoras sus pechos, podría pasar por una adolescente. Incluso va vestida como tal: *jeans* negros rotos, una sudadera con capucha negra y esas botas negras que he visto que lleven los chicos emos.

Cierro los ojos durante un segundo y niego con la cabeza. Esto nunca funcionará. Estoy a punto de decirle a Maxim que la envíe de vuelta a casa, cuando su cabeza gira hacia mí y las palabras mueren en mis labios. Tiene las mismas facciones que vi en el video, aunque su rostro ha perdido su apariencia infantil con mejillas redondas. En lugar de una bonita adolescente, una mujer increíblemente bella está frente a nosotros, mirándome con una expresión muy parecida a la ira. Sus ojos conectan con los míos y una perfecta ceja negra se arquea en un gesto inquisitivo.

—Señorita Grey —digo, y hago señas hacia la silla vacía al otro lado de la mesa—. Por favor, tome asiento.

Estoy esperando que se acobarde, que quizás se estremezca, pero no parece que la situación la perturbe ni un poco. Se acerca, su mirada conectada con la mía todo el tiempo. No se sienta en la silla como le he indicado, sino que se detiene frente a mí y me observa detenidamente. Me concentro en su rostro, esperando su reacción cuando vea la silla de ruedas. No hay ninguna.

—No es lo que esperaba, señor Petrov —afirma, y tengo que reconocerlo, la chica tiene agallas.

—¿Y eso por qué, señorita Grey?

—Esperaba a un viejo de ochenta años. —Frunce los labios.

Me pregunto si de verdad está tan serena e imperturbable como parece, o si es esta otra de sus actuaciones. Si está fingiendo, es muy buena.

—Tengo treinta y cinco años. —Tomo un trago de mi vaso—. Ahora que lo hemos aclarado, hablemos de negocios. ¿Tu padre te explicó lo que se espera de ti?

—Lo hizo. Y tengo algunas preguntas. —Toma el extremo de una de sus trenzas y comienza a enrollarla en el dedo. No está tan relajada como intenta parecer, después de todo—. Y puesto que llamaremos a esto una transacción comercial, tengo una condición.

—¿Una condición? No estás en posición de negociar los términos, señorita Grey, pero adelante.

—Dejará en paz a mi padre. Esta... transacción quedará entre nosotros. Él está fuera del panorama.

—Lo pensaré. Ahora, oigamos tus preguntas.

—¿Por qué necesitas una esposa falsa?

—Eso no es de tu incumbencia. Y el matrimonio no será falso. Siguiente pregunta.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Qué pasará después de los seis meses?

—Recibirás los papeles del divorcio y seguirás con tu vida.

—¿Cómo haremos lo de la boda? ¿Solo ir y firmar los papeles?

Me reclino en la silla y la miro.

—Tenemos que aclarar algunas cosas, señorita Grey. No necesito una esposa solo en papel. Si alguien sospecha que no estamos locamente enamorados y que este matrimonio es una farsa, tu padre estará muerto. Y tú te le unirás.

Parpadea y me mira con una expresión claramente confundida en su cara.

—¿Esperas que vivamos juntos durante seis meses?

—Por supuesto. ¿Cómo más la gente va a creerse este matrimonio? — Parece que, por fin, algo la puso nerviosa, porque se queda ahí parada mirándome con los ojos muy abiertos, sin decir nada. Tengo la sensación de que no hay muchas cosas que puedan dejar sin palabras a Nina Grey.

—El sábado habrá una fiesta —prosigo—. Asistirás con tu padre. Nos conoceremos y nos enamoraremos como locos. Esa noche te llevaré a mi casa y no saldremos de mi habitación durante dos días.

—¿Se espera que tenga sexo contigo?

Lo dice con voz tranquila, como si preguntara por el tiempo, aunque veo en sus ojos un terror contenido. Estoy seguro de que nadie más se daría cuenta porque parece imperturbable en el exterior. Sin embargo, infligir miedo en la gente es algo que hago a diario, y está más claro que el agua, está horrorizada.

—No —respondo, luego decido ponerla un poco nerviosa—. A menos que lo quieras, por supuesto.

—Gracias por la oferta, señor Petrov, pero tendré que declinar. —Suelta la trenza y mete las manos en los bolsillos traseros de sus *jeans*.

Aunque esperaba que dijera que no, por alguna razón, su respuesta duele.

—¿Y qué haremos durante dos días en su habitación, señor Petrov?

—Para los demás, estaremos teniendo muchísimo sexo. En realidad, puedes hacer lo que quieras. —Agito la mano en el aire—. Mirar Netflix.

Hacer crucigramas. Me da igual. Estaré trabajando todo el tiempo.

—Qué agradable. ¿Y qué ocurrirá después de esos dos días de sexo maratónico?

—Perderé la cabeza por ti. Nos casaremos al cabo de unas semanas. Después, interpretarás el papel de esposa locamente enamorada. —Me encojo de hombros—. Lo que hagas en tu tiempo libre es cosa tuya, mientras cumplas con tu parte.

—¿Y? ¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—¿De verdad crees que alguien se va a creer esta... farsa?

—Bueno, eso depende de ti. Está en juego la vida de tu padre.

—¿Y tú? ¿Podrás sacar adelante tu papel?

—¿Qué papel?

—El de un hombre locamente enamorado de su esposa. No pareces de ese tipo.

—Supongo que tendrás que esperar y verlo por ti misma —respondo con una sonrisa—. ¿Tenemos un trato, señorita Grey?

Casi puedo ver las ruedas girando en su cabeza, sopesando las opciones, los pros y los contras, buscando una salida. No la hay, y ambos lo sabemos. Capto el momento exacto en que acepta la situación, un ligero endurecimiento alrededor de su mandíbula mientras aprieta los dientes.

—Trato hecho, señor Petrov.

Nina

La tarde es más cálida de lo habitual; pero aún siento frío por todo el cuerpo mientras salgo del restaurante. Mi padre me agarra del brazo y me conduce con rapidez hacia el coche, haciéndome preguntas por el camino, sin embargo, no logro concentrarme en sus palabras. Abro la puerta del

pasajero y me siento. Me tiemblan las piernas. Parece que la adrenalina se me ha agotado, y estoy sintiendo los efectos.

Nunca había tenido tanto miedo como en el momento en que entré en ese restaurante, preguntándome si habían cambiado de opinión e iban a matarnos. Mantenerme fría y serena frente a ese hombre despiadado exigió un tremendo autocontrol. Casi meto la pata un par de veces. Pero, si hubiera pensado, aunque fuera por un momento, que no podría seguirle el juego, mi padre y yo estaríamos muertos. No me dejé engañar por la silla de ruedas; supe a quién me enfrentaba en cuanto nuestras miradas se encontraron: un asesino a sangre fría.

Roman Petrov. Asumí que sería un viejo con entradas y barriga cervecera. No podía haber estado más equivocada. No obstante ¿Por qué querría chantajear a una mujer para que se casara con él?

Durante nuestra conversación, intenté mantener mis ojos fijos en los suyos, pero aun así conseguí echar una ojeada al resto. El hombre es increíblemente guapo. Eso fue evidente a pesar de la escasa luz. No pude precisar su altura porque estaba sentado y yo de pie, pero nuestras cabezas estaban al mismo nivel. Debe de llevarme un pie de altura. No está bien que lo diga, no obstante, sentí alivio al verlo en silla de ruedas. Para mí es un grave problema estar cerca de hombres muy altos, y la idea de estar amarrada con uno durante seis meses me provocó un horrible ataque de pánico.

—¡Nina! —grita mi padre—. ¿Me estás escuchando? ¿Qué demonios pasó ahí dentro? Intenté entrar y los matones no me dejaron.

Respiro hondo y, mientras veo pasar los autos desde el camino de entrada, comienzo a explicarle la versión corta del trato que hice con el jefe del bajo mundo ruso. Solo le cuento lo imprescindible del arreglo matrimonial. Cuanto menos sepa, mejor.

—Ni una palabra de esto a mamá —adviento cuando llegamos al frente de la casa—, y asegúrate de actuar como si nunca hubieras conocido a Petrov el sábado. Dijo que, si algo sale mal, no hay trato.

—¿Qué quieres decir?

—Significa que si alguien, mamá incluida, sospecha que no estoy locamente enamorada de ese hijo de puta, estamos muertos.

Capítulo 3

Nina

Miro el montón de vestidos que acabo de terminar de probarme y siento la loca necesidad de sentarme en el pequeño taburete del probador y echarme a llorar. Todos están diseñados para mujeres más altas que yo y con pechos enormes. Hasta ahora, cada vestido me ha hecho ver cómica, como una niña que ha estado jugando en el armario de su madre.

Llevo toda la semana pensando en la fiesta, absorta en las diferentes situaciones que podrían producirse después de que llegue. Ha ocupado cada uno de mis pensamientos mientras estoy despierta, y se me olvidó por completo comprar un vestido. La realización llegó esta mañana mientras estaba comiendo mi cereal, y casi me desmayo. Siempre he tenido problemas para encontrar vestidos que me queden bien, así que encontrar uno en tan pocas horas será una hazaña imposible.

Y ahora aquí estoy, llegando a la quinta hora de mi infructífera compra compulsiva, y no he encontrado nada adecuado para un evento sofisticado. Me encanta usar ropa elegante; pero solía frustrarme tanto cada vez que intentaba comprar algo, que dejé de buscar y me enfoqué en mi guardarropa informal. Aunque nunca se lo diría a nadie, la mayor parte del tiempo compro en la sección de adolescentes. Según las etiquetas, tengo catorce años. Y esta noche, preferiría llevar mis *jeans* que ponerme un vestido del mostrador del baile de graduación de adolescentes.

Suena el teléfono, lo saco del bolsillo de mis pantalones que están en la silla, y miro el número desconocido en la pantalla. Probablemente una llamada equivocada. Lo coloco de nuevo encima de los *jeans* doblados, dejando que suene y tomo la última prenda para probarme. Es un precioso vestido de seda verde, y le quedaría genial... a alguien más. Basta con mirarlo para ver que la cintura de la prenda me llegaría por debajo de la mía. El móvil vuelve a sonar, con el mismo número. La rechazo, para

tenerlos llamando una vez más un minuto después. Bueno, es alguien persistente, ¿no? Probablemente no desistirán, así que mejor pongo un alto en este momento.

—¿Sí? —bramo mientras mantengo el teléfono entre la oreja y el hombro, y desabrocho el vestido verde. Quizá no me quede tan mal.

—Señorita Grey —responde una voz profunda, y el vestido se me escurre entre los dedos—. Quería comprobar que de tu parte todo va según con el itinerario.

—Por supuesto, señor Petrov. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque Maxim acaba de llamar para decirme que lleva casi una hora sentada en el probador de una tienda.

«¿Qué?». Agarro la pesada cortina del probador con la intención de salir cuando recuerdo que estoy en mi ropa interior. ¡Maldita sea!

—¿Me estás siguiendo? —susurro entre dientes en el teléfono.

—Técnicamente, es Maxim. No quiero arriesgarme a que desaparezcas sin cumplir nuestro trato.

Recojo el vestido verde del suelo y comienzo a ponérmelo.

—No voy a irme a ninguna parte. Estoy intentando encontrar un vestido para su maldita fiesta. Ordénale a tu acosador que se vaya, señor Petrov.

Girándome hacia el espejo, miro mi reflejo y refunfuño. Un *no* definitivo al vestido verde.

—¿Aún no tienes un vestido? La fiesta es dentro de cuatro horas.

—¡Lo sé! Pero nada aquí me queda bien.

Hay una pausa al otro lado de la línea y luego un:

—No se mueva de ahí. —La línea se corta.

¿Qué demonios acaba de pasar?

—Como sea —digo por lo bajo, mirando el teléfono, luego recojo los vestidos y los dejo con la vendedora. Hay otra tienda de ropa que puedo checar en esta parte del centro comercial, sin embargo, si no encuentro algo allí, no tengo ni idea de lo que voy a hacer. Supongo que podría dirigirme a la última planta. Hay algunas *boutiques* de lujo ahí. Tal vez encuentre algo

y usualmente suelen tener una modista que podría acortarme el vestido en el momento. Sin embargo, esas tiendas son caras. No hay manera de que vaya a gastar dos mil dólares en un vestido.

Me estoy dirigiendo a la salida cuando veo al tipo del restaurante. Recuerdo que estuvo de pie todo el tiempo a unos pasos detrás de Petrov. Debe de tener cuarenta y tantos años y, aunque tiene un poco de sobrepeso, lo lleva bien. El traje y la corbata oscuros que trae puestos son impecables, sin duda caros. Parece un alto directivo de un banco en lugar de un criminal. Cuando salgo de la tienda, me evalúa por encima de las gafas y sacude la cabeza. Seguro que le parezco poca cosa. Como si me importara una mierda.

—Vamos. —Señala el ascensor con la cabeza—. La están esperando para las pruebas.

—¿Quiénes?

—El personal de la *boutique*.

—¿Cuál *boutique*? —pregunto al entrar en el ascensor.

—Roman dijo que la más cara. No presté atención al nombre.

—Tengo un presupuesto limitado.

—Roman pagará.

Abro la boca para decir que no, luego lo pienso. El tipo me está chantajeando para que me case con él amenazando la vida de mi padre. *Debería* pagar el vestido.

Una hora y media después, salgo de la *boutique* con un enorme porta trajes ocultando mi nuevo vestido ajustado a la medida profesionalmente, y dos cajas más con unos zapatos de tacón con tiras y un bolso de mano. Me pregunto qué pensará mi futuro esposo del vestido. Una cosa es segura, no le gustará cuando vea el recibo.

Roman

Está retrasada.

Vuelvo a la conversación que está alrededor de la mesa, esforzándome por fingir interés. Nunca me han gustado las grandes reuniones. Personas falsas con sonrisas falsas, aparentando que están tan felices de verte, aunque, en secreto, deseen tu muerte. Miro alrededor de la mesa y me pregunto quién de ellos colocó la bomba que me jodió la vida. No fueron los italianos. De eso, estoy seguro. Ese artefacto fue plantado bajo mi auto, y si hubieran sido los italianos, habrían hecho explotar todo el almacén. Tuve suerte de que el cabrón pulsara el control remoto unos segundos antes de que yo entrara. Solo unas pocas personas conocían mi horario de ese día, y algunos están sentados en esta mesa.

Alcanzo la botella de *whiskey* para servirme otro vaso cuando mi tío suelta un silbido, como el cerdo incivilizado que es, y señala con su cigarro hacia la entrada.

—Bonito culo —comenta.

Sigo su mirada y mis ojos se posan en una mujer con un vestido largo color verde esmeralda. Los adornos bordados en negro acentúan el escote y la diminuta cintura, luego se derraman por los bordes de un abierto alto, revelando una pierna esbelta. Mis ojos siguen la hendidura hacia arriba hasta que me detengo en su rostro, y casi no logro reconocerla. Se quitó el *piercing* de su nariz. Su cabello también es diferente y está recogido en la parte superior de la cabeza en un complicado diseño. Apenas puedo creer que sea la misma mujer que conocí hace unos días. Los hombres en la mesa murmuran entre ellos, y desearía que se callaran para poder disfrutar de la vista en paz.

—¿Es esa la mujer de Samuel? —pregunta alguien.

—Sí, cómo no...

—¿Quién es Samuel?

—Maneja las compras inmobiliarias de Mikhail. Debe de ser su hija.

—Pues no me importaría encargarme de ella por esta noche.

Siguen riéndose de sus estúpidas bromas, y me enoja tanto que quiero quebrarles el cuello.

—Cállense —gruño mientras los clavo con la mirada, uno por uno.

Todos me observan un segundo, y en el momento siguiente, la conversación cambia a otro tema. Vuelvo mis ojos a Nina. Está de pie con su padre y algunos otros hombres, sonriendo por algo que ha dicho uno de ellos. Siento la extraña necesidad de pegarle un tiro al hombre que está disfrutando de su sonrisa.

—¿Ves algo que te guste, Roman? —Mi tío me empuja con su hombro.

—Tal vez.

—Es una cosita linda. No exactamente tu tipo.

—Vete. —Alcanzo mi bebida—. Y llévate a todos ellos.

—¿Qué?

—Búscate otra mesa, Leonid. En este instante.

Murmura algo, pero se levanta y, unos segundos después, las otras tres sillas chirrían. Me recuesto en la silla de ruedas, dejando que mis ojos regresen al pequeño demonio al otro lado de la sala.

Nina

Tengo una sensación de hormigueo en la nuca. Comenzó en el momento en que entramos, y no puedo quitármela de encima. Seguro es la ansiedad de estar aquí, en medio de la guarida del lobo, rodeada de hombres y mujeres con ropa cara. Sonríen y charlan, y me pregunto cuántos tienen sangre en sus manos.

Me giro para tomar una copa de vino de un camarero cuando mis ojos se posan en el hombre que está sentado solo en la mesa de la esquina, y se me acelera el corazón.

Casualmente recostado en su silla de ruedas, Petrov me observa con ojos entrecerrados, y mi lado vanidoso disfruta su atención. Pues sí, señor Petrov, me arreglo bien. La noche cuando nos conocimos, el sombrío interior del restaurante me impidió verlo con claridad, pero aquí, con todos

los lujosos candelabros que iluminan la sala, por fin puedo contemplarlo en todo su esplendor.

Lleva pantalones de vestir negros y una camisa color carbón con los dos botones superiores desabrochados, revelando los bordes de un tatuaje negro en el pecho. Las mangas de la camisa están dobladas hasta los codos, mostrando un patrón de diseño similar en el antebrazo derecho. No sé por qué, pero no me pareció el tipo de hombre que tatuaría su piel.

He conocido a muchos hombres guapos. Incluso tuvimos algunos modelos que posaron para nosotros en la clase de Práctica de Pintura. Fue todo un reto replicar sus facciones perfectas en papel. Roman Petrov no se parece en nada a esos hombres, y compararlos sería como equiparar a una gacela con un tigre rabioso. Son especies completamente distintas. Si tuviera que elegir una palabra para describir al *Pakhan* ruso, sería *devastador*. Cabello negro un poco más largo en la parte superior, pómulos marcados y una nariz ligeramente grande para ser perfecta. Ningún rasgo que destacara por sí solo, sin embargo, juntos, hacen un rostro difícil de olvidar. Tal vez sean sus penetrantes ojos oscuros, aún enfocados en mí, los que emiten esa vibra malvada, o su mirada que hace que quiera dar media vuelta y salir corriendo. Debe de ser una reacción primaria: el conocimiento inconsciente de la presa de haber sido el centro de atención de un depredador.

Alcanza la silla vacía a su lado sin dejar de mirarme, la acerca hacia él y la señala con la cabeza. Supongo que debería aproximarme, pero mis piernas están clavadas en el suelo.

—Señorita Grey, Roman Petrov la está invitando a acompañarlo —dice el hombre a mi izquierda—. No es prudente hacer esperar al *Pakhan*.

Parece que comienza el espectáculo. Respiro hondo, fuerzo una sonrisa seductora en mi cara y empiezo a caminar hacia el hombre más peligroso del salón. «*Me pregunto si me dirijo a mi muerte*».

Me detengo frente a él y le ofrezco la mano.

—Señor Petrov, me llamó.

En lugar de estrecharla, toma mis dedos con cuidado y se lleva la mano a los labios, luego coloca un beso suave en los nudillos. Siento como si el

fuego acabara de quemarme la piel. No la suelta enseguida, y no puedo apartar la vista, observando lo cómicamente pequeña que luce mi mano comparada con la suya.

—Roman, por favor —responde con su profunda voz de barítono, y una bandada de mariposas enloquecidas me atacan las entrañas.

Me siento a su lado y ajusto con rapidez la tela del vestido para cubrirme las piernas temblorosas. Cuando miro hacia mi padre, aún está de pie con el mismo grupo de personas, y cada uno de ellos miran en nuestra dirección.

—¿Siempre le funciona este método? —pregunto, una sonrisa falsa cubriendo mi cara—. ¿Elige una mujer, hace un gesto con la cabeza y ella viene corriendo?

—La mayor parte del tiempo, sí.

—Debe de ser divertido.

—No mucho. —Toma un sorbo de su bebida, mirando a la gente arremolinándose alrededor. La mayoría nos lanza miradas cortantes, no obstante, cuando ven que Roman los ve, rápidamente giran la cabeza—. Dígame, Nina, si no hubiera este trato entre nosotros, ¿habría venido cuando asentí?

—No.

No espero que me pida que le dé más detalles, pero lo hace, y su pregunta me sorprende.

—¿Por qué no? ¿Es por la silla de ruedas?

Lo dice con amabilidad, sin embargo, hay un matiz oculto que no logro definir. Dejo de mirar a la multitud y lo veo directo a los ojos.

—Es porque no soy un perro, señor Petrov. —Se ríe y toma otro sorbo de su bebida, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué le sucedió? —Asiento hacia sus piernas.

—No se anda por las ramas, ¿eh, Nina?

—¿Quiere que lo haga?

—Fue una bomba en el auto. Los fragmentos golpearon mi rodilla derecha y la destrozaron.

—¿Te duele?

—Como un infierno —responde con brusquedad, y se traga el resto de su bebida.

—Tienes dinero, seguro que hay alguna operación que te pueda ayudar.

—Bueno, parece que hay cosas que no se pueden comprar, por mucho dinero que uno tenga.

—Sí, eso apesta. Al menos puedes comprarte una esposa. —Me encojo de hombros—. Por tres millones podrías haber tenido un harén entero, no solo una.

Roman ladea la cabeza, observándome con interés, luego se inclina para susurrarme al oído.

—Tú, Nina Grey, eres una mujer rara.

Incluso su voz es *sexy*, maldito sea.

—Mi madre también piensa lo mismo. Dice que nunca voy a encontrar a un hombre que quiera aguantar mi nivel de locura, al menos a largo plazo.

—Qué madre tan optimista y comprensiva. —Extiende la mano y traza una línea en el interior de mi antebrazo, comenzando desde el codo hasta la base de la palma de la mano—. ¿Hay un novio en tu vida?

Es casi imposible concentrarme mientras continúa deslizando el dedo de arriba a abajo por mi antebrazo. Su tacto es ligero como una pluma; aun así, parece como si me estuviera marcando.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Reconsiderarías romper nuestro trato si lo hubiera?

—No.

—Entonces, supongo que no importa.

Sin apartar sus ojos de los míos, toma mi mano entre las suyas y la lleva a sus labios, una esquina de su boca se curva hacia arriba en una sonrisa apenas perceptible.

—Ayer te busqué en Google —confiesa, manteniendo mis dedos en su mano, a una pulgada de su boca—. ¿Quién se habría imaginado que una mano tan pequeña y delicada pudiera crear un arte tan... perturbador?

Sonríó, tratando de ocultar lo mucho que me impactan su tacto y su cercanía. Me he dado cuenta de que es imposible ignorar a Roman Petrov, sobre todo cuando activa su encanto.

—¿No te gusta?

—Al contrario, señorita Grey. Me encanta.

Sus labios rozan las puntas de mis dedos y se queda ahí durante unos segundos, luego baja mi mano, pero sigue sosteniéndola en la suya. Este hombre retorcido y peligroso está haciendo su papel a la perfección.

—¿Pintarías algo para mí?

Lo miro, sorprendida por la pregunta.

—No trabajo por encargo.

—¿Por alguna razón en particular?

—No me gusta que me obliguen a hacer cosas que no quiero hacer.

Los labios de Roman se ensanchan en una sonrisa. *Síp*, entendió el doble sentido.

—¿Qué tal un trato, entonces? Pinta algo para mí, y te doy algo que quieras.

—¿Cualquier cosa?

—Dinero, joyas, lo que quieras.

Tentador. No obstante, no es una cosa material lo que quiero de él.

—Quiero que me respondas una pregunta —propongo—. ¿También es eso una opción?

Mi elección le sorprende. Lo veo por la forma en que sus ojos se agrandan un poco. Y no está contento.

—Depende de la pregunta.

—En ese caso, tengo que declinar, señor Petrov.

Me mira y después se echa a reír, haciendo que varias cabezas se vuelvan en nuestra dirección.

—Sabes negociar, señorita Grey. —Inclina la cabeza y me susurra al oído—. Pregunta.

Me cuesta creer que haya aceptado. Petrov no parece la clase de hombre que acepte los términos de nadie. Debe de querer mucho esa pintura. Levanto la cabeza y miro sus calculadores ojos oscuros, mientras varias posibilidades me pasan por la cabeza.

—¿Por qué necesitas una esposa temporal, Roman? Eres guapo, rico, poderoso. Estoy segura de que hay docenas de mujeres que estarían encantadas de casarse contigo. ¿Por qué malgastar tres millones de dólares cuando puedes conseguir una esposa gratis?

—Porque no quiero una permanente, y la situación actual del negocio requiere que tenga una esposa durante los próximos seis meses.

—¿Por qué seis meses?

—Bueno, esa es otra pregunta. —Sonríe—. Y solo has negociado una. Touché.

Respondió sin revelar nada en absoluto. Debí haberlo esperado y haber formulado mi pregunta de otra manera, pero ya no hay vuelta atrás.

—Entonces, ¿qué quieres que te pinte? ¿Un paisaje? ¿Tu perro? ¿Manzanas, queso y flores muertas en una mesa?

Son las peticiones habituales cuando pintas por encargo, y la razón principal por la cual odio hacerlos.

—No. Tengo pensado otra cosa. —De nuevo esa media sonrisa tortuosa y calculadora—. Quiero tu autorretrato.

—¿Un autorretrato?

Arqueo las cejas. ¿Qué diablos va a hacer con mi autorretrato? ¿Por qué no un paisaje?

—Sí. ¿Hay algún problema?

—No. ¿Alguna petición especial? ¿Pose? ¿Fondo?

Se inclina hacia adelante hasta que su rostro queda justo frente al mío, toma mi barbilla con dos dedos y me inclina la cabeza un poco hacia arriba.

—Solo una —agrega y enfoca su mirada en mis labios—. Quiero que estés desnuda.

Abro los ojos de par en par al darme cuenta de lo que acaba de decir, y estoy tan atónita que no encuentro una respuesta elocuente.

—Parece que nos hemos convertido en la principal atracción del lugar — murmura, aún enfocado en mis labios—. ¿Estás lista, Nina?

Su cercanía está haciendo cosas raras para mi ya inquieta mente, y, Dios mío, huele increíble. Tratando de volver a poner los pies en la tierra, empiezo a recitar un nuevo mantra en mi cabeza: «*Es un criminal. Es un criminal*».

—¿Lista? ¿Para... qué? —balbuceo.

—Para enseñarme lo buena actriz que eres.

Sonríe y estrella sus labios contra los míos.

Desaparecen. Todo pensamiento coherente se evapora. Un segundo soy un ser racional. Al siguiente, cada pensamiento lógico se desvanece, para ser remplazado por una necesidad enloquecedora: *más*. Más de sus labios, más de su olor, más de todo.

Se escucha el ruido de un vaso rompiéndose. Algo húmedo me salpica los pies. Abro los ojos y, poco a poco, empiezo a registrar la realidad. El rostro de Roman está a tan solo una pulgada del mío, y su mano está en mi nuca. Mis dedos están en su cabello, agarrando los sedosos mechones negros.

—Esa fue una actuación extraordinaria —dice en voz baja—. Lo del vaso fue un detalle magistral.

Retiro las manos del cabello de Roman y miro hacia abajo, donde mi copa de vino está hecha añicos. El líquido rojo mancha el prístino suelo de mármol blanco y un poco me ha salpicado todo el pie y el zapato derecho.

Roman agarra las ruedas de su silla y en dos movimientos rápidos se reposiciona frente a mí.

—Cambie las piernas de lado, señorita Grey. La derecha arriba.

Contemplándolo con los ojos entrecerrados, descruzo las piernas, luego las vuelvo a cruzar para que la derecha quede sobre la izquierda.

Se inclina, envuelve su mano alrededor de mi tobillo derecho, desabrocha el zapato y desliza la tira. Lo remueve, y miro sus manos mientras limpia el vino de mi pie con una servilleta blanca que tomó de la mesa. Cuando termina, me vuelve a poner la zapatilla y cierra el broche. Me baja despacio la pierna sosteniéndome el tobillo.

Soy en parte consciente de las personas en el lugar que se han quedado inusualmente calladas, cada uno de ellos mirándonos. Estoy intentando y no logro procesar lo que acaba de suceder. Es la experiencia no sexual más erótica que he tenido en toda mi vida.

—Creo que es hora de que nos marchemos —indica Roman, y mueve la mano hacia Maxim, quien está apoyado en la pared no tan lejos de nosotros—. Ve con tu padre, dile que te irás conmigo, y asegúrate de que te oigan algunas personas. Te estaremos esperando en la entrada con el auto.

Toma las ruedas de su silla y la guía hacia la salida, seguido por Maxim unos pasos detrás. La gente los ve irse, y luego sus miradas se centran en mí. Me siento expuesta mientras camino hacia mi padre y lo beso en la mejilla.

—Roman me invitó a tomar una copa en privado.

Los cuchicheos estallan a nuestro alrededor. Mi padre sonríe, pero es forzado, así que le doy una palmadita en el brazo y cruzo el salón hacia la salida. Los ojos de la multitud se me clavan en la espalda. Seguro que piensan que soy una puta, pero me importa una mierda. Salgo con la cabeza bien alta y una sonrisa falsa en los labios.

Hay un gran auto blanco en la entrada. Maxim, que está de pie junto a la puerta trasera, la abre cuando me acerco. Cuando entro, no puedo evitar preguntarme qué diablos estoy haciendo.

* * *

Sabía que Roman era rico. Tenía que serlo, siendo el jefe de la *Bratva*, así que supuse que viviría en una casa enorme. Sin embargo, lo que estoy

mirando actualmente no es una casa. Sino una maldita fortaleza, y viene con su propio pequeño ejército.

Altos muros de concreto rodean el perímetro de la enorme propiedad, y hay cámaras montadas en la parte superior cada diez pies. El coche atraviesa una gran puerta automática con una caseta de vigilancia a un lado y sigue un ancho camino de grava hasta una mansión colosal. Un césped perfectamente cuidado se extiende alrededor, y hay unos pocos árboles dispersos colocados aquí y allá para que no obstruyan la vista. Probablemente como una medida de seguridad.

Dos hombres vestidos de negro, con armas en sus cinturones, están situados frente a la casa, y unos cuantos más patrullan los terrenos. Estoy segura de que hay más que no puedo ver.

—¿También tienes cámaras adentro? —pregunto.

—Si quieres que la gente confíe en ti y se mantenga leal, tienes que corresponder —dice Roman a mi costado—. Poner cámaras dentro significaría que no creo en mis hombres.

El auto se detiene frente a la casa, y Maxim me abre la puerta mientras el conductor abre el maletero para sacar la silla de ruedas de Roman. Salgo del coche y miro el edificio. Solo tiene dos pisos de altura, pero se extiende al menos cincuenta yardas a cada lado. El lugar es gigantesco.

Roman se pone a mi lado.

—¿Te gusta?

—No.

—¿Por qué?

—No soy fan de las cosas grandes —musito.

Tres escalones de piedra conducen a la puerta principal, y me pregunto cómo los subirá Roman, pero luego observo una estrecha rampa al otro lado. Se empuja en la silla de ruedas con facilidad. Mirándolo, siento una punzada de tristeza. Debe haber sido duro para un hombre como él que su vida haya dado un vuelto tan drástico. Subo los escalones para encontrarlo en la entrada y un guardia de seguridad esperando la llegada de Roman nos abre la gran puerta de roble.

Roman me conduce a través del gran vestíbulo hasta el ascensor situado bajo una enorme escalera imperial. Un hombre con la misma ropa negra como los que están fuera entra por el pasillo de la izquierda. Cuando nos ve, se detiene y asiente con la cabeza a Roman.

—*Pakhan* —dice.

—¿Varya está aún despierta?

—Sí. Creo que está en la cocina.

—Dile que ya estoy de vuelta. Que instruya a una de las chicas que prepare una cena rápida y luego puede irse a la cama —ordena Roman y me mira—. Y comunica al personal que se aseguren de mantenerse lejos del ala este. No quiero a nadie allí a menos que los llame.

—¿Durante esta noche?

Ve una sonrisa misteriosa formarse en los labios de Roman.

—No. Diles que es hasta nuevo aviso, Vova. Llamaré a la cocina cuando estemos listos para cenar.

—Por supuesto.

El hombre asiente y da media vuelta para irse, no sin antes mirar en mi dirección con interés.

A juzgar por la expresión de su rostro y la forma en que sus ojos se abrieron tras el comentario de Roman, los chismes están a punto de comenzar.

Cuando salimos del ascensor, Roman me conduce por el pasillo de la izquierda y a través de una puerta de madera ornamentada que se abre a un espacio enorme con una sala en el centro. Hay una biblioteca en el extremo izquierdo y una enorme cocina moderna con un comedor a la derecha. Los muebles son escasos, supongo que para que le sea más fácil moverse. El espacio está decorado en tonos tierra, en su mayoría marrones y *beige*, con mucho material natural, sobre todo madera. Es moderno, aunque no frío. Me gusta.

—Tenemos que repasar algunas cosas básicas —indica y asiente hacia la sala, donde un largo sofá en el que podrían sentarse cinco personas ocupa el

lugar central frente al gran televisor montado en la pared—. Dormirás en la habitación de allí. —Señala a la derecha—. Mi dormitorio está al otro lado.

El espacio es tan enorme que tardo unos segundos en localizar la puerta de la que está hablando. No me importa particularmente el aspecto de la habitación, mientras tenga una cama suave y una cerradura con llave en la puerta. Los pies me están matando, así que voy hacia el sofá, quitándome los zapatos por el camino y me dejo caer sobre los mullidos cojines.

Se siente extraño estar en su espacio. Voy a vivir aquí durante los próximos seis meses. Con él. De alguna manera, todo parecía irreal hasta este momento, como si le estuviera pasando a otra persona. Pero ahora, sentada en su sofá, en su casa, finalmente lo entiendo. *Esto* realmente está pasando.

Debería estar bastante asustada. Algo debe de estar mal conmigo, porque sí, estoy ansiosa y nerviosa, pero no siento miedo. Levanto la vista para encontrar los ojos del jefe del inframundo criminal ruso, el hombre que prometió matarme si no cumplo mi parte en su extraño plan, y la banda de mariposas estallan de nuevo en mi estómago. Dios mío, necesito que me revisen la cabeza, porque en lugar de tener miedo como una persona normal, me siento atraída hacia él.

Roman

—Es tarde, te daré el *tour* de la casa mañana. —Me empujo hacia el sofá—. Será mejor que no deambules sola hasta que te presente a todos.

—De acuerdo —asiente Nina—. Y ahora, ¿qué?

—Llamaré a la cocina para que nos traigan algo de comer, puesto que no hemos comido nada. ¿Quieres algo en especial?

—No tengo hambre, aunque no estaría de más dejar que el personal nos sorprenda. Hará que los chismes se aceleren.

Hacer un espectáculo para el personal no figuraba en mi plan de esta noche. Supuse que querría irse a la cama para alejarse de mí en cuanto llegáramos, pero ahora siento curiosidad por lo que tiene en mente. Resulta un poco inquietante; la forma en la que actúa es tan relajada, como si toda esta situación fuera completamente normal. No hay nada común en que te presionen para que te mudes con un extraño y te hagas pasar por su esposa. Debe de querer mucho a su padre para aceptar esta farsa y estar tan dispuesta.

Mientras estoy llamando a la cocina, Nina empieza a quitarse las horquillas del cabello, y observo los largos mechones negros caer por su espalda uno por uno, como una cascada de seda negra. Me pregunto si es tan suave como parece.

—¿Cuándo esperas que llegue la criada? —pregunta Nina mientras se quita la última horquilla.

—En cualquier momento.

—De acuerdo, comencemos.

Se levanta del sofá y se coloca frente a mí.

Inclinándose, comienza a desabrocharme los botones de la camisa, su rostro es la personificación de la calma, aunque observo que sus manos tiemblan ligeramente. Por fin, una reacción normal. Cuando termina con la camisa, ladea la cabeza como si estuviera pensando en algo y luego me mira a los ojos.

—¿Puedo subir?

Entrecierro los ojos.

—¿Adónde?

—¿A tu regazo? ¿Lastimaría tu pierna?

¿Quiere subirse a mi regazo? No puedo dejar de mirarla.

—No me lastimará.

Nina asiente, se levanta el vestido con una mano y coloca la otra sobre mi hombro. Luego se muerde el labio inferior, obviamente confundida con cómo proseguir. Me inclino, la agarro por la cintura y la levanto para

ponerla sobre mis muslos. Grita, me rodea el cuello con los brazos y abre los ojos de par en par.

—Y ahora, ¿qué? —indago, intentando sofocar la risa.

—Ahora esperamos a que la criada nos atrape abrazándonos.

—Sin embargo, no estamos haciendo eso ¿no? Solo estás sentada en mis piernas.

Estirando una mano, le aparto un largo mechón de cabello negro que ha caído sobre su rostro, luego la agarro por la nuca, me inclino y coloco un beso en su esbelto cuello. Con la otra mano encuentro la abertura del vestido y escucho su jadeo cuando empiezo a subir los dedos por su muslo desnudo.

Un toquido llega de la puerta.

—¡Entra! —bramo por encima del hombro de Nina, y luego sigo dejando un rastro de besos en su cuello.

—*Pakhan*, Varya me dijo que trajera... —La voz de Valentina se detiene a mitad de la oración.

—Deja la bandeja en la cocina y vete.

Mis palabras son cortantes, como si Valentina hubiera interrumpido algo real. Mi cuerpo parece pensar que sí.

La chica se apresura a dejar la comida, y literalmente sale corriendo, cerrando la puerta de golpe detrás de ella.

En cuanto Valentina se ha ido, Nina me suelta el cuello y salta apresuradamente de mi regazo. Bien. Si se hubiera quedado más tiempo, probablemente habría notado mi miembro duro tensándose contra la tela de mis pantalones.

—Bueno, supongo que eso salió bien —dice y se pasa las manos por el cabello, enredándolo aún más.

—Sin duda, una interpretación encantadora.

—Bien, mejor me voy a la cama ahora. —Se dirige hacia la puerta de su habitación, pero se detiene a medio camino—. ¿Me prestas una camiseta o

algo? —Lanza la pregunta por encima del hombro—. No quiero dormir en un Oscar de la Renta.

La idea de que se ponga mi ropa provoca algo en mi interior, y me imagino agarrarla y llevarla a mi cama. No me gusta eso para nada. Esto es un trato de negocios, y nada más.

—Te traeré algo. Mañana podemos enviar a alguien a buscar tus cosas, deja las llaves en la cocina.

Nina

Después de una ducha rápida, me pongo la camiseta gris que Roman me dejó en el pomo de la puerta, me meto en la gran cama con dosel y me acurruco debajo del edredón. Miro la hora en mi teléfono. Aunque es pasada la medianoche, no puedo dormir. Estar en casa de un extraño es solo parte del motivo. Una parte mucho mayor está durmiendo a un par de yardas de distancia. Pensar en él está revolviendo mi cerebro ya frito.

El pecho de Roman está completamente tatuado. Lo vi cuando le desabroché la camisa, pero no tuve el tiempo suficiente para prestar mucha atención a los diseños. Ojalá lo hubiera hecho, porque esta necesidad de desvelar al menos alguno de sus secretos me está consumiendo. El *Pakhan* ruso es un enigma; todo lo contrario a los chicos sencillos y divertidos, los que me hacen reír y que suelen atraerme. Me gusta un espíritu despreocupado, alguien con quien sea fácil hablar y aún más fácil dejar, un hombre que no me exija que me abra. Enredarme con el *Pakhan* más de lo estrictamente necesario para que este plan funcione, no es prudente.

Cierro los ojos y la imagen de Roman agarrando mi muslo mientras sus labios pecaminosos trazan una línea de besos por mi cuello llena mi mente. Como por voluntad propia, mi mano se desliza por mi vientre y se detiene entre mis piernas. Pongo un dedo en mi centro, presiono un poco y gimo. No. No debería estar dándome placer pensando en el hombre que amenazó con matarme. Está muy mal. Aparto la mano con rapidez, meto ambas

debajo de la almohada e intento ignorar el deseo entre mis piernas. Me niego a hacer esto.

Me quedo despierta en la cama durante horas, agarrando la almohada con los dedos, esperando que mi cuerpo traidor se calme. No lo hace. De hecho, solo empeora hasta que no puedo más, finalmente sucumbo a la necesidad y deslizo los dedos en mi centro. Me corro en cuestión de segundos, con la cara hundida en la almohada y el nombre de un asesino en los labios.

Capítulo 4

Roman

Suena el teléfono mientras me estoy abrochando la camisa, y el nombre de mi tío aparece en la pantalla. Al viejo normalmente le gusta dormir hasta mediodía los domingos. Conozco una sola razón por la que llamaría tan temprano.

—¿Qué pasa, Leonid? —bramo en el teléfono.

—Me enteré de que trajiste a una mujer. ¿Sigue en la casa?

—Esta es mi casa, así que no es asunto tuyo.

—Eso significa que sí. Nunca traes a tus putas a la casa —agrega, y el cuerpo se me pone rígido.

—Si vuelves a llamarla así, delante de mí o de cualquier otra persona, te corto la garganta. ¿Está claro?

—¿Qué demonios se te ha metido, Roman?

—¿He sido claro, Leonid?

Hay silencio al otro lado de la línea antes de que responda.

—Sí.

—Bien. —Cuelgo.

Odio a ese hombre, pero no puedo arriesgarme a echarlo, no importa lo mucho que lo desee. Leonid sabe demasiado y lo necesito aquí, donde pueda tenerlo vigilado todo el tiempo.

Alcanzo las muletas apoyadas en la mesita de noche, las ubico a ambos lados y me levanto. Colocándolas debajo de las axilas, respiro hondo y doy los primeros pasos, lentos y dolorosos. Por las mañanas suelo tener la rodilla rígida, aunque está mucho mejor que hace un mes. Todas esas horas de fisioterapia están por fin dando frutos, aunque todavía me queda mucho

tiempo para deshacerme de la maldita silla de ruedas. Odio esa cosa del infierno; no obstante, hay días en los que el dolor es tan fuerte que ni siquiera puedo soportar mover la pierna derecha.

Cuando encuentre a los cabrones que pusieron la bomba, voy a disfrutar matarlos. Pude haber estado sedado, no obstante, recuerdo a dos personas hablando en la habitación del hospital. No reconocí las voces ni capté el significado completo de todo lo que dijeron, pero sí entendí lo suficiente como para saber que estaban implicados.

Es probable que uno de ellos sea carne de mi carne y esté viviendo bajo mi techo. A pesar de que no tengo pruebas, estoy casi seguro de que Leonid tuvo algo que ver. ¿Quién es el otro? Aún tengo que averiguarlo.

Al momento que salgo de mi habitación, oigo el sonido de canto un poco desafinado procedente de la cocina, me giro y veo a Nina rebuscando en la nevera. Sabía que era baja, pero como anoche estaba sentado, no pude determinar su altura exacta. Es incluso más baja de lo que pensé, apenas mide cinco pies. El borde de mi camiseta le llega a sus rodillas y le da un aspecto cómico. Descalza, su coronilla ni siquiera me llegaría al esternón.

Está parada de espaldas a mí, así que no me ve cuando me acerco y me paro junto a la mesa del comedor, unos pasos detrás de ella.

—¿Algo interesante en la nevera? —pregunto.

Nina salta con un grito de sorpresa y cierra la nevera de golpe.

—Maldición, casi me das un inf...

Se detiene a mitad de la frase y se queda allí mirándome, con los ojos abiertos de par en par. Esperaba que se sorprendiera al verme sin la silla de ruedas; sin embargo, la emoción que muestra su rostro no es sorpresa. Es miedo.

—¿Nina? —Doy un paso hacia ella.

Se estremece y da un paso atrás, chocando contra el refrigerador. Su respiración se acelera, volviéndose superficial, como si no pudiera tomar suficiente aire, y le tiemblan un poco las manos. Está teniendo un ataque de pánico. No tengo ni idea de qué lo ha desencadenado, pero está aterrorizada por algo y estoy bastante seguro de que ese *algo* soy yo. No tiene sentido.

Tan solo unas horas antes, la estaba sosteniendo en mi regazo y no parecía asustada en absoluto.

—Roman —responde por fin, su voz apenas por encima de un susurro—. Necesito que te sientes. Por favor.

Su petición no tiene sentido, aun así, doy dos pasos hacia la mesa del comedor, acerco la silla y me siento. Nina permanece clavada en el suelo frente a la nevera, pero al menos su respiración se ha normalizado.

Una idea vaga me pasa por la cabeza, algo que dijo cuando llegamos. Ahora lo recuerdo con claridad y no me gusta lo que implica.

—Anoche dijiste algo. Necesito que me expliques qué querías decir.

Parpadea y sacude la cabeza.

—¿Qué exactamente?

Su voz es ahora más fuerte, casi normal, aunque sigue sin moverse. Tiene la espalda pegada a la nevera, como si quisiera derretirse en ella.

Enfoco mi mirada en su cara, asegurándome de captar su reacción.

—¿A qué te referías con «no soy fan de las cosas grandes»?

Parpadea y, en lugar de responder, gira sobre los talones y corre hacia su habitación. La puerta se cierra de golpe al mismo tiempo que lo entiendo todo, y rabia comienza a hervir en mi estómago. Alguien le hizo daño y, para que haya reaccionado de esa manera, tuvo que ser grave.

Nina

El reloj de la mesita de noche marca las dos de la tarde. Ya sé que no puedo quedarme encerrada en la habitación todo el día. No obstante, no logro hacerme salir y enfrentarme a Roman después del episodio de esta mañana. Seguro piensa que estoy loca. Dios, han pasado dos años y sigo jodida de la cabeza.

Estaba mejorando. Llegué a un punto en el que podía estar en compañía de hombres enormes sin asustarme. Podía incluso mantener una

conversación normal, mientras no me tocaran. Sí, la mayoría de personas, sobre todo hombres, son más altas que yo. Pero la mayoría no me provocan un ataque de pánico. Solo reacciono ante hombres tan altos como lo era Brian y con significativa masa muscular.

Roman no se parece en nada a Brian, quien era rubio y tenía aspecto de surfista, pero son de estatura y complexión similares. Tal vez, si fuera advertida de alguna manera, o si supiera qué esperar, no habría reaccionado de manera tan extrema. Pero aún estaba adormilada y, con Roman repentinamente imponente frente a mí, entré en pánico.

Tengo que salir de esta habitación. Todavía queda trabajo por hacer, gente a la que engañar. Puedo hacerlo.

Animada tras mi breve discurso motivacional, me levanto de la cama y, con la cabeza en alto, salgo de la habitación.

Roman está sentado a la mesa, con un tenedor en una mano y sosteniendo el teléfono a la oreja en la otra. A juzgar por la mirada sombría, no son buenas noticias. Hago todo lo posible por parecer impasible y me le uno, eligiendo a propósito la silla a su lado. Mi acción comunica: No te tengo miedo. El episodio de la cocina fue un malentendido. Finjamos que nunca sucedió.

Cuando me siento aún sigue al teléfono; pero ha estado siguiendo con la mirada cada uno de mis pasos. Asegurándome de que mis movimientos sean perfectamente tranquilos, lleno un vaso de agua y me concentro en la comida en el centro de la mesa. Hay un tazón de puré de papas, un surtido de pescado y algunas ensaladas, así que tomo un plato y me sirvo. Tomo una rebanada de pan y empiezo a comer.

—Bajaré dentro de veinte minutos —anuncia Roman en el teléfono, lo deja sobre la mesa y sigue comiendo.

Comemos en silencio. El único sonido proviniendo de los cubiertos y resulta extrañamente... doméstico. Espero que me pregunte por lo de esta mañana. Sin embargo, no lo menciona, y siento alivio.

—Envié a Valentina a recoger algo de tu ropa —comenta por fin—. Está en una bolsa en la sala.

—Estupendo. —Tomo un tomate *cherry* de mi plato y me lo meto en la boca.

Roman se recuesta y, cruzando los brazos frente a él, me mira unos segundos. Trato de concentrarme en la comida en lugar de sus brazos musculosos, que se le marcan por debajo de la camisa de tela elástica. Fracaso miserablemente.

Inclina la cabeza a un lado y me mira con ojos entrecerrados.

—Sabes, me resulta muy interesante que estés llevando esta situación mucho mejor de lo que esperaba.

—¿Qué situación? —Alcanzo la bandeja de la ensalada y vuelvo a servirme lechuga y más tomates *cherry*.

—Esto. Ser chantajeada para que te cases con alguien como yo. Teniendo que detener tu vida durante seis meses. Esperaba que fueras cautelosa. Reticente. Asustada. Pareces... antinaturalmente indiferente.

—¿Crees que estoy mentalmente inestable? —Tomo una hoja de lechuga, la envuelvo alrededor de un tomate *cherry* y la mojo en mayonesa mientras Roman me mira con interés.

—¿Lo estás? —pregunta—. ¿Mentalmente inestable?

—Claro que no. Soy la personificación de estabilidad mental. Pregúntale a cualquiera. —Señalo mi bola de lechuga, tomate y mayonesa—. ¿Quieres una?

Por la expresión de su rostro, veo que no le divierte. Suspiro y lo miro directamente a los ojos.

—Sí, esta situación me resulta inquietante, pero es lo que hay. ¿Tengo voz y voto? No. ¿Puedo cambiar algo? De nuevo, *no*. Me resista o no, el resultado será el mismo. Tal y como lo veo, es mejor aceptar esta mierda y seguir la corriente.

—Sabes que estás un poco loca, ¿verdad?

—La vida es una locura. Tienes que aceptarla. —Me encojo de hombros y señalo con la cabeza las muletas apoyadas en la mesa a su lado—. ¿Por qué la silla de ruedas si puedes caminar?

—Preferiría llamarlo arrastrarme. Y aún no puedo estar todo el día con muletas. Me desharé de la silla de ruedas en algún momento, pero hasta que pueda soportarlo un día entero, no quiero que nadie lo sepa.

—¿Por qué no?

—Tengo mis razones. Solo lo saben Maxim, Varya y mi fisioterapeuta. Y ahora tú. Y quiero que siga siendo así, Nina.

—¿Nadie te ha atrapado caminando? ¿Una criada? ¿Alguien que haya entrado en tu habitación sin avisar?

—La única persona que tiene permitido entrar aquí es Varya. Se ocupa de la limpieza. Todos los demás saben que tienen que mantenerse alejados de mi *suite*, a menos que sean específicamente invitados.

—¿Y qué sucedería si alguien te descubriera? ¿Eso sería un problema?

—No realmente. Porque los mataría al instante.

Al principio, creo que está bromeando, luego me mira y lo veo en sus ojos. Lo dice en serio.

—Eres un hombre siniestro, señor Petrov.

—Va con la descripción del trabajo, Nina —responde—. Solo hay tres cosas que la gente en mi mundo entiende: lealtad, dinero y muerte. Recuérдалo. —Alcanza las muletas—. Tengo que hablar de un asunto con Maxim. Volveré dentro de una hora.

Me pongo rápidamente de pie, respiro hondo y obligo a mis piernas a no moverse de lugar. No pienso permitir que el episodio de esta mañana se repita. *Él* no es Brian. No dejaré que el miedo irracional me domine.

Roman coloca una muleta a cada lado y se pone de pie frente a mí. «*Dios mío, es enorme*». Se me acelera el corazón, pero me las arreglo para no encogerme de miedo. Puedo manejarlo. Estaré viviendo con él durante los próximos seis meses, así que tengo que superarlo. Lentamente levanto la cabeza y lo miro a los ojos sin pestañear. Aunque me aseguro de esconder mis manos temblorosas detrás de la espalda.

—Me pregunto qué te dieron de comer de niño —comento, e incluso logro esbozar una pequeña sonrisa.

Me mira por unos segundos, luego alarga la mano y arrastra el pulgar hacia abajo por mi mejilla.

—Eres una actriz excepcional, *malysh*.

Su mano se esfuma de mi mejilla y se dirige despacio a su dormitorio. Me pregunto qué ha querido decir con eso.

Capítulo 5

Roman

Miro con rostro sobrio a Maxim, quien está frente a mi escritorio con los brazos cruzados sobre el pecho, preguntándome de dónde repentinamente está sacando sus estúpidas ideas.

—No —replico.

—¿Por qué no? Es una oportunidad perfecta. Puede decir que se perdió o que está explorando la casa.

—Primero, porque seguro que nunca ha visto un dispositivo de escucha en toda su vida y no sabría cómo ni dónde colocarlo. Y, segundo, porque nadie creerá que haya entrado en la habitación de Leonid o en su despacho por accidente. No sabemos quién más está involucrado. Podría ser alguien del personal o uno de los chicos de seguridad. No quiero que alerte a Leonid o a su socio antes de tiempo.

—¿Estás seguro de que fue Leonid?

—Sí.

—Entonces, hay que capturarlo ahora mismo. Que Mikhail trabaje en él. Estará cantando como un pájaro por la mañana.

—¿Y si no fue él? —pregunto—. ¿Tienes idea de cómo afectaría a la moral y la confianza de mis hombres si torturara a uno de los míos sin pruebas, y luego resultara que es inocente?

—Pues estamos en un callejón sin salida, Roman. —Se quita los lentes y suspira—. He estado escuchando las grabaciones durante meses y no he encontrado nada más que los chismes habituales. ¿Sabías que Kostya se acuesta tanto con Valentina como con Olga?

—Me importa un demonio quién se acuesta con quién. ¿En qué habitaciones has colocado micrófonos hasta ahora?

—La biblioteca, el salón, el comedor, los dos baños de la planta baja, el sótano y la armería. Varya instaló micrófonos en la cocina y la despensa, por mí. Eso es todo.

—¿Y los autos?

—Todos excepto los de Leonid, Mikhail y Sergei.

—No tienes que instalar en el coche de Sergei. Si hubiera sido él quien colocó la bomba, estaría muerto, junto con toda la puta manzana. Tampoco es Mikhail. —Tamborileo el dedo en el escritorio, pensando—. Que Valentina coloque un micrófono en la habitación y el despacho de Leonid.

—¿Valentina?

—¿Por qué no? Es de confianza.

Niega con la cabeza.

—Bueno, déjame ponerlo de esta manera. Anoche, Nina estaba sentada en tu regazo, con el pelo alborotado, descalza, rodeándote el cuello con los brazos mientras le metías la mano por debajo del vestido. Tenías la camisa desabrochada y la estabas besando como un hombre poseído —informa Maxim arqueando las cejas—. El personal completo se enteró de cada detalle en cuanto Valentina entró corriendo a la cocina, así como de su conclusión de que son almas gemelas y pronto tendrán bebés hermosos. Es leal, pero tiene la lengua más larga que la cuaresma. Es imposible que pueda mantener la boca cerrada, aunque su vida dependiera de ello.

—Jodidamente genial. —Respiro hondo y miro al techo. ¿Hay alguien en esta casa que esté remotamente cuerdo?

—Deberíamos pedirle a Nina que lo haga. El personal y los hombres aún no la han conocido, y si le pides que se haga pasar por una idiota tonta y risueña, nadie prestará atención a lo que está haciendo.

—Todo el mundo sabe que nunca me casaría con una idiota tonta y risueña, Maxim.

—Claro que sí lo harías. Estás comportándote como un hombre poseído, ¿recuerdas?

Cierro los ojos y sacudo la cabeza con irritación. Uno de estos días, voy a estrangular a Valentina.

—Entonces, está decidido. —Maxim se alisa la chaqueta, se pone las gafas y da media vuelta para irse—. Avísame cuando quieras que venga a explicarle el procedimiento a Nina.

* * *

Cuando regreso a mi *suite* en el ala este, no veo a Nina por ninguna parte, ni en la cocina ni en la sala, así que me dirijo a su dormitorio, que también está vacío. Por un momento creo que ha cambiado de opinión y, de alguna manera, ha escapado. Giro la silla de ruedas, planeando en dar la alarma cuando la encuentro, y la opresión que sin darme cuenta sentía en el pecho, se desvanece.

Está sentada con las piernas cruzadas en el rincón más alejado de la biblioteca, de espaldas a la estantería, con un montón de servilletas de papel esparcidas por el suelo a su alrededor. Atravieso la sala, me detengo a unos pasos y la observo. Está dibujando algo en una de las servilletas. Es muy sencillo, pero distingo la forma de una mujer que sostiene algo frente a ella. El resto de las servilletas desperdigadas alrededor muestran composiciones similares; algunas solo son líneas irreconocibles, otras son más detalladas. No me he ausentado más de una hora. ¿Cómo ha podido hacer todo eso en tan poco tiempo?

—¿Puedes enviar a alguien a mi casa para que traiga mis cosas? —inquire Nina sin apartar los ojos del dibujo—. Hay tres cajas grandes en la sala. Diles que tengan cuidado, mis lienzos y pinturas están dentro.

—¿Para cuándo las necesitas?

—Para ayer. Ya que estoy atrapada aquí, más vale que haga algo útil con mi tiempo. Tengo la exposición dentro de tres semanas, y solo tengo seis piezas hechas. Necesito nueve más, además del grandulón.

—¿El... “grandulón”?

—La pieza principal. Ya pedí el lienzo para esa, llegará la semana que viene.

La miro trabajar unos minutos más, observando la forma en que entrecierra los ojos sobre algún detalle de vez en cuando, o cómo inclina la cabeza hacia un lado y se muerde la mejilla cuando está pensando. Su cabello es un revoltijo de mechones enredados que se ha recogido en la parte alta de la cabeza y sujetado con un lápiz. «*Qué criatura tan extraña*». Tan diferente de las mujeres con las que suelo relacionarme. Es refrescante y peligrosamente atractiva.

—Necesito hablar contigo cuando hayas terminado —indico cuando consigo quitarle los ojos de encima—. Estaré en la sala.

—Sí. —Deja el boceto terminado a un lado, toma la última servilleta de papel sin usar y comienza a dibujar sobre ella.

Parece que he sido desechado.

Después de ir a mi habitación a buscar la *laptop* que tengo ahí, me transfiero hacia el sofá y pongo las noticias. Apoyo la pierna derecha sobre la mesita situada delante de mí, abro la *laptop* y empiezo a revisar los correos electrónicos. Casi he terminado cuando Nina se deja caer a mi lado y bosteza.

—Lo siento, me dejé llevar. ¿De qué querías hablar?

Cierro la *laptop* y giro para mirarla.

—Necesito que me hagas un favor mientras estés aquí.

—¿Aspirar y sacudir? —Arruga la nariz—. No recuerdo aceptar eso. Planchar no me importa, sacudir tampoco, pero odio pasar la aspiradora.

—Que coloques algunos bichos en la casa, sin que nadie se dé cuenta.

Me mira con una mezcla de confusión y asco en su cara, así que parece que tengo que aclararlo.

—Dispositivos de escucha, no insectos, solemos llamarlos bichos para mayor discreción.

—Es una petición muy extraña, señor Petrov. ¿Te importaría darme más detalles?

—Lláname Roman a partir de ahora. Por favor asegúrate de que no se te escape cuando haya alguien cerca.

—No se me escapará, Roman. —Sonríe y me guiña el ojo. Me guiña el maldito ojo. Suspiro.

—Tengo motivos para creer que, al menos una de las personas que puso la bomba con intención de matarme, está aquí en esta casa. Maxim cubrió con micrófonos la mayoría de las habitaciones hace dos meses, pero no puede colocar los que faltan sin arriesgarse a que alguien lo vea.

—Bueno, me conmueve tu confianza en mis capacidades, pero realmente no veo cómo voy a poder hacerlo si él no pudo.

—Porque si alguien viera a Maxim entrando en alguna de esas habitaciones, sabrían que algo no está bien. En cambio, si alguien te atrapa, siempre puedes decir que te has perdido.

—Tu casa es enorme. Sin embargo, no creo que me perdería tanto como para entrar en la habitación equivocada. —Parece ofendida—. No soy una idiota.

—Eso nos lleva al segundo tema que quiero comentarte, y se refiere a cómo te perciben las personas que viven y trabajan aquí. Necesito que parezcas... superficial, por decirlo de algún modo.

—¿Quieres decir estúpida?

—No exactamente. Lo que necesito es que, cuando la gente te vea entrar en la habitación, no estén cautelosos o sospechosos. Quiero que pongan los ojos en blanco en secreto y no se den cuenta de lo que estás haciendo porque asumen que eres... inofensiva.

Me mira sorprendida, luego se ríe. Es una risa espontánea y genuina la cual alcanza sus ojos.

—Está bien, definitivamente quieres decir estúpida. De acuerdo, necesitaré unos minutos.

Se recuesta en los cojines, echa la cabeza hacia atrás, y con su cara mirando al techo, cierra los ojos. Permanece así unos instantes y luego comienza a hablar.

—Superficial. Inofensiva. Un poco estúpida. Locamente enamorada de ti, por supuesto. Necesita acceso a toda la casa. Veamos... ¿Quién soy? Bueno, soy la esposa de adorno de Roman, por supuesto. Bella, elegante y

extremadamente esnob. Me encanta llevar ropa cara, de las mejores marcas. No me gustan mucho los vestidos, a menos que la ocasión lo requiera. Prefiero mucho más los *jeans* de diseñador, combinados con blusas de seda. Los tacones son imprescindibles.

Hace una pausa, abre los ojos y se gira hacia mí.

—¿Crees que los tacones son imprescindibles? —Arruga su diminuta nariz—. Claro que sí. *Maldita sea*. Odio llevar tacones.

Vuelve a cerrar los ojos y prosigue.

—Los tacones son imprescindibles, y tengo docenas de ellos. A Roman le encanta que los use, dice que hacen que mi trasero se vea increíble. También soy muy consciente de mi estatura y usar tacones todo el tiempo me hace olvidar lo bajita que soy. Mi pasatiempo preferido es ir de compras y compro un montón de ropa. Mi esposo tiene que asignar un chófer solo para mí y mis compras compulsivas. —Otra pausa y vuelve a girarse hacia mí—. Roman, necesitaré fondos para financiar su adicción a la ropa. Es una compradora compulsiva.

—Tendrás todo lo que necesites. —Me río. Está completamente chiflada.

—Mi esposo está loco por mí y me permite que haga lo que quiera con la vivienda, como reorganizar los muebles para que la atmósfera de la casa esté alineada con las vibraciones de la tierra. La mansión se siente terriblemente fría, así que compro muchas plantas de interior y las coloco por todas partes. También recorro cada habitación porque quiero asegurarme de que la energía libre fluya, así que reorganizo los cuadros y los espejos. También odio la mesa del comedor; es tan exagerada que decido cambiarla por una elegante de vidrio que vi en una revista de diseño de interiores.

Otra pausa.

—Esta mujer es cara, Roman. Espero que sepas en qué te estás metiendo.

—Me las arreglaré.

—Es tu funeral. —Se encoge de hombros y prosigue—. A mi marido no le gusta que lo interrumpan, aunque, por supuesto, eso no se aplica a mí. A

menudo entro en su despacho solo para ver cómo está e intercambiar algunos besos. Lo cual molesta mucho a sus hombres. Se preguntan qué ve en mí y por qué me permite tanta libertad, y llegan a la conclusión de que está pensando con su pene. Odian que siempre esté alrededor.

Me fascina la forma en que está creando a esta nueva persona. Es loca y brillante a la vez.

—Debe de ser increíble en la cama, para ser capaz de tener a su esposo comiendo de su mano —comento.

—Por supuesto que lo es. ¿Cómo más iba a hacerle perder la cabeza de esa manera? No es muy inteligente, pero da las mejores mamadas.

Me imagino a Nina haciendo justo eso, y mi miembro se pone duro al instante.

Abre los ojos y me clava la mirada.

—Creo que ya está bien por el momento, la desarrollaré más sobre la marcha. ¿Qué opinas? ¿Servirá?

—¿Haces esto a menudo? ¿Crear diferentes personalidades y luego meterte en ellas? —pregunto, tratando de reprimir la necesidad de agarrarla y comérmela a besos.

—Lo hacía de niña. Era un juego. Mi madre lo odiaba. Imagínate que tu hija baja una mañana y rechaza el desayuno porque dice que es vegetariana desde hace años cuando la noche anterior cenó huevos con jamón. — Bosteza de nuevo—. ¿Te molesta si me echo una siesta? Anoche no dormí bien.

—¿Por qué?

Nina parpadea, aparta la mirada y salta del sofá.

—La cama era demasiado blanda.

La observo mientras corre hacia su habitación y me pregunto por qué se ha ruborizado.

Nina

Cuando salgo de mi habitación después de la siesta, encuentro a una mujer mayor en la cocina de Roman, metiendo comida en la nevera. Es bajita con el pelo gris y lleva un elegante vestido amarillo. Se da la vuelta cuando me oye y me brinda una amplia sonrisa, la cual hace que le resalten las arrugas en las esquinas de sus ojos.

—Me preguntaba dónde te habías metido —comenta con un fuerte acento—. La cocina ha sido un hervidero de chismes desde anoche.

—Nina, esta es Varya —indica Roman entrando en la cocina—. Varya conoce nuestro acuerdo.

La mujer mayor me mira de arriba abajo, desde la parte alta de la cabeza hasta los dedos de los pies, haciéndome sentir como si tuviera dieciséis años y mi novio me estuviera presentando a su madre por primera vez. Esta mujer es importante para Roman, es evidente por su tono de voz cuando habla con ella. De alguna manera, parece menos cauteloso. Si le ha contado la verdad sobre nuestro trato, significa que confía en ella, y no creo que Roman confíe en muchas personas.

—¿Para cuándo es la boda? —pregunta.

—Dentro de unas semanas. —Me encojo de hombros.

—No creo que sea una buena idea, Roman. —Varya se vuelve hacia él—. Si tienes a Nina aquí tanto tiempo, tendrás que presentársela a tus hombres. No estoy segura de que sea una buena idea presentarla como tu... amante.

—¿Crees que deberíamos hacerlo antes? —cuestiona.

—Sí. Cuando la lleves con tus hombres, tienes que presentarla como tu esposa. De lo contrario, nadie la respetará.

Roman mira a Varya unos instantes, luego saca su teléfono y hace una llamada.

—Maxim, cambio de planes. Llama al juez de paz para mañana por la tarde.

«Espera... ¿Qué?».

—Mucho mejor. —Varya sonríe—. ¿Cuándo les mando la cena?

—Dentro de una hora.

—Perfecto. Me aseguraré de que sea Valentina quien la traiga, describió la escena que presencié ayer con mucho detalle. Es una habladora muy talentosa. Todo el personal de la cocina y algunos de los hombres que estaban presentes la escuchaban con los ojos muy abiertos, comentando que nunca traes mujeres a tu casa y lo especial que debe de ser esta. —Varya se da la vuelta para irse, pero se detiene en la puerta—. Asegúrate de que esta vez los atrape haciendo algo más íntimo. No querrás que la gente sospeche cuando anuncies que se han casado tan repentinamente, Roman.

Confundida y un poco asustada, miro la puerta que Varya acaba de cruzar, luego me vuelvo hacia Roman.

—No vamos a tener sexo para que tu criada nos atrape.

Se ríe y se dirige a su dormitorio.

—Voy a ducharme y cambiarme. Si tienes pensado hacer lo mismo, sé rápida y ponte algo de encaje.

—¿Disculpa?

—No habrá sexo de por medio. Pero Valentina traerá la cena a mi habitación y estarás allí.

Me lanza las palabras por encima del hombro.

—¿En tu habitación?

—En mi cama, Nina.

Roman

Estoy hurgando en el cajón de la cocina buscando un sacacorchos cuando oigo que se abre la puerta de la habitación de Nina. Levanto la cabeza y miro. Nina está de pie en la puerta, pareciendo una princesa oscura con un camisón corto de encaje y el cabello azabache suelto a ambos lados de su cara.

Entra en la cocina descalza y se para justo delante de mí, sin embargo, mantiene la cabeza agachada mirando sus pies. Por fuera parece relajada, pero luego levanta la vista y la espalda se le pone rígida. Es lo que supuse; lo que le molesta no es estar cerca de mí, sino mi altura.

Me quito la muleta izquierda de debajo de la axila y la apoyo contra la isla de la cocina, luego me inclino para sujetar a Nina por la cintura, la levanto y la siento delante de mí en la encimera.

—¿Mejor así? —pregunto, pero se limita a mirarme con los ojos muy abiertos.

Me giro para recuperar la muleta izquierda detrás de mí y, cuando vuelvo a mirarla, veo una lágrima perdida rodarle por la mejilla. La visión me desgarr.

—Lo siento —susurra—. No eres tú, Roman.

—Lo sé. —Me estiro para colocar mi palma en su mejilla y secar la lágrima—. Voy a matarlo, *malysh*. Será lento y doloroso. Dame su nombre.

—No.

—No te lo estoy pidiendo. Dime su maldito nombre.

—Dije que no. No voy a convertir a nadie en un asesino.

—Demasiado tarde para eso, Nina. El nombre.

—Déjalo. No voy a decírtelo. Solo... olvídalo, maldita sea.

Respiro hondo y trato de reprimir la necesidad de golpear mi mano contra algo.

—De acuerdo. Lo dejaré ir por ahora. Aunque solo estás retrasando lo inevitable.

El teléfono comienza a sonar en mi habitación. Probablemente es Varya que quiere saber si estamos listos para la cena, pero ya no estoy de humor para jugar juegos.

—Tengo que contestar.

Me giro para dirigirme al dormitorio y oigo a Nina bajándose de la encimera.

Me sigue, manteniéndose unos pasos por detrás de mí, igualando mi ritmo lento. El teléfono deja de sonar justo cuando llego a la mesita de noche.

—Le diré a Varya que dejen la bandeja en la puerta de entrada —explico mientras me bajo para sentarme en el borde de la cama—. Puedes volver a tu habitación o esperar en la cocina.

—No.

Alcanza las muletas que apoyé a mi lado y las desliza debajo de la cama. La observo mientras quita la colcha y se mete debajo de las sábanas.

—Ven —indica, levantando la esquina de la sábana.

Me aseguro de que haya suficiente espacio entre nosotros y me acuesto suponiendo que se mantendrá lejos. En lugar de eso, me rodea con una pierna y se me sube encima, bajando la cabeza para colocarla sobre mi pecho. Apenas puedo respirar, esforzándome por no mover ni un músculo, por miedo a asustarla. Permanecemos así unos instantes, yo acostado inmóvil y ella tumbada sobre mi pecho.

—Pon tus manos alrededor de mí.

Hago lo que me dice, atento a cualquier señal de angustia, pero no la hay. Qué criatura tan inusual, y se siente demasiado bien sostenerla en mis brazos de esta manera. Desearía que no fuera una actuación.

—¿Está bien así? —carraspeo.

—*Síp* —dice y cierra los ojos—. Necesito darte algunas indicaciones.

—De acuerdo.

—No me sujetes las muñecas ni me aprietes el cuello —indica, y siento un escalofrío recorrerme la espalda—. Tampoco me acorrales con tu cuerpo.

Nina

En cuanto las palabras salen de mi boca, Roman se queda quieto debajo de mí. Odio hablar de esto, sin embargo, tenía que decírselo. No quiero

arriesgarme a perder el control delante de él si hace algunas de esas cosas sin darse cuenta. Se queda acostado, y escucho cómo los latidos de su corazón se aceleran bajo mi oído, luego quita los brazos de mi espalda.

—Vuelve a tu habitación, *malysh*. No vamos a hacer esto —afirma en tono cortante.

Mierda. Sabía que reaccionaría así.

—Está bien, Roman.

—No. Te hicieron daño. No voy a obligarte a...

—No me estás obligando a nada. —Levanto la cabeza y lo miro, luego me arrastro hacia arriba hasta que mi cara queda justo frente a la suya.

—Nina... —Comienza, pero le pongo un dedo sobre los labios.

—Tuve sexo... después. No tengo ningún problema en estar en la misma cama que tú. No me asustaré porque me abrases o por estar cerca de ti.

Sus labios son muy suaves, y por un momento me distraigo al ver que me mira con tanta intensidad. Es tan guapo.

—Nunca llegó a eso —continúo—. Él... nunca me hizo daño de esa manera. Le rompí la *laptop* en la cabeza antes de que pudiera hacer algo.

—¿Lo golpeaste en la cabeza con una *laptop*?

—Dos veces. Le rompí la nariz con el segundo golpe y salí corriendo. —Me encojo de hombros y paso un dedo por la ceja de Roman—. Aun así, jodió con mi cabeza. A veces no puedo controlar mis reacciones, pero no tiene nada que ver contigo.

—¿Estás segura? Necesito que estés segura, Nina.

—Lo estoy.

Escucho pasos acercándose junto con el leve tintineo de platos y cubiertos. Es una excusa perfecta, así que bajo la cabeza y lo beso. Iba a ser un beso rápido, sin embargo, en el momento en que siento sus labios sobre los míos, todos los pensamientos racionales salen volando y en el siguiente instante mis manos lo están apretando contra mí con todas mis fuerzas. Siento la necesidad de acercarme más a él, lo cual es absurdo, ya que estoy sobre su pecho con mis piernas a cada lado.

Se oye un grito ahogado detrás de mí. Dejo de besarlo, miro por encima del hombro y veo a la chica de ayer de pie en la puerta con una bandeja de comida en las manos, la boca entreabierta y los ojos muy abiertos. Suelto un grito y rápidamente tomo el dobladillo de mi camisón de encaje, que se me ha subido por la espalda, y lo bajo por encima de las manos de Roman, que están actualmente agarrándome las nalgas. Con un poco de suerte, no les contará a todos en la cocina que ha visto mi tanga de encaje negro.

—*Pakhan*, lo... siento, no sabía...

—¡Déjala ahí y vete! —espeta Roman debajo de mí como si estuviera enfadado con ella por haber entrado, lo cual no tiene sentido. Estamos haciendo todo esto por ella. Bueno, al menos él lo está. En cuanto a mí, no estoy segura de estar fingiendo. Y eso me aterra bastante.

Espero a que la chica se vaya, luego miro a Roman.

—Bueno... me iré —agrego, pero no me muevo para quitarme de encima de él.

Me mira con los ojos entrecerrados con sus manos aún sosteniendo mi trasero. La piel de su torso está cálida bajo mi tacto, sus labios muy cerca. Solo tendría que inclinarme un poco hacia adelante para volver a saborearlos. «*¿Tan malo sería si me quedara aquí con él? Sí, supongo que sí*». Hago un movimiento para bajarme y sus manos desaparecen al instante de mi trasero.

—Necesito ir a comprarme algo de ropa —comento mientras me bajo de la cama, tomo un sándwich de la bandeja que dejó la criada y camino hacia la puerta—. A la esnob de tu esposa no la atraparían ni muerta paseándose por ahí con una de mis sudaderas.

—Te llevaré por la mañana. Debes estar lista a las nueve.

Giro y lo veo tirado en la cama con las manos cruzadas detrás de la cabeza, lo que hace que su enorme cuerpo parezca aún más grande. Nadie debería ser tan guapo. Y he vuelto a perder la oportunidad de ver sus tatuajes. Maldita sea.

—Bueno. Pues buenas noches —digo, y salgo corriendo de la habitación.

Capítulo 6

Roman

Cuando llego a la cocina alrededor de las ocho y media, Nina ya está terminando su desayuno. En lugar de unirmele, me sirvo un vaso de jugo de naranja y lo bebo junto a la encimera, porque no estoy seguro de que seré capaz de levantarme si me siento. Warren me torturó durante casi dos horas en la sesión de fisioterapia de esta mañana, y apenas pude ducharme y vestirme después. Debería haber tomado la silla de ruedas en este momento en lugar de las muletas.

—Tenemos que desviarnos un momento antes de ir de compras. — Coloco el vaso vacío en el fregadero—. Uno de mis hombres llamó por un asunto que tengo que resolver. No tardaré mucho.

—¿Te importa si también pasamos por una tienda de suministros de arte? Varya vino temprano para decirme que ya llegó mi material de arte, pero necesito comprar más pinturas.

—Claro. Le diré a uno de los chicos que suba las cajas. ¿Dónde las quieres?

—Frente a la ventana junto al librero. Eso si estás de acuerdo con que ponga allí mi espacio de trabajo. Te prometo que cubriré el suelo y no haré un desastre.

—Por supuesto. —Asiento con la cabeza y me doy la vuelta para entrar en mi habitación y tomar la silla de ruedas cuando un dolor punzante me recorre la pierna derecha. Maldición. Aprieto los ojos un segundo, respiro hondo y doy un pequeño paso adelante. Logro dar dos más antes de verme obligado a detenerme y descansar un momento.

—¿Roman?

Miro por encima del hombro y veo a Nina observándome desde su lugar en la mesa.

—¿Está todo bien?

—Sí.

Asiento con la cabeza y sigo arrastrándome hacia la habitación, intentado no poner demasiado peso en la pierna derecha.

* * *

Sujeto la manecilla de la puerta y me vuelvo hacia Nina.

—Quédate en el auto. No tardaré.

—Claro, cariño. —Sonríe. Sacudo la cabeza y me traslado del asiento del coche a la silla de ruedas que Dimitri, mi jefe de seguridad, está sujetando para mí.

El almacén está situado al sur de la ciudad, en un terreno entre dos fábricas abandonadas. El suelo es irregular, lo que hace que sea más difícil empujar las ruedas, pero Dimitri sabe muy bien que no debe intentar ayudarme. Entramos por una puerta grande que se usaba para vehículos y nos detenemos en medio del enorme pasillo, donde dos de mis hombres están esperando.

—¿¡Quién lo ha jodido!? —vocifero al entrar, seguido por Dimitri.

—El conductor —responde Mikhail—. Una patrulla de rutina lo ha detenido por exceso de velocidad. También estaba borracho. Han confiscado la mercancía.

—Ha excedido el límite de velocidad mientras transportaba mis drogas. Borracho —repito, incrédulo—. ¿Dónde está el idiota?

—Logró escapar de los policías. Está en la habitación de atrás.

—Mátalo —le ordeno a Mikhail, y me giro hacia Anton—. Asegúrate de que los demás estén advertidos, para que esta mierda no vuelva a suceder.

—Sí, *Pakhan*.

—Enséñame el mapa. Tendremos que cambiar la ruta para los próximos cargamentos.

Tardamos unos veinte minutos en establecer la ruta alternativa, y casi una hora revisando los cargamentos planificados para las próximas dos semanas y haciendo los ajustes necesarios. Tal vez no debí haber traído a Nina, seguro que está inquieta por tener que esperar tanto tiempo en el auto.

Cuando por fin regresamos al coche, Dimitri me abre la puerta y, cuando veo a Nina, me quedo helado a medio movimiento. Está sentada con las piernas cruzadas en el asiento trasero y los ojos cerrados. En el teléfono que tiene en el regazo se está reproduciendo un video que muestra a una mujer en la misma pose, murmurando no sé qué tonterías *new age* mientras Nina repite lo que dice. Luce ridícula.

—¿Qué estás haciendo?

—Eliminando vibraciones negativas y canalizando energía positiva a mis chakras. Vova dijo que no le importaba.

Giro la cabeza y miro a nuestro chófer. Está mirando hacia el frente, fingiendo compostura, pero puedo verlo en su rostro, apenas está logrando evitar reírse a carcajadas.

—¿Quieres probarlo, cariño? Es maravilloso para liberar el estrés — pregunta Nina, pareciendo completamente seria, pero hay un brillo de picardía en sus ojos.

—Probaremos algo parecido cuando lleguemos a casa.

Nina

Hay tres montones de ropa en el banco del probador. El más grande tiene las prendas que no me sirven bien y no se pueden arreglar. El del medio consiste en ropa que no me queda bien, en su mayoría *jeans* y dos vestidos, pero que pueden alterarse a mi medida. La vendedora de la *boutique* me tomó las medidas hace un momento y me prometió que la modista los arreglaría y los entregaría dentro de dos días. Estas tiendas elegantes tienen un servicio al cliente excepcional. Le doy la ropa que hay que acortar a la asistente de compras, que está esperando frente al probador, y llevo

conmigo el tercer montón más pequeño a la caja. No puedo creer que haya encontrado algo que me quede bien.

Roman paga las compras con su tarjeta, luego me pasa el brazo por la cintura y se inclina hacia mí.

—Me gusta mucho la tanga rosa. Te la pondrás para mí esta noche — comenta, y me besa.

Aunque sé que lo está haciendo porque su hombre, Dimitri, está delante de nosotros recogiendo las bolsas, aun así siento mariposas intensas en el estómago. Dimitri no hace ningún comentario y finge que no pasa nada fuera de lo normal, aunque miro la forma en que abre los ojos cuando nos ve besarnos. Es un poco mayor que Roman, treinta y algo, y buenmozo, con unas libras de más en la cintura.

La mano de Roman llega a descansar en mi trasero y lo aprieta un poco.

—Deja de comerte con los ojos a mi jefe de seguridad, Nina —me susurra al oído.

Arqueo una ceja y sonrío.

—Claro, cariño.

Nos dirigimos a la zapatería al lado de la *boutique* y, quince minutos después, estoy sentada en una silla con al menos una docena de cajas esparcidas por el suelo a mi alrededor. Cuando veo los precios, casi me desmayo y quiero ir a otra tienda, pero Roman no quiere ni oírlo. Así que aquí estoy, sosteniendo un par de zapatos de tacón que cuestan una pequeña fortuna cuando oigo que mi futuro marido se acerca. Se coloca delante de mí y se inclina, tomando los zapatos de mis manos y se los pone en el regazo.

—Izquierdo —ordena, y extiende la mano.

Cruzo las piernas y levanto el pie izquierdo, colocando el talón en su palma. Me levanta la pierna por el tobillo, toma un zapato de su regazo y me lo desliza por el pie.

—¿Tienes un fetiche de pies, Roman?

—No. Pero creo que estoy desarrollando uno —asegura con la barbilla metida hacia abajo, y me suelta la pierna—. Derecho.

Hace lo mismo con cada par y, para el momento en que terminamos, estoy excitada a más no poder. No tenía ni idea de que mis pies fueran una zona erógena, o tal vez sea la forma en que me acaricia a propósito la piel alrededor del tobillo. Tengo la sensación de que cualquier parte de mi cuerpo se convertiría en una zona erógena si Roman la tocara. Por supuesto, nunca permitiré que las cosas lleguen a ese punto.

—Nos los llevamos todos —indica, y hace señas a Dimitri, que está parado en la entrada.

—¿Estás loco? —susurro, asegurándome de que Dimitri no oiga—. Solo nos llevaremos un par.

—No.

—¡Roman!

—Todos, Nina. Ahora sonrío.

—¡Gracias, cariño, me encantan!

Le sonrío y le doy un beso rápido en la mejilla.

—Dimitri te llevará a la tienda de suministros de arte y luego al auto. Espérame allí. Necesito pasar por otra tienda, enseguida me reuniré contigo.

—Ah, eso estaría perfecto. No se me da bien orientarme en espacios desconocidos.

—Ya lo sé, amor. No te preocupes, le pasa a todo el mundo. —Me da un beso rápido en los labios, se da la vuelta para salir de la tienda y me doy cuenta de que Dimitri lo mira con confusión en su cara.

—Es tan dulce, ¿verdad? —Sonrío a Dimitri, quien me mira sorprendido. Me giro rápidamente y salgo de la tienda para que no me escuche resoplar.

Capítulo 7

Nina

Cuando regresamos de nuestro día de compras, el juez de paz ya nos está esperando en la sala de la *suite* de Roman. La firma del certificado de matrimonio resulta muy decepcionante. El tipo dice su diálogo, mientras Varya y Maxim actúan de testigos. Un par de síes y cuatro firmas después, Roman y yo somos marido y mujer. No puedo creer que me haya casado vestida con un par de *jeans* que tengo desde la secundaria. Es una de las cosas más raras que he experimentado. Aunque los anillos son un bonito detalle. No sé cómo Roman se las arregló para encontrarlos tan rápido. Probablemente fue a una joyería mientras yo esperaba con Vova y Dimitri en el auto. También obtuve un segundo anillo, un grueso aro de oro blanco con una piedra pálida en medio, el cual supongo haremos pasar por anillo de compromiso. Probablemente es falso, porque uno real costaría una fortuna. De todos modos, me gusta.

Al momento que se van, Roman toma su *laptop*, dice que tiene trabajo por hacer y se encierra en su habitación. Ni siquiera sale a comer el almuerzo que trae Varya.

Guardo la ropa nueva en el armario y termino una pintura antes de que se me acabe la inspiración. Ahora, estoy absolutamente aburrida. Quizá debería pedir algunos artículos y comenzar a redecorar la casa conforme lo planeado. Tal vez algunas lámparas. Me recuesto en el sofá y cierro los ojos.

—Lámparas. Me encantan las lámparas. Cuanto más grandes, mejor. Doradas, con grandes pantallas negras. Y entramadas —murmuro para mí misma—. Darán a la casa un aspecto sofisticado, así que las pondré por todas partes. El personal va a odiarlas. Son difíciles de limpiar y...

—Nada de lámparas. —Escucho la voz profunda de Roman justo encima de mí, pero sonrío y continúo, con los ojos cerrados.

—Y mi esposo odia mis lámparas. Sin embargo, sabe que tiene cero conocimientos de diseño de interiores, y como está tan loco por mí, decide dejar mis catorce lámparas en paz.

Abro los ojos y encuentro a Roman inclinado sobre mí, con los ojos entrecerrados. Está en la silla de ruedas otra vez. Qué raro. Usualmente usa muletas cuando está en su *suite*.

—Veo que por fin te has decidido a salir de tu cueva. —Arqueo una ceja.

—Deberías vestirme. Bajaremos a cenar en treinta minutos.

—¿Zorra, seria o algo intermedio?

—Intermedio servirá.

—Maldita sea, desearía que hubieras elegido zorra.

Roman

La puta rodilla me está molestando otra vez. Sucede de vez en cuando. Esta tarde tomé unos analgésicos y trabajé desde la cama, esperando que ayudara. Lo hizo, pero apenas. Odio esta silla, aunque lo que más me incomoda aparte de la silla misma, es que Nina me vea en ella. Esa mujer no significa nada para mí. Tenemos un trato por tiempo limitado, luego se irá. Aun así, me incomoda.

La puerta de su habitación se abre y, cuando sale Nina, la sala comienza a vibrar con energía. Lleva unos *jeans* negros ajustados, una blusa de seda amarilla a juego con unos zapatos de tacón del mismo color. Su cabello está recogido en una coleta alta que le cae por la espalda. Nina no suele usar maquillaje, y eso me gusta. No lo necesita. Sin embargo, esta noche, debe de haber decidido que es una ocasión especial, porque se ha pintado los labios de un rojo intenso y se ha hecho algo en los ojos para acentuar su forma y color. Lo curioso es, que extraño su *piercing*.

—¿Lista? —pregunto.

—Tanto como alguna vez lo estaré. Muéstrame el camino, esposo.

* * *

Cuando entramos en el gran comedor del primer piso, todos están ya sentados y hablando. En cuanto nos ven, la charla se apaga y se ponen de pie. La tensión es tan densa que se podría cortar con un cuchillo, así que decido ir al grano.

—Esta es mi esposa, Nina Petrova —declaro.

Todo el mundo me observa, luego dirigen sus miradas a Nina.

—¡Hola! —Sonríe y saluda con la mano.

Nadie dice nada. Bien.

—Nos hemos casado por lo civil esta tarde, pero hemos decidido posponer la boda religiosa hasta el verano. Nina quiere una ceremonia al aire libre.

—Sí. Será junto al lago. —Me besa en la mejilla—. Gracias por complacerme, cariño.

—Sé que es un poco repentino, pero no cambia las cosas. Si alguien se atreve a faltarle el respeto a mi esposa, no le gustarán las consecuencias. —Me aseguro de clavarles la mirada a todos los hombres sentados a la mesa, hasta que llego a mi tío—. Sin importar quién sea. ¿Queda claro?

—Sí, *Pakhan* —responden todos al unísono.

—Nina, ya conoces a Maxim y a Dimitri. —Señalo, y ellos asienten con la cabeza. Luego giro la mirada al otro lado de la mesa.

—Este es mi tío, Leonid.

Observo su reacción, pero Leonid no es estúpido. Asiente, su rostro es una máscara perfecta de cortesía, mas no se me pasa por alto el brillo malvado en sus ojos.

—A la izquierda de Leonid está Mikhail, los hermanos Ivan y Kostya, y Sergei. A la derecha de Dimitri están Yuri, Pavel y Anton. Estos son mis

hombres más cercanos, y pongo mi vida en sus manos. Y, a partir de ahora, también la tuya.

Nina se vuelve hacia los hombres de la mesa. Todos cierran el puño derecho, se golpean el pecho al unísono y asienten mientras ella los mira con los ojos muy abiertos. Su cara es controlada, aunque por su postura y por la forma en que está apretándose el antebrazo, sé que está algo sorprendida. Parece que mi florecilla no había entendido exactamente en lo que se había metido hasta esta noche.

—Cenemos —indico, y hago una señal con la cabeza a Varya, quien está esperando junto a la puerta. Hace un gesto con la mano a Olga, Valentina y Galina para que traigan la comida.

La cena transcurre como esperaba, mayormente en silencio. Cada pocos minutos, alguien lanza una mirada rápida en dirección a Nina, lo cual estoy seguro de que nota, aunque finge no hacerlo. Y ella es muy buena fingiendo, tan bien que resulta casi inquietante. Esperaba que se excediera, que sobreactuara, que se riera con nerviosismo. No hay nada de eso. Se me acerca un poco entre bocados para preguntarme algo y me toca la mano de vez en cuando. Todo parece tan sincero que incluso a mí me cuesta no creerme su actuación, aun a sabiendas de que es puro teatro.

—He cambiado de opinión —me susurra al oído, y rompe mi hilo de pensamientos—. Nos quedamos con esta mesa. Es extraordinaria.

—Me alegro que te sientas de esa manera.

—Aunque tendrás que deshacerte de las cortinas, cariño. Ese tono marrón es muy deprimente. Mi gurú de *feng shui* dice que hay que tirar las cosas que nos depriman.

El sonido de su voz es completamente en serio, su rostro es la viva imagen de la sinceridad, pero sus ojos se están riendo de mí. Me inclino hacia ella.

—Entonces, las quemaremos —digo, y la beso.

Capítulo 8

Nina

Algo no está bien. Recuerdo que Roman mencionó que tenía una reunión importante planeada para esta mañana. Son más de las nueve y aún no ha salido de su habitación. Oí su teléfono sonar alrededor de las ocho y después que hablaba con alguien. Quince minutos después, Valentina nos trajo el desayuno diciendo que Roman le instruyó que lo dejara conmigo.

Quizá debería comprobar si se encuentra bien. Coloco el pincel en el plato pequeño que mantengo cerca del lienzo, me limpio las manos y me dirijo a la recámara de Roman. De repente, se abre la puerta, y empuja la silla de ruedas hacia la cocina. Solo lleva puestos unos pantalones deportivos, su torso completamente a la vista, y no puedo dejar de mirar.

Roman ni siquiera se da cuenta de que me acerco. En vez de eso, va a los cajones cerca del fregadero y comienza a hurgar en el de arriba. Cuando no encuentra lo que busca, murmura algo en ruso, cierra el cajón de golpe y pasa al siguiente.

—¿Necesitas ayuda?

—¡No! —espeta.

Lo veo sacar un frasco blanco del cajón, tomar dos pastillas y tragárselas. Vuelve a observar el contenedor, extrae otra tableta y lo tira de vuelta al cajón. Mientras agarra una botella de agua de la nevera, aprovecho la oportunidad para echar un vistazo a la etiqueta para ver qué ingirió. Son analgésicos. Finalmente, gira la silla para mirarme, suelto un grito ahogado.

—Tienes un aspecto horrible. —Tiene la cara pálida y los ojos enrojecidos—. ¿Pudiste dormir algo?

—En realidad, no.

Lo sigo a su habitación y observo mientras entra en el vestidor y regresa con un par de pantalones y una camisa en su regazo.

—¿Qué estás haciendo?

—Tengo una reunión dentro de veinte minutos. Vete, por favor, tengo que cambiarme.

—No estás en condiciones de ir a ninguna parte, Roman.

Me ignora, pone la ropa en la cama a su costado y comienza a levantarse de la silla de ruedas, pero en cuanto trata de enderezarse, un gruñido escapa su boca y vuelve a sentarse.

—¡Maldición!

—Bueno, supongo que no vas a desvestirte de momento. Ven, vamos a llevarte a la cama.

—La cama no funcionará. Tengo la rodilla rígida, no puedo estirar la pierna.

—¿Y el sofá? Podríamos ponerte algo debajo de la pierna y mirar una película.

Roman me mira como si estuviera loca.

—No puedo pasarme el día viendo películas. Tengo un imperio criminal que manejar.

—Bueno, no estarás manejando a ninguna parte, literal o figurativamente. Acabas de tomarte una dosis triple de analgésicos, así que probablemente estarás inconsciente en menos de una hora, durmiendo como bebé.

—¡Mierda! —maldice, luego gruñe algo en ruso y niega con la cabeza.

—No tengo ni idea de lo que acabas de decir, pero estoy de acuerdo. —Asiento con la cabeza—. ¿Necesitas llamarlos para cancelar?

—Sí. Pásame el teléfono.

Cuando llegamos a la sala, Roman se las arregla de alguna manera para trasladarse al sofá. Agarro una de las almohadas grandes para ponérsela debajo de la pierna, luego voy a su habitación por una manta, la cual le echo encima. Roman observa cada uno de mis movimientos, aunque no comenta nada. No creo que esté acostumbrado a que alguien se preocupe por él. Puede que me equivoque, pero creo que en secreto lo disfruta. Me dirijo a la

cocina y miro el desayuno que queda en la bandeja. Es una especie de pastel hecho a mano relleno de fruta. Tomo un bocado. Todavía está caliente, esto servirá.

—Anoche empecé una película, ¿quieres verla conmigo? Solo he visto los primeros quince minutos. ¡Te pondré al corriente! —vocifero mientras tomo una jarra de jugo de naranja de la nevera.

—Suenan bien.

—¿De casualidad habrá palomitas de maíz en alguna parte? —pregunto mientras abro la despensa.

—Lo dudo.

—¿Y en la cocina de abajo? No podemos ver una película sin palomitas.

—No tengo ni idea. Llama a Varya y pregúntale.

Llevo la bandeja con el desayuno y la coloco en la mesa baja frente al sofá, luego me giro hacia Roman.

—Ocupas mucho espacio. Muévete, por favor.

—Y hoy *tú* estás muy mandona —agrega, pero se levanta sobre los codos.

Me siento en el lugar donde había colocado la cabeza, apoyo las piernas sobre la mesa y señalo mi muslo. Roman vuelve a bajar despacio, colocando la cabeza en mi regazo. Me pasa su teléfono con el número de Varya ya seleccionado.

Roman

No puedo esperar a escuchar esto.

—Varya, lo siento si te interrumpí —chilla Nina al teléfono—. ¿Tienes palomitas de maíz en alguna parte?

No escucho la respuesta, mas puedo imaginar la cara de Varya. Estoy bastante seguro de que nadie ha visto nunca palomitas de maíz en esta casa.

Tenemos bombas, algunas cajas de granadas y una tonelada de municiones en el garaje. Pero no palomitas de maíz.

—Sí, palomitas de maíz... Pues para comer. Estamos viendo una película. —Escucha la respuesta de Varya—. ¿Qué quieres decir con “quiénes”? Roman y yo. —Otra pausa, y luego—: Sí, Varya, hablo en serio... No, no es necesario... Yo... De acuerdo, gracias.

Deja el teléfono sobre la mesa, me mira y hace una mueca de disgusto.

—No hay palomitas de maíz, nos traerá cacahuets. Los odio, sin embargo, está impaciente por venir.

«Por supuesto que lo está».

El toquido en la puerta llega cinco minutos después. Varya abre la puerta y entra a la sala, pero se detiene a mitad de camino para mirarnos. Sus ojos se deslizan hacia mí, acostado en el sofá tapado con una manta y cuando llegan a mi cabeza apoyada en el regazo de Nina, sus cejas se elevan hasta el nacimiento del cabello. Se acerca, deja un tazón de cacahuets en la mesa y luego mira la mano de Nina, que está hundida en mi pelo mientras sus dedos juegan con uno de mis mechones.

—Podría haber bajado a buscarlos —dice Nina.

—Tonterías, niña. ¿Necesitan algo más?

—Podemos almorzar aquí, ¿más tarde? Me parece que Roman no se levantará del sofá en un buen rato.

Varya me lanza una mirada y sonríe con satisfacción.

—*Oh*, estoy segura de que no lo hará.

Cuando Varya se va, Nina se recuesta y pone la película. Me está poniendo al corriente en lo que ha sucedido hasta ahora, pero realmente no presto atención a lo que está diciendo, y en vez de eso cierro los ojos y disfruto el sentir cómo su mano me acaricia el cabello. Los analgésicos están comenzando a hacer efecto. Podría levantarme y volver a mi habitación, o al menos sentarme; en vez de eso, me quedo en la misma posición, y escucho la voz de Nina mientras describe con todo lujo de detalles cómo sucedió el asesinato en la película, y me voy a la deriva.

* * *

—No voy a traerte las muletas, Roman.

Miro a Nina desde mi posición en el sofá y aprieto los dientes. Hemos pasado toda la mañana y buena parte de la tarde holgazaneando en la sala. Incluso logré dormir por casi dos horas y tengo la rodilla mucho mejor.

—¡Nina!

—Roman.

—Tráeme las malditas muletas. Por favor.

—Hoy no hay muletas para ti —responde, y empuja la silla de ruedas hacia mí.

—Te estás pasando de la raya —emito.

—Demándame.

Maldigo, me subo a la maldita silla y me dirijo a mi habitación. Después de ducharme y cambiarme, tomo la *laptop* y vuelvo a la sala. Odio admitirlo, pero todavía siento un dolor punzante en la rodilla. No es tan fuerte; no obstante, aún es mejor estar sentado y, puesto que estoy ya en la silla, decido trabajar un poco.

—Iré al despacho. —Indico con un movimiento de cabeza hacia la puerta—. Vamos, te daré el *tour* de la casa por el camino.

Me sigue por el pasillo del ala este, y señalo cada puerta por la que pasamos.

—La segunda oficina, la cual no uso. Dos dormitorios de invitados, cerrados con llave. El gimnasio. Hago ejercicio ahí todas las mañanas, y tres veces por semana viene un fisioterapeuta.

—¿Por qué tienes cerradas con llave las habitaciones de invitados? ¿Qué haces cuando tienes gente que se queda a dormir?

—No invito a nadie a pasar la noche en mi casa. Es un riesgo de seguridad. —Nos detenemos en la parte superior de la escalera, y señalo con la cabeza el pasillo que se extiende hacia el ala oeste—. Mis hombres

tienen sus habitaciones allí. Será difícil colocarles micrófonos sin que alguien sospeche. —El ascensor nos lleva a la planta baja, y giro a la derecha hacia la parte para hacer “negocios” de la casa—. La sala de estar. —Señalo hacia las puertas dobles abiertas de par en par, mostrando un gran espacio utilizado por mis hombres—. A la derecha, el despacho de Leonid.

—¿Qué es lo que hace?

—Leonid está oficialmente a cargo de las finanzas, pero, en realidad, Kostya e Ivan hacen todo el trabajo. Mikhail se encarga de la distribución y de algunas otras cosas. Tiene sus despachos en casa y en uno de los almacenes, así que casi nunca está aquí.

—¿Mikhail es el grandote con el parche en el ojo?

Me detengo por un momento, tomo el antebrazo de Nina y la vuelvo hacia mí.

—Lo que le pasó a Mikhail es personal. Por favor, no vayas por ahí preguntando.

—De acuerdo.

—Y otra cosa. Cuando Mikhail esté cerca, trata de no tocarlo sin querer. No... lidia bien el contacto piel con piel. —Nina abre los ojos de par en par, pero no pregunta nada más, solo asiente—. Bien. Esta puerta de aquí conduce al sótano. No bajarás allí bajo ninguna circunstancia —adviento.

—¿Por qué?

Decirle que es allí donde solemos torturar a la gente es impensable.

—Porque no.

—¿Ya has... ya sabes? —Se señala la oreja.

—Maxim ya se encargó de eso.

—¿Cuál es su función?

—Es mi segundo al mando. Dimitri trabaja con él, aunque se ocupa principalmente de la seguridad.

—¿Y el resto?

—Pavel está a cargo de los clubes. Anton y Yuri se encargan de los soldados rasos. Sergei, el tipo alto y rubio, maneja las negociaciones y

todos nuestros negocios legales, como los inmuebles y alquileres. Rara vez viene aquí; pero cuando lo haga, trata de evitarlo. Tiene problemas.

—Todo el mundo tiene problemas, Roman.

—No como Sergei. Créeme. Mantente alejada de él.

—¿Y todos viven aquí?

—Todos los hombres que conociste anoche tienen habitaciones arriba; sin embargo, solo Leonid, Pavel, Kostya e Ivan viven aquí.

—¿Y el personal? ¿El servicio?

—Valentina y Olga también tienen habitaciones en el ala este, donde está la cocina. Varya también tiene un pequeño apartamento allí. El resto regresa a sus viviendas cada noche.

—¿Varya es tu ama de llaves?

—Era el ama de llaves del viejo *Pakhan*. Cuando tomé el mando, le dejé la vida solucionada, para que no tuviera que trabajar nunca más. No quiso irse. Aún no quiere. Así que, dejo que administre la casa; la hace feliz.

—No quiso dejarte, querrás decir.

—Sí. —Lo veo en sus ojos: quiere seguir preguntando, pero no lo hace, y no ofrezco más. Es mejor no decir ciertas cosas—. Esta es la oficina de Maxim, luego la de Dimitri. —Señalo las puertas de la derecha—. Kostya e Ivan comparten despacho, es la puerta junto al de Leonid. El mío es el último del pasillo. Si no estoy arriba, probablemente esté aquí. Te daré los números de Maxim y Dimitri más tarde, por si acaso.

—¿Podemos ver la cocina?

—Si insistes.

—Pareces reacio. ¿Hay algo malo con la cocina?

«Todo está mal con la puta cocina».

—Ya lo verás.

Nina

Estamos justo delante de las puertas abiertas de la cocina cuando algo grande y metálico cae al suelo con un estruendo. Hay una fracción de segundo de silencio absoluto seguido de unos gritos roncoss tan fuertes que me estremezco. Cuando entramos, miro a mi alrededor y siento como si acabara de entrar en un manicomio.

Un enorme hombre barbudo de unos sesenta años, vestido con un delantal blanco de chef y un pañuelo en la cabeza, está de pie con las manos en las caderas gritando lo que supongo que son obscenidades rusas. No es muy alto, aunque es tan ancho como un camión. Una gran olla volcada de lo que parece sopa yace en el suelo cerca de sus pies. Valentina y otras dos mujeres, quienes supongo son Olga y Galina, corren alrededor de la cocina, recogen trapos y luego se arrodillan para limpiar el suelo. Mientras tanto, el cocinero permanece inmóvil en medio de un gran charco de sopa. Varya está en el otro extremo de la habitación, cerca de la nevera grande, señalando al cocinero y gritando también en ruso.

En el lado derecho hay una pequeña mesa donde Kostya y Dimitri están sentados, tomando café y discutiendo algo. No parecen inmutados ni lo más mínimo por la pelea de gritos ocurriendo detrás de ellos.

Nadie ni siquiera nos ve.

—¿Siempre es así aquí? —hablo entre dientes.

—Casi siempre.

Las dos mujeres limpiando el suelo comienzan a discutir. Una de ellas le tira el trapo a la otra y se dirige al fregadero.

—Están justo debajo de tu *suite*. ¿Cómo es que nunca las había escuchado antes? —pregunto con asombro.

—Tengo la cocina insonorizada.

—Eso fue una buena idea. —Asiento, aún mirando el caos con asombro—. ¿Dejamos que continúen?

Roman mira a su alrededor, toma una tabla de cortar gruesa y la estrella contra la encimera de metal que tiene a su lado. El sonido reverbera a través de la habitación, haciéndome saltar. Todo el mundo se calla.

—Esta es Nina —indica Roman—. Mi esposa.

Sonríó abiertamente y hago un saludo con la mano hacia ellos.

—¡Nina Petrova! —exclaman todos y asienten al mismo tiempo.

—*Oh*, pero pueden llamarme Nina.

—¡No, no pueden! —vocifera Roman.

—¡Cariño!

—Fin de la discusión.

—Qué severo eres, Roman. —Hago un puchero, luego me giro hacia el personal de la cocina—. Lo es ¿verdad que sí? —Todos me miran como si fuera tonta. «*Perfecto*». Me vuelvo hacia Roman—. ¿Puedo quedarme aquí?

—¿Estás segura?

—Síp.

—De acuerdo. Estaré en mi despacho.

—Iré más tarde. —Coloco un beso rápido en su mejilla.

* * *

Diez minutos después, estoy sentada en la mesa de la esquina, tratando de hablar del desayuno con Igor, el cocinero. Solo habla ruso, así que Varya hace de traductora. La cosa no va bien.

—Igor cree que no te gustaron los *piroshki* de esta mañana —dice Varya—. Tiene miedo de que el *Pakhan* lo despida, o algo peor, si se entera de que no te gusta su comida.

Oh, por el amor de Dios. Siento la necesidad de golpearme la frente contra la mesa. En vez de eso, sonrío con dulzura.

—Me encantaron las tartas. Estaban deliciosas, y me aseguraré de que Roman lo sepa. Incluso me encantaría aprender a hacerlas. Pero ¿podría servirme también cereal para desayunar?

Varya me traduce e Igor sonríe. Salta de la silla balbuceando algo y haciendo señas con la mano. Lo sigo hacia la isla de la cocina, donde me pasa un delantal por la cabeza y comienza a sacar algunos ingredientes de la alacena. Me giro para mirar a Varya por encima del hombro, con la esperanza de que me diga qué está pasando, no obstante, se limita a reír y niega con la cabeza.

Roman

Termino de repasar los números con Leonid y Kostya y miro el reloj. Son casi las siete; se me ha pasado la tarde completa volando con todas las reuniones y el papeleo que tenía atrasados. Me pregunto qué estará haciendo Nina. Dijo que pasaría por aquí, pero no lo hizo. Aunque no tengo ni puta idea de por qué, no me siento bien.

—¿Hasta cuándo piensas seguir con esta situación, Roman?

Miro a Leonid, quien está sentado en una silla al otro lado de mi escritorio. Kostya ya se ha marchado, así que solo quedamos nosotros dos.

—¿Qué situación?

—El matrimonio. Ni siquiera te casaste por la iglesia. La gente hablará.

—No, no lo harán.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los silenciaré, Leonid. De la misma manera en que silencié a mi padre. —Inclino la cabeza a un lado—. ¿Recuerdas aquella noche? —Se tensa y no dice nada, mas observo la vena que le late en el cuello. Sí, la recuerda muy bien—. Si no tienes más preguntas, puedes irte. —Asiento hacia la puerta.

Se levanta y sale de mi despacho.

Leonid lleva actuando de manera extraña desde los últimos dos meses. Siempre ha sido un flojo de mierda que prefiere que otras personas hagan su trabajo mientras él se lleva todo el mérito. Recientemente, ha estado tratando de arrebatarle algunas responsabilidades a Kostya, la cual es la

principal razón para que sospeche que está implicado en lo de la bomba. Tendré que hacer pronto algo con él, con pruebas o sin ellas. Ahora, sin embargo, me muero por saber qué ha estado haciendo mi peculiar esposa toda la tarde, así que llamo a Varya.

—¿Dónde está?

—Sigue aquí, en la cocina —responde Varya, su tono divertido.

—¿Qué ha estado haciendo ahí todo este tiempo?

—Ven a verlo por ti mismo.

Me empujo por el largo pasillo y entro en la cocina. Nina está de pie junto a la superficie de trabajo, colocando piezas redondas de masa en un molde grande mientras Igor está parado detrás de ella, supervisando. Aunque lleva puesto un delantal, su blusa rosa de encaje y los *jeans* están cubiertos de harina. Su coleta está torcida y tiene algo que parece mermelada en la mejilla izquierda.

—Igor le está enseñando a hacer *piroshki* —explica Varya cuando se detiene a mi lado—. Van por la tercera tanda.

—Igor solo habla ruso. ¿Cómo puede enseñarle algo?

—No tengo ni idea. Le dice lo que tiene que hacer, y cuando lo hace mal, le grita.

Giro la cabeza de golpe y miro a Varya.

—¿Le gritó a mi esposa?

—Ella le gritó más.

—¿Por qué?

—Bueno, él le gritó porque quemó la primera tanda. Ella le gritó porque no le dijo cuánto tiempo tenían que estar en el horno. Ninguno de los dos sabía por qué el otro estaba gritando. Fue divertidísimo.

—¿Qué pasó con la segunda tanda? —pregunto—. ¿También se quemó?

—La segunda salió bien. La sacaron del horno justo cuando los chicos comenzaron a llegar para almorzar. Todos los que pasaban tomaron uno o dos y, al cabo de cinco minutos, ya no quedaba ninguno. —Se ríe—. *Oh*, ella estaba tan furiosa.

—¿Por qué? ¿Ella se los quería comer todos?

Varya se vuelve hacia mí, y hay una mirada traviesa y satisfecha en sus ojos, como un gato que se comió al canario.

—No, Roman. Se enfadó porque no dejaron ninguno para ti.

En ese momento, Nina levanta la cabeza, nuestras miradas se conectan y me sonrío. Es como si, de repente, el sol hubiera atravesado las nubes oscuras y me hubiera golpeado con su calidez y me encuentro deseando que esto fuera real y no solo una actuación. Sus tacones repiquetean en el suelo cuando se acerca, resonando en el gran espacio.

—Se comieron tus *piroshki* —dice y coloca sus manos en la cadera.

Es demasiado bonita cuando se enfada. Me inclino hacia delante y la agarro por la cintura con un brazo y por debajo de las rodillas con el otro. Levantándola, la pongo sobre mi regazo.

Chilla y me rodea el cuello con los brazos.

—Te he manchado toda la camisa de harina.

—No me importa —respondo, y agarro las ruedas—. Sujétate fuerte. —Abre los ojos de par en par y aprieta los brazos alrededor de mi cuello—. Ábrenos la puerta, Varya —ordeno por encima del hombro, giro la silla y nos empujo hacia el pasillo.

Con las piernas de Nina colgando sobre el lado de la silla, requiere un poco más de maniobra para manejar la rueda derecha, aunque me las arreglo y nos llevo por el pasillo y dentro del ascensor. Se está riendo como una loca por el camino, con la cara hundida en mi cuello, y me siento de maravilla.

Mi buen humor se evapora en cuanto salimos del ascensor y veo a Leonid de pie en lo alto de las escaleras, observándonos con una mirada calculadora. Lo ignoro y nos conduzco a la puerta de mi *suite*.

—Gracias por el paseo. —Nina se ríe y se levanta para abrir la puerta.

—Cuando quieras, *malysh*. —Adentro, cierro la puerta detrás de mí—. Ven, tenemos que hablar.

—¿Ocurre algo?

—Tal vez. Ve a cambiarte, te estaré esperando en la cocina.

Nina

Cuando entro en la cocina, recién duchada y vestida con ropa limpia, encuentro a Roman hurgando en la nevera. También se ha cambiado con un par de *jeans* y una camiseta blanca ajustada que se estira apretadamente sobre su espalda amplia. No puedo evitar mirarlo.

—¿Cómo está la rodilla? —pregunto cuando consigo dejar de comérmelo con los ojos. Está en muletas otra vez, así que supongo que se encuentra mejor.

—De vuelta a la normalidad —responde y cierra la nevera—. O tan normal como hace unos días. Tengo que llamar para agendar a mi terapeuta para mañana. Tuve que cancelar la sesión de hoy.

Me acerco y me paro a su lado, segura de que por fin he superado la estúpida reacción de mi cuerpo a su tamaño. Mi brazo roza su codo accidentalmente, y me estremezco.

—Lo siento —susurro y cierro los ojos, enojada conmigo misma. Odio esto.

Siento el brazo de Roman alrededor de mi cintura y, un segundo después, me encuentro sentada en la encimera.

—No es necesario que hagas eso todo el tiempo —suspiro.

—No me importa.

—Es absurdo. ¿No te lastimo la pierna?

—Lamento decírtelo, pero eres un poco pequeña, Nina. Mi pierna está perfectamente bien.

—Todo el mundo es un poco pequeño comparado contigo, Roman. —Pongo los ojos en blanco y le doy un golpecito en el hombro—. ¿Te ayuda la fisioterapia?

—Sí, aunque es un proceso lento. Tardé dos meses en caminar con muletas. Otro más para usarlas sin mucho dolor. Warren dice que probaremos el bastón dentro de un par de semanas, a ver cómo va.

Se mueve hacia la encimera al lado de donde estoy sentada, luego toma un vaso y la jarra de jugo de naranja.

—¿Y después?

No responde de inmediato, pareciendo concentrarse en servir el jugo de naranja.

—La rodilla está demasiado jodida. Voy a tener que conformarme con llevar siempre el bastón.

Por la forma en que evita mirarme a los ojos, supongo que no le gusta ese resultado.

—Estarás *sexy* con el bastón, Roman. Te dará un aspecto muy aristocrático.

Alza la mirada hacia la mía y sus labios se elevan en una sonrisa.

—¿Y ahora no soy *sexy*?

«*Oh, no sabes cuánto*», quiero decir. En vez de eso, me río.

—¿Estás buscando cumplidos, *Pakhan*? Dios mío, qué vanidoso eres. — Le doy un codazo en broma y ambos nos reímos. Cuando las carcajadas se apagan, cambio de tema—. Mencionaste que teníamos algo de que hablar.

—Sí. Necesito que primero coloques micrófonos en la habitación de Leonid. En su despacho también, pero la prioridad es su recámara.

—De acuerdo. ¿Cómo hacemos para entrar en su habitación? Podría colarme mientras está trabajando.

—Siempre hay alguien rondando por allí, una criada o alguno de los muchachos. —Roman cambia el peso de su pierna mala y apoya la cadera en la encimera—. Tendré que pensar en ello.

—¿Y si lo estropeo?

—No lo harás. —Alarga la mano como si fuera a tocarme la cara, pero lo reconsidera y se da la vuelta—. ¿Les informaste a tus padres que nos casamos?

Siento escalofríos.

—Aún no. ¿Tengo que hacerlo?

—Sí.

—Mierda. Mamá me va a matar. Siempre ha hablado sobre cómo quería organizarme una gran boda si alguna vez conocía a alguien lo bastante loco como para casarse conmigo. Mejor le enviaré un mensaje.

Un músculo salta en la mandíbula de Roman y se inclina hacia mí hasta que nuestras narices casi se tocan.

—No puedes comunicarle a tu madre que te has casado por mensaje de texto, Nina. La llamarás y la invitarás junto con tu padre a que vengan a cenar.

—¿Aquí? —Parpadeo—. No puedo pedirles que vengan aquí. Cuando mi madre vea a todos esos tipos con armas, ¡pensará que me he casado con un mafioso!

Las cejas de Roman casi llegan hasta el nacimiento de su cabello.

—Tu madre tendría razón.

—Sí, pero ¿podemos omitir ese pequeño detalle? Se asustó cuando me vio el *piercing* en la nariz. Mi mamá es extremadamente conservadora; incluso plancha las toallas. No sé cómo reaccionará cuando se entere de que me he casado con un jefe de la mafia.

Se ríe y sacude la cabeza.

—Los llevaremos a un restaurante.

Roman

No soy fan de la madre de Nina.

Como era de esperarse, se sorprende cuando Nina le dice que se ha casado tan repentinamente y con un hombre que nunca han conocido. Sin embargo, a juzgar por las miradas que ha estado lanzando en mi dirección

durante la cena, está más preocupada por la silla de ruedas que el hecho de que su hija se haya casado con un extraño.

—¿Estás embarazada, Nina? —pregunta con indiferencia entre dos bocados de pastel.

A mi lado, Nina se atraganta con el vino.

—¡Por Dios, mamá! —exclama cuando logra recuperarse—. Por supuesto que no. Nos conocimos hace una semana.

—Aunque estamos en ello —añado mientras tomo la mano de Nina—. ¿Verdad, amor?

Nina parpadea, luego sonrío y se inclina para besarme.

—Claro que sí.

El padre de Nina, sentado al otro lado de la mesa, apenas habla. Ha estado evitando mi mirada todo el tiempo. Cuando me observa, rápidamente aparta los ojos y esconde sus manos temblorosas debajo de la mesa. Tampoco me gusta Samuel Grey, y no tiene nada que ver con el hecho de que robó mi dinero. Sabe muy bien quién soy; y aun así, permitió que su hija se casara conmigo para salvar su propio trasero. Qué excusa tan lamentable de ser humano.

En la mesa, suena mi teléfono mostrando el nombre de Pavel. No puede ser un asunto de los clubes porque son las seis de la tarde y aún no están abiertos. Respondo la llamada.

—*Pakhan*, tenemos un problema.

Por supuesto...

—Estoy escuchando.

—Los ucranianos están aquí. Shevchenko quiere renegociar los términos.

—Dile que se ponga en contacto con Sergei. Él está a cargo de eso.

—Ya se reunieron hace unas horas, y Shevchenko dice que no tiene intención de negociar con él nunca más. —Hay una pausa al otro lado de la línea, y luego—: Sergei intentó cortarle la mano.

—*Maravilloso*. —Me pellizco el puente de la nariz y suspiro—. ¿Dónde estás? ¿En Ural?

—Sí.

—Llegaré en veinte minutos. —Guardo el teléfono en el bolsillo y me giro hacia Nina—. Tengo que irme. Dimitri se quedará y te llevará a casa cuando hayas terminado.

—¿Está todo bien?

—Sí. —Asiento con la cabeza y la beso. Luego, al ver cómo su madre nos mira, añado—: Ponte algo *sexy* y espérame. No tardaré.

Nina

Sigo con los ojos a Roman mientras se empuja hacia la salida, donde Dimitri está de pie junto a la pared. Hablan en voz baja y Roman se va. ¿Habrá sucedido algo? Sonaba serio.

—¿Estás segura de que has hecho lo correcto, Nina? —cuestiona mi madre.

Me giro y la miro.

—¿Qué quieres decir?

—Casarte con ese hombre, después de dos días. —Me mira con una mezcla de exasperación y fastidio—. Quiero decir, no debería sorprenderme, siempre hiciste las cosas a tu manera, pero, aun así.

Pongo los ojos en blanco.

—Ese hombre tiene un nombre. Y estamos locos el uno por el otro. ¿Por qué esperar?

—Entiendo por qué te enamoraste de él. Es mayor, rico, sofisticado. Extremadamente guapo.

—Ahí lo tienes. —Sonrío y me recuesto en la silla—. Tu sueño se ha hecho por fin realidad. Pensé que estarías encantada.

—Está postrado en una silla de ruedas, Nina.

—¡Zara! —susurra mi padre al otro lado de la mesa, y mira a Dimitri de pie junto a la puerta—. Cállate.

—No me mandes a callar, Samuel. Quiero lo mejor para mi hija, y tengo derecho de estar preocupada.

—Guárdate tus preocupaciones, mamá —espeto.

Se inclina hacia adelante sobre la mesa.

—¿Qué le sucedió? ¿Un accidente de auto?

—Sí. —Tiro mi servilleta en el plato—. Sufrió una grave lesión en la pierna hace unos meses atrás. ¿Satisface eso tu curiosidad?

Aprieta los dientes y me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Puede caminar?

Miro a mi madre fijamente.

—Acabo de decirte. Me he casado porque estoy enamorada de él. ¿Qué más da eso? —Me preocupa lo rápido y fácil que esas palabras salieron de mi boca.

—¿Por qué? —Me mira con los ojos muy abiertos y se gira hacia mi padre—. ¿Por qué no estás diciendo nada? ¿Sabías sobre esto, Samuel?

—¡Zara, por Dios!, ¡solo cállate!

Ignora a mi padre por completo.

—¿Es esto algún tipo de rebelión, Nina? ¿Otra de tus etapas?

Se acabó. Ya he tenido suficiente. Tomo mi teléfono de la mesa, me levanto y me dirijo hacia la salida, dejando a mis padres allí sentados.

Capítulo 9

Nina

Ladeo la cabeza y observo el gran lienzo que tengo delante. Demasiado luminoso. Tomando la paleta, uso el pincel para mezclar un poco más de negro con el gris pálido y luego comienzo a añadir sombras más definidas.

Cuatro piezas están terminadas y listas para ser enviadas a la galería. Diez, si contamos las seis que mandé antes de que mi vida tomara un giro tan drástico. Necesito terminar cinco más para finales de la semana que viene para cumplir con el plazo para la exhibición. Sin embargo, tendrán que esperar, porque he decidido trabajar en el grandulón. Por lo general, termino todas las piezas estándares primero y trabajo en la pieza principal al final. Esta vez no fue así. Parece que Roman no solo ha logrado estropearme la cabeza, sino también mi proceso creativo.

No lo he visto mucho en las últimas dos semanas. Por lo general, solo por las mañanas, antes de que baje a su despacho para hacer lo que sea que hacen los jefes de la mafia, y por las noches cuando regresa a cenar. Me aseguro de pasar por su despacho al menos dos veces al día, siempre en los momentos más inoportunos. A menudo, hay alguien más adentro con él. Durante el camino de ida y vuelta, deambulo por la casa, reorganizando macetas y cuadros, o haciendo idioteces similares. Aparte de eso, paso la mayor parte del tiempo en la *suite*, lo que me ha dejado mucho tiempo para pintar.

Ayer, Maxim vino a darme un curso rápido para principiantes sobre cómo instalar los micrófonos en las habitaciones. Supuse que implicaría cables y escabullirme por ahí con un destornillador, desenroscar rejillas de ventilación y colocar pequeños micrófonos dentro. En vez de eso, me dio unas cuantas cosas de plástico negro que parecían cargadores de teléfono, aunque sin los cables. Lo único que tenía que hacer era entrar en una habitación y conectarlos a un enchufe que no estuviera a la vista. Aterrador.

En cuanto se fue, caminé alrededor de toda la *suite* dos veces, revisando todos los enchufes.

Hoy, todavía estoy luchando contra un deseo persistente de mirar cada enchufe por el que paso.

Bajando el pincel, retrocedo unos pasos y observo a mi gran bebé con una enorme sonrisa en la cara. Sí, es perfecto. Giro el cuadro con cuidado para que mire hacia la pared en lugar de hacia la puerta, en caso de que Roman entre. Nunca viene a mi habitación, sin embargo, no está de más tomar precauciones. No quiero que vea al grandulón antes de la exhibición, es por eso que decidí trabajar en mi recámara en lugar de al lado del gran librero donde pinto mis otras piezas.

Miro el reloj en la mesita de noche, luego mi reflejo en el espejo. Estoy cubierta de pintura negra y roja hasta los codos, y tengo varias manchas grises y rojas por toda la camisa. Algunas también en la cara. Mi pedido llegará en breve, probablemente debería cambiarme y lavarme la cara y las manos antes de bajar a esperarlo.

Roman

Estoy hablando por teléfono con Mikhail, quien me está dando el reporte sobre el último cargamento, cuando hay un toquido en la puerta y Dimitri entra en el despacho.

—Luego te llamo —le digo a Mikhail, y termino la llamada.

—Han llegado algunas cosas para Nina Petrova —indica Dimitri mirándome intencionadamente.

—¿Y qué? Diles a algunos de los hombres que las lleven al ala oeste.

—¿Qué deberíamos hacer con las lámparas?

—¿Qué lámparas? —pregunto, y entonces lo recuerdo. Maldición.

Apoyo los codos en el escritorio y presiono el talón de las manos en los ojos

—. ¿Grandes? ¿Doradas y negras?

—Sí.

—¿Cuántas?

—Catorce —comenta inexpresivo.

—Catorce lámparas... —suspiro—. De momento, ponlas en la biblioteca.

—Entendido. ¿Y el animal? —inquire, y levanto la cabeza de golpe.

—¿Qué... animal?

—Uno pequeño y negro. Está en una bolsa transportadora, así que no estoy seguro de lo que es. Parece un perro, aunque suena raro.

Tomo el teléfono y llamo a Nina.

—¿En serio has comprado un animal en línea?

—¿Cómo dices?

—Dimitri dice que ha llegado un perro con tus cosas de decoración.

—*Oh*, ese es Brando. Bajaré de inmediato.

Me quedo mirando al teléfono en mi mano. Brando. La voy a matar.

* * *

En la puerta principal, estaciono la silla de ruedas en lo alto de las escaleras y contemplo el montón de cajas de diferentes tamaños cubriendo la mitad de la entrada. A un lado, hay catorce cajas rectangulares transparentes alineadas en hilera, cada una con un ancho listón dorado atado alrededor. Todas contienen la misma lámpara, la cosa más fea que he visto en toda mi vida.

Nina sale corriendo, baja los escalones y se detiene junto a la bolsa transportadora para perros que ha sido colocada en una de las cajas. La abre, saca un perro flacucho del tamaño de un gato pequeño y comienza a arrullarlo.

—¿Qué es eso? —pregunta Dimitri.

—Un chihuahua.

Miramos a Nina hurgar en las cajas, manteniendo al cachorro en el hueco de su brazo izquierdo. Saca una correa de una de las cajas, la ata al collar y deja al animal en el suelo. Este comienza a corretear entre sus piernas, soltando extraños ladridos como los de un hámster.

—Informa a Varya sobre el perro. Seguro que estará... *muy emocionada*. Envía a alguien a comprar comida para perros —ordeno, y me giro para regresar a mi despacho.

Nina

Paseo a Brando por la casa y el jardín durante una hora para que se familiarice con el entorno. Está un poco nervioso por toda la gente nueva, pero al final se acomoda en su cama en la esquina de mi habitación y se duerme.

Al pasar por la cocina, tomo una manzana del tazón y me dirijo a mi espacio de trabajo junto a la biblioteca. Puesto que todavía quedan varias horas de luz natural, planeo pasarlas trabajando en las cinco piezas restantes para la exposición. Probablemente debería llamar a mi representante para decirle que envíe a la mensajería a recoger los cuadros terminados. A Mark le gusta tener todos los que pueda unos días antes del evento para poder organizar al fotógrafo y la impresión del catálogo.

Saco el teléfono del bolsillo trasero de mis *jeans* y llamo a Mark mientras reorganizo las piezas terminadas a lo largo de la ventana grande.

Cuando responde, canto al teléfono.

—Hola, amor.

—Conozco ese tono —gruñe—. Vas atrasada con el itinerario.

—Claro que no. Nunca te haría eso.

—Maldita sea, Nina. ¿Qué tan atrasada estás?

—Unos días, aunque ya he terminado el grandulón. Me quedan cinco. ¿Puedes enviar a alguien a por los otros? Te mandaré la dirección.

—¿Te has mudado?

—*Síp*. Es una larga historia.

—¿Serás capaz de terminar a tiempo?

—Lo intentaré, bombón.

Hay algunas quejas y suspira.

—Envíame una foto del grandulón.

—No voy a enviarte una foto, tendrás que esperar a verlo por ti mismo, Mark. Adiós.

Me guardo el teléfono en el bolsillo y alcanzo uno de los lienzos en blanco.

—¿Quién demonios es Mark? —Salto y doy media vuelta para encontrar a Roman mirándome—. ¿Y por qué lo llamas bombón? —exige—. ¿Y qué clase de foto vas a enviarle?

Parpadeo y le pego un mordisco a la manzana.

—Es mi chulo. Todas las chicas lo llamamos bombón. Y voy a enviarle una foto de mis tetas. —Entrecierra los ojos, sin embargo, no dice nada—. *Oh*, por el amor de Dios, Roman. Mark es mi representante y el propietario de la galería en la que voy tener la exhibición. Quería fotos de los cuadros.

—¿Por qué lo llamas bombón?

—Todo el mundo lo llama bombón. Incluso su esposo.

La postura de Roman visiblemente se relaja y sus ojos pierden el brillo asesino. «¿*Está celoso?*»

—¿Puedo ver los cuadros? —pregunta.

Así que, parece que vamos a ignorar su extraño comportamiento. Funciona para mí, porque no quiero pensar demasiado en el hecho de que me gusta la idea de que esté celoso.

—Sí —respondo—, pero no los toques, algunos aún no están secos.

Roman se acerca a los lienzos y contempla cada uno durante unos instantes hasta que se detiene delante del más nuevo.

—¿Es ese... Igor? —Señala con la punta de la muleta hacia el cuadro.

—Sí.

—¿Por qué tiene un megáfono por cabeza? ¿Y es eso... un pollo muerto debajo del brazo?

—Eres extremadamente perspicaz, *Pakhan*.

Me mira por encima del hombro y sonrío.

—¿Y dónde está mi cuadro? Me prometiste tu autorretrato.

—Desnuda. Lo recuerdo, aunque tendrá que esperar. Antes debo terminar las piezas que me faltan para la exhibición. O podría usar el autorretrato como una de ellas, estoy segura de que a los críticos les encantaría. —Me encojo de hombros—. Tendríamos que colocar una etiqueta que diga “mayores de dieciocho años” en el...

—¡No!

—Entonces, tendrás que esperar.

—Esperaré. —Se da la vuelta y me mira—. ¿Tienes hambre?

El cambio de tema me toma desprevenida.

—Un poco.

—Salgamos a almorzar.

Roman

Llevo a Nina a un restaurante elegante en el centro y pasamos casi dos horas allí. Me explica lo que tiene planeado para la exhibición, y dejo que hable mientras la observo: sus ojos sonrientes, la forma en que mueve las manos delante de su cara cuando está emocionada, o cómo se inclina hacia adelante, susurrando en voz baja cuando chismeaba sobre los colegas con los que comparte la galería. Debe de ser consciente de que nadie puede oírla, el lugar está medio lleno y ninguna de las mesas cercanas a nosotros está ocupada. Aun así, mantiene su diminuta mano sobre la boca mientras me cuenta que sorprendió a una de las artistas metiéndole mano al tipo de contabilidad detrás de la puerta de la galería.

Ha habido muchas mujeres en mi vida, pero con Nina enfrente de mí, todas se desvanecen. Ni siquiera nos hemos besado como es debido, salvo por el bien de la farsa, mas no recuerdo haberme sentido nunca tan atraído por alguien. Es como si me hubiera hechizado.

—¿Qué es todo eso del perro?

—Se lo pedí prestado a mi tía.

Sonríe y toma un sorbo de vino.

—¿Pediste prestado un perro?

La miro fijamente.

—Técnicamente, me ofrecí a cuidarlo durante unas semanas. Debería ser el tiempo suficiente para que cumpla con su cometido.

—¿Y qué sería eso?

—Bueno ¿Sabes que a los perros les gusta correr alrededor de la casa, entrar en las habitaciones y esconderse? A Brando le encanta, así que supongo que me pasaré los próximos días persiguiéndolo por toda la casa. ¿Quién sabe dónde terminará? —Me sonríe—. Tal vez incluso en la habitación de Leonid.

Me río y sacudo la cabeza ante su idea.

—Eres una mujer peligrosa, *malysh*.

—¿Qué significa?

—¿*Malysh*? Es un apelativo cariñoso. Significa «pequeña».

Inclina la cabeza a un lado y las esquinas de sus labios se curvan en una pequeña sonrisa.

—Bueno, como ya te dije, casi todo el mundo es pequeño comparado contigo, Roman.

El camarero viene a llenar nuestras copas. Cuando Nina levanta la suya, observo que el anillo de boda está bastante suelto, así que le tomo la mano y lo inspecciono.

—Deberíamos llevarlo a que te lo ajusten.

—No te preocupes. El anillo de compromiso lo está manteniendo en su lugar. Por cierto, es resistente. El otro día derramé un poco de pintura en la mano, tuve que fregarlo y ni siquiera se rayó.

—Es bastante difícil rayar un diamante.

Nina me mira, parpadea, luego mira el anillo como si fuera a morderla.

—¿Es de verdad?

—Claro que es de verdad.

—¡Mierda! —Aplana la mano y mira con incredulidad el diamante de corte princesa de dos quilates. Abre y cierra la boca sin hablar. Luego cubre el anillo de manera protectora con la otra mano y se inclina hacia mí—. ¿Puedo cambiarlo por uno que tenga un cristal?

—No.

—¿Por favor?

—No vas a llevar un anillo con un cristal. Fin de la discusión.

Arruga la nariz y murmura algo que suena como “añadir unos cuernos de demonio”, pero probablemente escuché mal, porque no tiene ningún sentido.

—Vayamos a casa —indico, y le suelto la mano a regañadientes—. Podemos mirar una película.

—¿No tienes trabajo por hacer?

—Ya terminé por hoy. ¿Y tú?

—Mi chulo me va a matar. Voy con retraso, no obstante, me apetece una película.

Nina

Después de que regresamos, tomo una ducha rápida, me pongo unos *leggings* y una camiseta grande y me dirijo a la cocina para preparar

palomitas de maíz. Parece que a Roman le encanta el jugo de naranja, bebe litros de él, así que le exprimo unas naranjas y lo llevo a la sala.

Ya está ahí, sentado con los brazos sobre el respaldo del sofá, la pierna derecha estirada frente a él con el talón apoyado en la mesa.

—Te vez raro con ropa informal.

Coloco el tazón y el jugo sobre la mesa, y señalo sus pantalones deportivos y la camiseta.

—Raro ¿cómo?

—No lo sé. Menos *pakhanish*, supongo. —Me encojo de hombros y me dejo caer en el sofá a su lado—. ¿Qué vamos a ver?

—Me da igual. Muévete un poco.

Me pongo en la esquina y Roman se acuesta en el sofá, coloca la cabeza en mi regazo y cierra los ojos.

—¿Te duele la pierna?

—Sí —afirma, aunque tarda un poco en responder.

—¿Estás mintiendo?

—*Nop*.

Niega con la cabeza. Sigue con los ojos cerrados, pero las esquinas de su boca se elevan un poco.

—*Oh*, sí, estás mintiendo. —Me inclino un poco—. Lo que quieres es que te acaricie.

Abre los ojos y estira la mano para colocarme uno de los mechones que se han escapado de mi coleta detrás de la oreja.

—Sí —responde, y vuelve a cerrar los ojos.

Respiro hondo, tratando de controlar los latidos de mi corazón, y luego hundo los dedos en su cabello. Nos quedamos así, él acostado en mi regazo y yo acariciándolo frente al televisor apagado, hasta que un teléfono suena en algún lugar de la habitación de Roman y rompe el silencio.

—Mierda —se queja Roman, y se sienta.

—Voy a por él. —Me levanto y me apresuro a su recámara.

Cuando regreso, Roman me está observando con una intensidad extraña, pero la ignoro como las muchas miradas extrañas que me ha dado últimamente y le ofrezco el teléfono. Se estira por él, aunque en lugar de tomarlo, me agarra por el antebrazo y me tira hacia él. El teléfono aún sigue sonando, sin embargo, no me suelta y me atrae entre sus piernas. Levanta la otra mano y la coloca al lado de mi cara, su pulgar acariciándome la mejilla.

—¿Roman? —pregunto en voz baja—. ¿Qué estás haciendo?

—Respondiendo el teléfono.

—Ha dejado de sonar.

—Lo sé.

Desliza la mano por mi antebrazo y me quita el teléfono de los dedos.

—¿Roman?

—¿Sí, *malysh*? —Tira a un lado el teléfono, y se desliza por el suelo pulido hasta el librero.

Mi respiración se acelera cuando levanto los brazos y los coloco alrededor de su cuello, entonces me inclino hacia él para que nuestros labios queden a escasos milímetros de distancia. No me quita los ojos de encima, y la forma en que me está observando provoca cosas raras en mis entrañas.

—¿Estás intentando besarme, Roman? —musito en sus labios.

—Tal vez —responde.

—No hay nadie alrededor para mirarnos.

—Exacto —murmura, y toca sus labios con los míos.

Al principio va despacio, como si me estuviera saboreando, luego me rodea la espalda con los brazos y se recuesta sobre los cojines, llevándome con él. La forma en que este hombre besa debería estar prohibido y declararse peligrosa para la salud mental. Siento como si un huracán me estuviera arrasando, sacudiendo mi cuerpo y mi mente. Bajo mi mano, agarro un puñado de su camiseta y empiezo a tirar de ella hacia arriba. Roman rompe el beso y remueve su camiseta al mismo tiempo que dejo caer la mía al suelo. Mientras se baja los pantalones deportivos, me desabrocho el sujetador y me quito los *leggings* y mi ropa interior, luego me

subo a su regazo. Pone una mano en mi nuca y vuelve a estrellar su boca contra la mía.

No puedo dejar de tocarlo, el torso, la cara, su longitud, que ya está completamente erecta. Roman desliza la mano entre nuestros cuerpos y siento sus dedos jugueteando con mi clítoris.

—Tan húmeda —me susurra al oído, y empuja un dedo dentro de mí.

Casi me vengo sobre su mano en ese mismo instante, y probablemente lo habría hecho si no hubiera removido el dedo, haciéndome gruñir de frustración. Sin embargo, no es sobre su dedo. Es sobre él. Roman Petrov, el hombre que será mi perdición. Llamémoslo premonición o instinto, da igual. Sé que me destruirá porque una mirada de Roman me enciende mucho más que cualquier otro hombre antes de él ha hecho con su miembro.

—Si no entras dentro de mí en este instante... —tomo un puñado de su cabello y aprieto—, voy a matarte, Roman.

Sus manos viajan despacio por mi pecho y costillas hasta que llegan a mi cintura. Me levanta y me coloca sobre su pene, sin dejar de mirarme ni un segundo con esos ojos diabólicos.

—Tus deseos son órdenes, Nina —dice, y me penetra.

Jadeo y lo escucho gemir al mismo tiempo. Es demasiado grande, pero, Dios mío, qué bien se siente. Hundo las uñas en sus hombros y tengo espasmos a su alrededor mientras me penetra. Es una locura y grito, sin importarme un demonio si alguien nos escucha. Roman gruñe mi nombre y, un instante después, explota dentro de mí. Perfección.

La mano de Roman traza patrones desde mi nuca hasta mi trasero, y luego hacia arriba. Llevo acostada sobre su pecho al menos cinco minutos, mas no puedo moverme.

—¿Nina? ¿Está todo bien?

—Sí —suspiro—. Es que no me moveré. Me gusta estar aquí.

—También me gusta tenerte aquí, *malysh*.

* * *

Me despierto con el sonido de un golpeteo rápido procedente de algún lugar por encima de mi cabeza. Me estiro un poco, abro los ojos y me encuentro acostada en el sofá con una almohada debajo de la cabeza y una manta que me cubre desde el cuello hasta los pies. Las luces están apagadas y el televisor frente a mi está encendido mostrando un canal de noticias, aunque con el sonido silenciado. El golpeteo se detiene y, al momento siguiente, siento unos dedos peinándome el cabello. Levanto la cabeza y encuentro a Roman sentado al final del sofá junto a mi cabeza. Su cabello está mojado y tiene la *laptop* en su regazo.

—Te has quedado dormida —agrega.

—¿Qué hora es?

—Las siete y media. Le dije a Varya que cenaríamos aquí cuando despertaras.

—Me parece bien. —Me levanto, agarrando con fuerza la manta a mi alrededor—. Voy a darme una ducha rápida.

—De acuerdo. Diré a la cocina que nos suban la cena —comenta, y sigue tecleando.

Doy media vuelta y me dirijo hacia mi habitación, sintiéndome un poco incómoda con la situación. Tuvimos sexo. ¿Dónde nos deja eso ahora? Ya no se trata solo de un acuerdo comercial, ¿verdad? ¿Deberíamos ignorar el hecho de que tuvimos sexo y fingir que nunca pasó? No estoy segura de poder hacerlo porque, para ser sincera, no quiero. Tendremos que hablar de ello. Puede que sea aficionada a meter los problemas debajo de la alfombra; sin embargo, no creo que esta vez haya una alfombra lo bastante grande para esto.

Después de ducharme, regreso a la sala con la intención de discutir la nueva situación con Roman y lo encuentro en la silla de ruedas, completamente vestido y poniéndose el reloj.

—¿Qué sucede?

—Ha surgido algo. No me esperes despierta —informa, y antes de que pueda oponerme, se ha marchado.

Miro la puerta, luego voy hacia el otro lado de la habitación, donde hay una gran ventana que da al camino de entrada. Hay tres autos estacionados en frente con cuatro tipos de seguridad esperando junto a ellos. Un par de minutos después, Roman, Maxim y Kostya salen de la casa y se suben en los coches, seguidos por algunos guardias de seguridad más. Luego, los vehículos se van.

Poco después, Valentina trae la cena, mas la dejo en la mesa del comedor con la esperanza de que Roman regrese pronto. No lo hace, así que alrededor de las diez, como unos trozos fríos de pescado a la parrilla y un poco de ensalada. Pongo las sobras en la nevera y veo un poco la televisión. Cada quince minutos me levanto y miro por la ventana para ver si los autos están de vuelta. Alrededor de medianoche, decido dar el día por terminado.

* * *

El sonido de gritos y portazos de coches me despierta. Salto de la cama y corro a través de la *suite* hasta la gran ventana. Dos de los autos están de vuelta. La mayoría de las puertas están abiertas, y los últimos hombres están entrando. Dos de ellos sosteniendo al tercero entre ellos, prácticamente arrastrándolo escaleras arriba.

Mierda. Vuelvo corriendo a mi habitación, me pongo una sudadera y unos pantalones deportivos sobre la pijama y corro hacia la gran escalera.

No hay nadie en el pasillo. Me giro y me doy cuenta de que hay sangre salpicada en el suelo de mármol blanco, creando un camino hacia el pasillo de la derecha, en dirección a la cocina. Sigo las manchas rojas y encuentro las puertas de la cocina abiertas de par en par. Voces urgentes y una conmoción retumban desde el interior.

Se me hiela la sangre al ver a Varya encorvada sobre Kostya. Está tumbado boca arriba en la gran isla en medio de la cocina, con Maxim sosteniendo un trapo ensangrentado a su lado. Uno de los tipos de seguridad

llega corriendo, coloca una caja con material médico junto a la cabeza de Kostya y luego cambia de lugar con Maxim, quien va al fregadero y se lava las manos a una velocidad vertiginosa.

Todos están gritando en ruso, y no entiendo nada de lo que dicen, aunque la escena habla por sí sola. Algo salió mal. ¿Y dónde diablos está Roman?

Otros dos tipos de seguridad irrumpen en la cocina con un hombre bajo y huesudo que lleva un maletín de médico. El doctor se dirige al fregadero y, al igual que Maxim, comienza a lavarse las manos. Se ponen guantes esterilizados y se acercan a Kostya, quien está pálido, aunque consciente y jadeante. El doctor mira debajo del trapo y prepara la aguja y el hilo, mientras Maxim limpia el corte.

Unos pasos se acercan por detrás de mí, y el último de los tipos de seguridad entra en la cocina seguido por Roman. Exhalo un suspiro de alivio cuando veo que está ileso, y me abalanzo sobre él.

—¡Dios mío, Roman! —susurro, le sujeto el rostro con ambas manos y lo beso. Es un beso enojado, aunque se siente bien—. ¿Qué ha ocurrido?

—Tuvimos un pequeño desacuerdo con nuestro proveedor y las cosas se salieron de control.

—¿Y Kostya?

—Una cuchillada en el costado. Vivirá.

Me giro y miro de vuelta hacia la isla de la cocina, donde el médico parece estar terminando de coser el costado de Kostya. Maxim le está poniendo una aguja intravenosa en el brazo, mientras Varya sostiene en alto la bolsa de líquido.

—¿Debería de ayudar en algo? —pregunto.

—No, subamos. Varya y Maxim lo tienen bajo control, y el médico se quedará toda la noche.

* * *

—¿Siempre es así? ¿Tratos saliendo mal?, ¿personas apuñaladas o con disparos? —inquiero mientras entramos en la *suite*. Todavía estoy temblando—. ¿O poniendo bombas en los autos?

—No siempre, pero sucede.

Tengo la garganta seca. ¿Cómo puede estar tan tranquilo? En la cocina, tomo un vaso y sirvo agua fría de la nevera.

—Eso es jodido, Roman. —Sacudo la cabeza y me trago el agua, deseando que fuera algo más fuerte—. Tu mundo está seriamente jodido.

—No puedo hacer nada al respecto, Nina —revira.

Sí, supongo que es una forma de ver las cosas. Debería volver a la cama, sin embargo, estoy demasiado agitada, así que cruzo la sala y me detengo junto a la ventana que da al camino de entrada. Los coches ya no están. Un tipo de seguridad está parado a un lado frente a la puerta principal, con un arma en el cinturón. Otro está patrullando los terrenos hacia la puerta principal con un rifle en la espalda. Parece que todo ha vuelto a la normalidad en el mundo de Roman.

Oigo que mi marido se acerca y se coloca detrás de mi espalda. Veo las muletas por el rabillo del ojo mientras se inclina sobre mí y pone la barbilla encima de mi cabeza. Nunca me había sentido tan pequeña como me siento ahora con su enorme cuerpo pegado a mí, pero no tengo miedo. Creo que toda la adrenalina me ha curado.

—¿En qué punto estamos, Roman?

—¿A qué te refieres?

—Tuvimos sexo —respondo, mirando al hombre que patrulla los terrenos—. No es algo que hayamos planeado, sabes. ¿A dónde vamos desde aquí?

—No lo sé, *malysh*. ¿Dónde te gustaría ir?

—No estoy segura.

Observamos la noche en silencio, la oscuridad rota por las numerosas luces colocadas alrededor del césped.

—Es tarde —comenta, y me da un beso en el hombro—. Vamos a la cama.

—¿A cuál?

—Bueno, estaré en la mía. —Me besa un lado del cuello—. Y tú puedes elegir cuál prefieres, si la tuya o la mía.

Me deja de pie junto a la ventana para que medite sus palabras. Sé lo que debería hacer: ir a mi habitación y olvidar por completo lo que pasó en el sofá. Sería la elección más sabia. De hecho, debería ser la única opción.

Supongo que ser sabia no está en mi destino. Doy media vuelta y me dirijo a la habitación de Roman.

Roman

Observo la forma dormida de Nina acurrucada debajo de la manta, con el cabello enredado y extendido sobre mi almohada. Verla en mi cama me llena el pecho de una extraña sensación cálida.

—Ha llegado Warren. —Deposito un ligero beso en su hombro—. Estaré en el gimnasio.

—Diviértete —murmura en la almohada, y sigue durmiendo.

Sonrío, me subo a la silla de ruedas y salgo de la habitación. Necesita dormir; podemos continuar donde nos quedamos más tarde.

Cuando termino la sesión de fisioterapia, Nina sigue dormida, así que me ducho y bajo al despacho. Maxim ya me está esperando y, por la expresión de su cara, sé que no va a decir nada agradable.

—Tienes que invitar a los albaneses a que vengan, Roman. Pronto.

—Ni hablar.

Me coloco detrás del escritorio, enciendo mi *laptop* y empiezo a hurgar entre los papeles en mi escritorio.

—Creo que deberías reconsiderarlo.

—No estoy de humor para recibir a los albaneses.

—Ya sabes que los necesitamos como socios, y hace meses que no te reúnes con ellos. —Se sienta en la silla frente a mí y se inclina hacia delante —. Necesitan estar seguros de que todo está en orden.

—Están ganando más dinero que en años anteriores, así que no veo por qué deberían preocuparse.

—Si no sienten que estamos comprometidos como socios, podrían recurrir a otros, Roman. La última vez que vi a Tanush mencionó la idea de acercarse a los italianos. Lo dijo en broma, no obstante, lo *está* pensando.

—Perfecto. Justo lo que necesito. —Lanzo el bolígrafo sobre los papeles en el escritorio.

—Entonces, ¿a quién estaremos invitando? —Maxim se recuesta y cruza los brazos.

—A Tanush y Dushku con sus esposas. Creo que Tanush va por la quinta. Nadie más. —respondo.

—¿Y Hajdini? —pregunta.

—No. Él y Dushku no se hablan últimamente. No necesito un derramamiento de sangre.

—De acuerdo. ¿Cuándo? —inquire.

—Nina tiene la exhibición el fin de semana que viene, así que tendrá que ser este sábado.

—Se lo comunicaré a Tanush. —Maxim sonríe—. Varya estará *encantada*; acaba de cambiar las alfombras.

—Le diré que fue idea tuya. Sobre todo, si la cosa termina en una matanza. De todos modos, puede que Tanush se muestre un poco hostil, así que informa a los hombres —ordeno.

—¿Por qué? Ustedes siempre han estado en buenos términos. —Maxim arquea una ceja.

—Nos llevábamos bien, hasta que le dije que no tenía intención de casarme con su hija cuando me la ofreció hace unos meses.

—¿Y me lo dices ahora? —Maxim baja la cabeza y me mira por encima de las gafas.

Si alguien más cuestionara mis decisiones, no habría terminado bien. Sin embargo, Maxim es la única persona aparte de Varya en la que confío plenamente. Es una figura paterna como mi padre nunca lo fue.

—No me pareció importante en ese momento.

—Preguntó por Nina.

Lo miro.

—¿Y qué quería saber?

—Si es tan hermosa como se dice.

Ese bastardo de mierda.

—¿Y qué le dijiste?

—Que lo juzgue por sí mismo cuando la vea.

—Bien. ¿Cómo está Kostya?

—Perdió algo de sangre, pero nada grave. Estará en plena forma dentro de unos días.

—Que no haga nada por lo menos durante una semana. Ivan puede asumir sus funciones hasta entonces. Asegúrate de que el médico venga a visitarlo una vez al día hasta el lunes.

—¿Alguna otra cosa?

—No. Vete a casa y descansa. Estuviste despierto toda la noche cuidando a Kostya. Le diré a Varya que te releve.

Cuando Maxim se marcha, llamo a Nina.

—¿Estás despierta?

—Ahora sí. —Bosteza.

—Arréglate y reúneme conmigo abajo dentro de una hora. Tenemos que ir de compras.

—¿Qué?

—He invitado a cenar a unos socios de negocios el sábado. Necesitas un vestido.

—Por supuesto que no necesito otro vestido. La semana pasada compré suficiente ropa para durarme dos vidas. Vova apenas logró meter todo en el auto, y no me queda espacio en el armario. Hay al menos diez vestidos que ni siquiera he usado.

—Dijiste que eres una compradora compulsiva.

—Pero eso no equivale a una acaparadora, Roman.

—Aun así, compraremos un vestido.

—¿Te gusta tirar el dinero? ¿Es algún tipo de obsesión? Puedes decírmelo, ¿sabes? —Se ríe.

No, no creo que pueda decirle lo mucho que me gusta comprarle cosas.

—No me hagas esperar.

—Oye, tengo que pasear a Brando. Si no, hará pipí en el suelo.

—Pídele a Olga que saque a caminar a la bestia.

—Le diré a Brando que le has hecho un cumplido.

—También puedes decirle que, si vuelvo a atraparlo masticando el cargador de mi *laptop*, haré pantuflas con su piel.

—¡Oh, Dios mío! —Estalla en carcajadas—. El gran malvado *Pakhan* acaba de hacer una broma. ¿Te sientes bien?

Sonrío.

—Una hora, Nina.

Después de colgar, me sumerjo en los informes que envió Mikhail, así como en los planes para los cargamentos de la próxima semana. Sin embargo, los pensamientos de cierta mujer de cabello negro me impiden concentrarme.

* * *

—¿Qué tal este?

Nina sale del probador con un pequeño vestido negro. Tiene un alto escote con un dobladillo que apenas le cubre el trasero. El corte es bastante simple; sin embargo, la forma en que se le amolda al cuerpo y abraza sus caderas, resaltando su pequeña cintura, difiere mucho de serlo. Combinado con los tacones de tiras y con el cabello recogido en la parte superior de su cabeza, el resultado es devastador, y me resulta difícil apartar la mirada de sus piernas y su pequeño y firme trasero. Si sale a la calle con esa cosa, interrumpirá el tráfico.

—Lo compraremos —digo con voz estrangulada—, pero busca otro para la cena.

—¿Por qué? ¿Qué tiene este de malo? —Se mira al espejo y ladea la cabeza—. ¿Es demasiado sencillo?

—No voy a permitir que mis socios se pasen toda la noche comiéndose con los ojos las piernas de mi esposa.

—No seas cavernícola, Roman. No es tan corto.

—No vas a ponerte eso el sábado. —Ni en cualquier otro lugar en público, por lo que a mí respecta.

—*Oh*, por el amor de Dios. De acuerdo. Pues entonces, buscaré un saco de papas.

Me gusta la idea del saco de papas. De hecho, si pudiera envolverla de pies a cabeza, me haría muy feliz.

Nina termina comprándose un vestido por debajo de las rodillas en tono rosa y, aunque no me emociona porque es escotado y enseña bastante las pantorrillas, es mucho mejor que el negro. Mientras echa un vistazo a algo en la estantería de blusas, le hago un gesto a la asistente de compras para que empaque también el vestido negro. Después de que Ivan toma las bolsas, la llevo a una joyería en la planta baja.

—No —niega cuando nos detenemos frente al aparador mostrando una multitud de collares—. No necesito joyas.

Desde luego que no las necesita. Cuando mi florecilla entra en la habitación, brilla más que cualquier diamante, pero las esposas de Tanush y

Dushku vendrán cubiertas de oro y joyas, y no quiero que Nina se sienta inferior.

—Sí las necesitas —contradigo, y la llevo dentro.

Camina por la tienda, mira las prendas que se exhiben en vitrinas a lo largo de las paredes, hasta que se detiene junto a la que contiene los collares más discretos.

—¿Qué te parece esta? —Señala una delgada cadena de oro.

La ignoro y me dirijo a un gran aparador en la pared opuesta, conteniendo las mejores piezas. Cuando el dependiente de la tienda ve hacia dónde estoy mirando, viene corriendo y comienza a alinear las cajas de terciopelo frente a mí.

—No pienso colgarme del cuello el valor de la casa de alguien —me susurra Nina al oído.

—Ese. —Indico hacia un conjunto de collar y pulsera en oro blanco forrado con diamantes blancos y miro al vendedor, quien me sonríe con los ojos muy abiertos—. Y los pendientes que le hacen juego. —Asiente con entusiasmo, saca otra caja de terciopelo y la coloca al lado del conjunto—. Sí —afirmo—. Hay que probárselos primero.

—Por favor, dime que son falsos. —Nina gime a mi costado, y no puedo evitar reírme—. No lo son, ¿verdad?

—No, *malysh*, no son falsos.

El asistente desabrocha el collar y se coloca detrás de Nina con la intención de abrochárselo.

—Ponle las manos encima a mi mujer —amenazo al idiota—, y las perderás.

El hombre pega un salto, retrocede y casi tropieza con sus propios pies.

—¡Dios mío, Roman! ¿Qué se te ha metido? —Nina me mira con sorpresa, luego se gira hacia el tipo—. No lo dice en serio.

—Claro que sí. Date la vuelta. —Alargo la mano y el dependiente me pasa el collar. Después de abrochárselo, admiro cómo realza su esbelto cuello. La pulsera le queda demasiado grande; probablemente le cabrían

ambas muñecas dentro—. Necesitamos que lo ajusten y lo entreguen mañana. —Le devuelvo la pulsera al dependiente, quien asiente con entusiasmo, luego me dirijo a Nina—. ¿Quieres dejarte el collar puesto, o prefieres que te lo envíen con la pulsera y los pendientes?

—Ciertamente no pienso pasearme por el centro comercial con esta cosa en el cuello. ¿Puedes quitármelo, por favor?

Mientras le desabrocho el collar, aprovecho la oportunidad para pasar los dedos por la suave piel de su cuello y noto que se inclina un poco hacia mi toque.

—Volvamos a casa —le susurro al oído—. Puedes probarte esas tangas de encaje que compraste.

Se da la vuelta y me mira. Hay vacilación y preocupación en sus ojos.

—¿Qué estamos haciendo, Roman? Esto. Tú y yo. N-No sé qué pensar de todo esto.

—Entonces no pienses. Solo... fluye. Deja que la corriente nos guíe. —Tomo su barbilla entre mis dedos y la beso.

—¿Que fluya?

—Fluye, *malysh*.

—De acuerdo.

Capítulo 10

Nina

Me despierto al sentir el ligero roce de un dedo entre mis piernas. Un beso aterrizza en mi nuca, luego otro un poco más abajo. El gran cuerpo de Roman se aprieta contra mí por detrás, su brazo rodea mi vientre, acercándose a su torso duro y musculoso. Desliza una mano hacia mi coño y comienza a hacer círculos en mi clítoris con un dedo. Lentamente entra en mi centro, jadeo, agarro el antebrazo de Roman y empiezo a montar su dedo. Sin embargo, aparta su mano. Me doy la vuelta y me quedo acostada de lado frente a él, pongo una pierna sobre su cadera y alcanzo su pene.

—Paciencia. —Me envuelve el tórax con un brazo, me levanta y sienta sobre su estómago. Pone las manos detrás de mis rodillas y me urge a que suba por su cuerpo hasta que estoy sentada en su esternón.

—¿Roman? —Lo miro hacia abajo con sorpresa.

—No estás cómoda acostada boca arriba, así que improvisaremos. — Desliza las manos por mis muslos hasta que me agarra las nalgas, y empuja mi cuerpo hacia adelante hasta que tiene la boca a unas pocas pulgadas de mi centro—. Las manos en la cabecera —ordena—, y sujétate fuerte.

Su boca choca contra mi coño antes de que pueda procesar sus órdenes. Agarro el espaldar y pongo los ojos en blanco mientras me lame, destruyéndome un poco más con cada golpe de su lengua. Ya tengo la mente medio nublada, pero cuando me chupa el clítoris, me consume por completo.

Todavía estoy temblando por las réplicas cuando me baja sobre su pecho. Tardo unos instantes en volver a la realidad. Lo miro para encontrarlo observándose con una sonrisa de suficiencia. Astuto y peligroso, eso es lo que es. Y lo sabe.

Voy bajando hasta que siento su miembro duro y me levanto para colocarme sobre él.

—Las manos en la cabecera, Roman.

Arquea las cejas, aun así, sujeta dos de los tablones de madera que tiene por encima de la cabeza. Sonríe y empiezo a bajar despacio sobre su longitud, me detengo a mitad del camino y me inclino para besar su pecho tatuado. Luego lo lamo. Roman respira hondo, aunque no se mueve y mantiene las manos en los tablones. Desearía poder provocarlo más tiempo, pero mi coño literalmente arde en deseo de tenerlo dentro, así que me deslizo poco a poco hacia abajo y cierro los ojos. Felicidad.

—No. Te. Muevas —susurro, y empiezo a rotar las caderas.

Mientras lo monto, las manos de Roman agarran la madera con más fuerza, los músculos de sus antebrazos se tensan. Quiere moverse, empujar hacia arriba dentro de mí. Veo su deseo y control en la intensidad de su mirada. Hay algo en ella que me atrapa, la forma en que está concentrado en quedarse quieto porque se lo he pedido. Roman Petrov no es un hombre que ceda ante nadie, pero aquí está, entregándose las riendas. Un gemido escapa de mi boca cuando me corro. Roman eventualmente pierde la compostura, me sujeta por la cintura y empuja con fuerza dentro de mí hasta que me destruye.

Acostados y con las piernas entrelazadas, trazo con el dedo las líneas negras de su torso tatuado. Los diseños son en su mayoría abstractos, similares a los de la manga completa en su brazo. Lo que no había visto son las múltiples cicatrices esparcidas a través de su pecho. Pongo la mano en una de las tres que tiene en el costado derecho. Parecen más recientes, rompiendo el flujo de los patrones negros.

—Son por la bomba del coche —explica, acariciándose la espalda. Muevo la mano hacia la izquierda y toco la cicatriz larga y delgada en la cadera—. Una pelea de cuchillos en mi decimosexto cumpleaños. Una discusión sobre política que fue demasiado lejos. —A continuación, elijo una cicatriz redonda en el lado izquierdo del estómago y la rodeo con el dedo—. Un disparo por un desacuerdo con Mendoza. Es el equivalente de un *Pakhan* para los mexicanos; las cosas eran un poco complicadas en aquel entonces. Fue hace más de diez años.

Levanto la vista.

—¿Diez? ¿Cuándo tomaste el mando del *Pakhan* anterior?

—Hace doce años. Cuando murió mi padre, ocupé su lugar. Tenía veintitrés años.

—¿Cómo es eso posible? Eras muy joven.

—Empecé a trabajar con mi padre a los quince años. La gente me apoyó. —Se encoge de hombros como si nada—. Era una opción mucho mejor que tener una guerra interna. Esas son malas para el negocio.

Mis ojos se deslizan hacia su pecho, y comprendo cuán diferente es su mundo del mío.

—¿Qué le pasó a Mikhail? —pregunto.

Roman se queda en silencio unos instantes, luego respira hondo y me aprieta contra él.

—Mi padre.

—Dios mío. ¿Él... le hizo eso? ¿Por qué?

—Es una larga historia, *malysh*. Una historia larga y terrible, definitivamente no es algo de lo que quiera hablar en nuestra cama. Tendrías pesadillas.

—¿En serio es tan malo?

—No. Es mucho peor de lo que te pudieras imaginar, Nina.

Roman

El despertador suena a las siete. Miro a Nina, quien está durmiendo sobre mi pecho, y sacudo la cabeza. Recuerdo que anoche la bajé sobre las almohadas; aun así, en algún momento decidió subirse a mí de nuevo.

Intentando no despertarla, la traslado a las sábanas de nuevo y coloco una manta sobre su cuerpo desnudo. Anoche tuvimos sexo tres veces, así que imagino que dormiré hasta tarde.

Después de besarle el hombro que se asoma por debajo de la frazada, tomo las muletas que dejé apoyadas en la mesita de noche y empiezo a prepararme para mi cita con Warren.

En algún momento en medio de la sesión, Warren agarra el bastón, que ha estado sobre una silla en un rincón durante una semana, y me lo trae.

—Vamos a probarlo un rato —propone. Bajo despacio de la camilla de masajes y me pongo de pie, apoyo el peso con la pierna izquierda y agarro el lado de la camilla con la mano derecha—. Iremos poco a poco —continúa. —De momento, solo un par de pasos.

Respiro hondo, sostengo el bastón con la mano izquierda y suelto mi agarre apretado de la camilla. El primer intento es malo. En cuanto levanto la pierna izquierda para dar un paso adelante, un dolor punzante me atraviesa la rodilla derecha, y casi tropiezo.

—Reparte el peso entre el bastón y la pierna. E intenta un paso más pequeño esta vez. —Sigue doliendo horrible, aunque es un poco mejor. Doy un total de cuatro pasos antes de que el dolor se vuelva insoportable y tenga que sentarme. Es patético, y siento la necesidad de golpear algo—. Eso estuvo bien, señor Petrov —exhorta Warren.

Arqueo las cejas hacia él.

—Si eso estuvo bien, ¿qué es mal?

—Es perfectamente normal. Está poniendo casi todo el peso sobre la pierna lesionada por primera vez en cuatro meses. Solo el hecho de que pueda hacerlo es muy prometedor. Creo que debería usar muletas de antebrazo a partir de ahora.

Mi cuerpo se queda quieto.

—No me gustan.

—¿Por qué? Requieren algo de práctica, no obstante, son mucho más convenientes de usar.

—Porque parecen... permanentes.

Ya está. Lo he dicho. Mi mayor temor en este momento es que mi rodilla esté tan jodida que termine caminando con muletas el resto de mi vida. Un

bastón, puedo vivir con ello, sin embargo, no creo que pueda soportar las muletas.

—No serán permanentes, señor Petrov. No obstante, son una opción mucho mejor para la transición al bastón que las muletas axilares que ha estado usando hasta ahora.

—De acuerdo —suspiro—. ¿Cuándo podré deshacerme de la silla de ruedas?

—Depende. Su progreso es mucho mejor de lo esperado y, con la práctica suficiente, dentro de pocas semanas debería poder usar solo las muletas de antebrazo. Sin embargo, no se deshaga de la silla de ruedas. La necesitará cuando empecemos a practicar más extensamente con el bastón. Esas sesiones pondrán una tensión significativa en su rodilla, y hará bien en usar la silla durante un par de horas después.

—Consigue que camine con el maldito bastón, Warren. No me importa el tiempo que tarde, pero consíguelo.

—Lo haré, señor Petrov. Ahora, probemos esas muletas de antebrazo, ¿de acuerdo?

Nina

Una mirada a la cara de Roman basta para saber que la sesión de fisioterapia no ha ido bien. Apenas ha dicho una palabra en toda la mañana.

Tomo el tazón vacío que usé para el cereal y voy a la cocina para ponerlo en el fregadero. Luego lleno el plato de Brando y me pongo de pie junto a Roman.

—Estaba pensando —digo con desinterés mientras Roman exprime una naranja—, que tal vez podría acompañarte mañana a hacer ejercicio.

Cuando Roman no se reúne con su fisioterapeuta, pasa dos horas en el gimnasio y, si tiene sesión, hace ejercicio durante al menos una hora después. El hombre está seriamente obsesionado.

—Claro. —Se encoge de hombros y comienza a verter jugo en los vasos —. ¿Qué quieres hacer? ¿Caminadora?

—Estaba pensando en levantamiento de pesas.

Su mano se detiene en medio de verter el jugo y me mira con incredulidad en su cara, observando los músculos inexistentes de mi brazo.

—¿Levantamiento de pesas?

—Sí.

—De acuerdo. —Se echa a reír y, aunque me hago la ofendida, estoy sonriendo por dentro. Su risa es mucho mejor que su ceño fruncido.

—¿Qué? Está de moda. Mi Instagram está lleno de chicas con *selfies* en el gimnasio. Dicen que hacen maravillas con los músculos de los glúteos. También podría tomar algunas fotos, o incluso videos, y subirlos. Me gustan esos trajes de neón elásticos y...

Un segundo después, me encuentro sentada en la encimera frente a Roman, quien sostiene mi barbilla entre sus dedos y me fulmina con la mirada.

—Nada de *selfies* con ropa elástica.

—Ay, no seas tan gruñón. Todo el mundo las sube.

—Mi esposa no es todo el mundo.

Maldita sea. Me derrite por dentro cada vez que me llama así. Y en secreto me encanta su vena celosa. Es adorable. Me inclino y le aliso el cuello de la camisa, luego paso los dedos por su cabello todavía ligeramente húmedo.

—Eres un hombre inquietantemente *sexy*, Roman.

—¿Incluso con muletas? —Rompe el contacto visual y mira el vaso de jugo. Está claro que la sesión de fisioterapia no ha ido bien.

—Incluso con muletas, Roman. —Lo beso asegurándome de morderle un poco el labio inferior—. ¿Qué te ha dicho Warren?

—Que lo estoy haciendo *jodidamente* bien. —Por la forma en que aprieta los dientes y el hecho de que tiene los nudillos blancos de agarrar las

muletas con tanta fuerza, creo que sus opiniones difieren bastante—. Tengo que irme. Volveré para la cena. —Me da un beso en la frente y se va.

Está sufriendo. Y eso hace que a mí también me duela el pecho.

Me quedo sentada en la encimera durante mucho rato después de que se ha ido, mirando al suelo.

—Perfecto —murmuro para mis adentros—. Sencillamente perfecto.

El jefe del sindicato criminal ruso. Un traficante de drogas. Un asesino. Y he logrado enamorarme de él. Por favor, que alguien me encierre en un psiquiátrico, pues parece que es allí a donde pertenezco.

Capítulo 11

Roman

Miro alrededor de la fábrica abandonada que a veces usamos para establecer los tratos, y maldigo. Tres cadáveres yacen tirados en el suelo con un gran punto rojo en el centro de la frente.

—¿Qué mierda es esta, Sergei? —vocifero.

—Trajeron mercancía en mal estado. ¿Qué esperabas que hiciera?

—Mandarlos de regreso, no matarlos a todos. ¡Carajo! —Me giro hacia Dimitri y a Pavel, quienes están revisando las cajas en el suelo—. Metan su coche adentro. Quémenlo todo.

—¿La mercancía también?

—Todo. —Le doy la vuelta a uno de los tipos muertos y le miro la cara—. ¿Son hombres de Mendoza? —pregunto y miro a Sergei.

—No. De Rivera, pero trabajaban por su cuenta. Supongo que roban la mercancía de Rivera, la mezclan y la venden a sus espaldas.

—No trabajamos con independientes, ya lo sabes.

—Tenía curiosidad por saber qué ofrecían. El precio era bueno. —Se encoge de hombros y enciende un cigarrillo.

—Bueno, me alegro de que hayas tenido tu diversión —digo con desprecio—. No te atrevas a volver a hacer algo así, ¿entendido, Sergei?

—Sí, *Pakhan*.

—Otra escena como esta y se acabó. Las desventajas de tenerte en el equipo están extremadamente cerca de superar a los beneficios. Ponte las pilas, rápido. Búscate un puto pasatiempo o lo que sea.

Giro la silla de ruedas y me voy, seguido por Pavel. Este lío no es lo que necesito hoy. Si no fuera mi medio hermano, me habría deshecho de Sergei

hace mucho tiempo.

—Envíale una prostituta —le indico a Pavel cuando subimos al auto—. Tiene que desahogarse.

—Ya lo intenté. Las envió a todas de vuelta.

—¿Cuántas?

—Seis.

—Trata de enviarle un hombre. —No creo que Sergei sea homosexual, aunque no estoy seguro.

—Sí, eso tampoco salió bien. —Pavel se aclara la garganta—. Lo echó, luego fue al club y me rompió la nariz.

—Jesucristo, ¿qué voy a hacer con él?

—Terapia podría ayudar. Tal vez el doctor conozca a un psiquiatra que necesite dinero extra.

—El psiquiatra terminaría necesitando terapia después de hablar con él, Pavel. No creo que nadie pueda ayudar a Sergei. Es una causa perdida —suspiro y miro por la ventana.

Nina

La cama se hunde a mi lado, y después siento que el brazo de Roman me rodea la cintura y su cuerpo se acurruca contra el mío. Me encanta cuando hace eso.

—Te perdiste la cena —murmuro contra la almohada.

—Lo siento, tuvimos un problema. Es tarde, sigue durmiendo.

—¿Me podrías despertar por la mañana?

—Lo haré.

Me besa en el cuello y me aprieta con fuerza contra él. Dormirse nunca se ha sentido tan agradable, incluso con dolor de cabeza.

* * *

—¿Malysh?

—*Hey* —me quejo—. ¿Qué hora es?

—Las siete.

—Cinco minutos más. —La cabeza me está matando, así que me cubro con la sábana, me vuelvo a dormir y sueño que estoy de nuevo en el colegio. Entonces, el sueño se transforma. Estoy teniendo sexo con Roman, y estamos en pleno acto cuando un tipo con un cuchillo sale de la nada y lo apuñala en el costado. Pego un salto en la cama y miro alrededor. Aparte de Brando, que está jugando con su pelota en la esquina de la habitación, estoy sola y todo parece normal.

Sintiéndome como si me hubiera arrollado un tren, me arrastro hasta la cocina, pongo la cafetera y voy al baño. Duchada y vestida con *jeans* y una blusa, saco un tazón y preparo el desayuno. El reloj de la pared marca el mediodía, lo que significa que tengo que estar en el salón de belleza para hacerme la manicura dentro de una hora. Una chica debe arreglarse para los socios de negocios de su esposo. No obstante, estoy demasiado cansada, así que llamo y cancelo la cita entre dos cucharadas de cereal. Haré de esposa de adorno otro día. Tal vez debería ir a buscar a Varya y ver si tiene algo para el dolor de cabeza.

En cuanto entro en la cocina de la planta baja, el tintineo de los cubiertos y el ruido de las ollas taladra a través de mi cerebro. Supongo que los preparativos para la cena de esta noche están en pleno apogeo. Igor le está gritando a Valentina y señalando a la estufa. Varya está sentada en la mesa de la esquina puliendo los platos, pero no puedo soportar la idea de someterme a este caos por más tiempo. Roman debe de tener algo. Salgo de la cocina y me dirijo al otro lado de la casa.

Encuentro a Roman sentado detrás de su escritorio entre montones de papeles. Nunca pensé que ser el jefe de una organización criminal sería tan... burocrático.

—¿Tienes algo para el dolor de cabeza? —inquiero desde la puerta.

—En el armario de mi baño. —Levanta la vista—. ¿Te encuentras bien?

—Creo que he atrapado algo. Nada grave.

Roman deja los papeles y me hace señas con la mano para que me acerque.

—Ven aquí.

—Estoy bien. —Pongo los ojos en blanco, pero de todas maneras me siento en su regazo.

—¿Tienes otros síntomas? —Me pone la palma de la mano en la frente y luego en la mejilla—. Tómame una pastilla y acuéstate. Tengo que terminar unas cosas y subo.

—Estoy bien, Roman. Solo es un dolor de cabeza.

Se inclina y me besa, y hace que todo se sienta un poco mejor. Mierda, estoy loca por este hombre.

—Ve arriba. Ahora, Nina.

—Bueno, ya que lo pides con tanta amabilidad. —Lo beso rápidamente en la mejilla y me arrastro de vuelta a mi habitación.

Roman

Todo está oscuro cuando entro en mi *suite*. Me dejé llevar por el trabajo y casi me olvido de la cena. Dushku y Tanush llegarán dentro de una hora, y esperaba encontrar a Nina preparándose, pero parece que no hay nadie aquí.

Enciendo las luces y solo entonces me doy cuenta de que está acostada en el sofá, acurrucada bajo una manta. El perro está durmiendo a un lado de sus pies. Me empujo hacia el sillón y estiro la mano para tocarle la cara. Se mueve y abre espacio los ojos.

—¿Es hora de la cena? —murmura, y se endereza para sentarse—. Tengo que ducharme y prepararme.

—No irás a ninguna parte. Estás ardiendo. —Tomo el teléfono y llamo a Varya, le pido que traiga un termómetro y Tylenol—. Acuéstate. Te traeré

un poco de agua.

Me dirijo a la cocina y saco un vaso y una botella de agua de la nevera. Nina ha vuelto a acostarse en el sofá con su pequeño cuerpo acurrucado debajo de la manta, luciendo tan pequeña.

—Siento como si alguien me hubiera masticado y escupido —musita—. Lo siento, amor, no creo que pueda bajar a cenar.

Se acelera mi corazón al escuchar esa palabra cariñosa. Es la primera vez que me la dice sin interpretar su papel delante de las personas que nos rodean. Probablemente, no se dio cuenta de que lo ha dicho; pero aun así cuenta.

La puerta se abre detrás de mí y Varya entra, cargando un frasco de Tylenol. Se sienta en el sofá y le toma la temperatura a Nina.

—Ve a prepararte. —Hace un gesto con la mano—. Los invitados llegarán en menos de una hora. Me quedaré con ella.

* * *

Tanush y Dushku llegan puntuales. Los llevo al comedor y señalo los cuatro asientos a mi izquierda. Tanush reclama la silla más cercana a mí, y su última esposa, que debe de tener la edad de su hija, se sienta en silencio a su lado. Compadezco a la pobre chica. Incluso debajo de todo el maquillaje y las toneladas de joyas, puedo sentir lo asustada que está. La mujer de Dushku es de una variedad diferente. Más alta y ancha que su esposo, se rumora que maneja todos los asuntos financieros de él.

Maxim y Dimitri están a mi derecha, pero han dejado la silla a mi lado vacía. Saben que es para Nina y, aunque no bajará a cenar, ninguno de los dos se atreve a ocupar su lugar. El idiota de mi tío, quien llega al último, parece haber perdido el poco juicio que le queda, porque va directo hacia el asiento de Nina. Por suerte para él, levanta la cabeza justo antes de llegar a la silla. Cuando ve la expresión en mi cara, retrocede con rapidez y se sienta al lado de Dimitri.

Hago un gesto con la cabeza a Valentina y Olga, quienes se acercan a la mesa y empiezan a servir las bebidas. Tenemos esta clase de cenas a menudo, así que ya saben de lo que se trata.

—¿Y dónde está tu joven esposa, Petrov? —pregunta Tanush mientras se bebe el segundo *whiskey*.

—Mi mujer no es de tu incumbencia.

—Qué pena. Estaba tan emocionado de conocerla. Para ver por mí mismo a la chica que ha logrado atrapar al malvado de Roman Petrov. —Sonríe—. Las cosas que he oído, *hum...* Me pregunto si ella es real.

Miro al bastardo y me pregunto si debería destriparlo en el acto.

—Ya está aquí la comida —informa Maxim, y es muy posible que le haya salvado la vida al imbécil—. Comamos, antes de que la carne se enfríe.

Olga se adelanta con rapidez y coloca los platos grandes en el centro de la mesa, mientras Valentina corre de un lado a otro rellenando las copas. Hay un cuchillo para la carne junto a la botella de vino. Lo alcanzo y me lo acerco al plato. Maxim se disculpa y se levanta de la mesa, aunque no presto atención a dónde va porque no le quito los ojos de encima a Tanush. Tengo la sensación de que, después de todo, estaremos remplazando las alfombras.

Nina

Las pastillas empezaron a hacer efecto hace unos veinte minutos y estoy volviendo a la normalidad. Todavía me duele un poco la cabeza y mi garganta está inflamada, aunque estoy muchísimo mejor que esta tarde.

—Deberías bajar, ya me encuentro mejor —le digo a Varya, que no se ha movido de mi lado desde que llegó.

—Roman me ha dicho que me quede aquí hasta que regrese, niña. Tengo que enviarle un mensaje cada veinte minutos con novedades o subirá.

—Estoy bien. Esta noche tienes mucho trabajo.

—Si bajo y Roman me ve, se pondrá furioso. Ha invitado a dos hombres muy peligrosos, no puede darse el lujo de distraerse.

Suena el teléfono de Varya. Lo toma, mira la pantalla y se pone tensa.

—Es Maxim —informa, y responde—. ¿Qué sucede?

Escucha durante un instante y sacude la cabeza.

—Por supuesto que no. Ha tenido fiebre toda la tarde... De acuerdo. —Me pasa el teléfono—. Maxim quiere hablar contigo.

Miro a Varya, confundida, y tomo el teléfono.

—¿Sí?

—¿Puedes bajar? —pregunta.

—¿A la cena?

—Sí, por favor, aunque sea un rato.

—De acuerdo, sin embargo, tengo que ducharme y cambiarme.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Treinta minutos. ¿Por qué?

—No puedo distraerlo tanto tiempo. ¿Puedes hacerlo en quince?

—¿Qué ocurre, Maxim?

Se hace el silencio al otro lado de la línea, y luego:

—Creo que Roman va a matar a Tanush, y ahora mismo no necesitamos eso. Necesito que se concentre en otra cosa. —Cuelga.

Miro el teléfono, lo tiro en el regazo de Varya y corro al baño.

Roman

—¡Tendrías que haberla visto, Leonid! —Tanush sostiene sus manos frente a él—. Tenía las caderas así de grandes. A partir de ahora, voy a comenzar a aprobar a todas las putas. No se puede ofrecer mercancía no probada a los clientes, ¿verdad? —Se golpea la pierna y se ríe como un loco

de su estúpido chiste mientras su esposa se encoge en la silla y se pone cada vez más roja. Cuando vuelve a tomar aire, Tanush prosigue—: ¿Tal vez por eso Roman rechazó la mano de mi hija en matrimonio? Supongo que debería haber dejado que probara la mercancía primero. —Vuelve a reírse y se gira hacia mí con el rostro enrojecido y los ojos llorosos.

Dejé de contar sus tragos después del quinto, pero no necesito saber cuánto ha bebido para ver que está borracho.

—Tu hija tiene diecisiete años —reviro.

—¿Y qué? Mi madre se casó a los quince. —Se inclina demasiado cerca de mi cara—. ¿Probaste la mercancía antes del matrimonio? Dime, ¿fue buena? ¿O también te destrozaron la polla junto con la pierna?

Ya he tenido suficiente por esta noche. Tomo el cuchillo para la carne, donde lo dejé a propósito antes, agarro a Tanush por el cuello de la camisa y le pongo el cuchillo debajo de la garganta. Varya me va a matar, no obstante, disfrutaré acabando con este bastardo.

—La polla de mi esposo funciona bastante bien, pero gracias por su preocupación.

Levanto la cabeza de golpe. Nina está de pie en la puerta y me mira con una ceja levantada. Lleva puesto el vestido negro corto, el que le dije que no se pusiera para esta cena.

—¡Tienes fiebre! ¡Vuelve a tu habitación! —ordeno.

Tanush intenta zafarse de mí, así que aprieto un poco más la hoja del cuchillo a su cuello, así está a un pelo de rasgarle la piel.

—Estoy bien, cariño. ¿Puedo unirme? Veo que me has guardado un lugar, y me estoy muriendo de hambre.

Solo se escucha el sonido de los tacones de Nina mientras se acerca. Se detiene entre la silla vacía y yo, luego se inclina hacia delante, me da un beso rápido en la mejilla y se sienta.

—Usted debe de ser el señor Tanush. Me han dicho que es el dueño del casino más grande de la ciudad. Tal vez Roman pueda llevarme un día para que nos lo muestre, nunca he estado en un casino. —Le sonrío con dulzura

y se gira hacia mí—. Cariño, ¿te importaría apartar ese cuchillo? Estoy tratando de mantener una conversación.

Tanush la mira un instante, luego se echa a reír. Bajo despacio el cuchillo, le hago una discreta señal a Dimitri para que tenga la pistola lista y suelto la camisa de Tanush, que se sigue riendo. Estos albaneses están dementes.

—¡Me gusta, Roman! Esta es enérgica.

—Gracias, señor Tanush. —Nina sonrío y yo niego con la cabeza.

—Esta es mi esposa, Nina —anuncio, y le envío una mirada enojada—. Y definitivamente sabe cómo hacer una entrada triunfal.

—Gracias, cariño. —Roza su mano sobre la mía y se vuelve hacia Tanush—. Y hablando del casino, ¿cómo se asegura de que la gente no haga trampa? ¿Tiene cámaras vigilando las mesas o...?

Tanush escucha el parloteo de Nina y responde a sus preguntas. Cuestiona a propósito cosas ridículas que hacen que todos se rían de vez en cuando, lo cual relaja el ambiente. Cuando pregunta si las salidas de aire del casino están cubiertas de cámaras, todos la miran y se echan a reír mientras ella explica que, en las películas, los ladrones en los atracos a los casinos siempre entran por las rejillas de ventilación.

Está en su elemento, interpretando a la perfección el papel de esposa ingenua y un poco tonta, pero puedo ver las bolsas debajo de sus ojos, que ha intentado cubrir con maquillaje. Es claramente la hora de anunciar el final de esta estúpida cena y enviar a los albaneses a casa.

Nina

Cuando la puerta de la *suite* de Roman se cierra detrás de mí, exhalo despacio y finalmente dejo caer los hombros. Me siento como una mierda.

—No vuelvas a hacer eso nunca más —masculla Roman entre dientes, y se gira hacia mí hasta que quedo entre sus piernas.

—¿Qué exactamente?

—¿Por dónde empiezo, maldición? —vocifera, y se le dilatan las fosas nasales—. Vienes a una maldita cena con fiebre. O poniéndote en peligro. ¡Hemos estado así de cerca de una completa matanza allí abajo, y caminaste justo en medio de esta!

—Siento haberte angustiado.

Roman aprieta los dientes. Está realmente furioso.

—Y te has puesto ese vestido. —Se inclina hacia delante y me agarra por la cintura—. A partir de ahora, te lo pondrás solo para mí. ¿Está claro?

Me esfuerzo por ocultar mi sonrisa, aunque no lo consigo.

—De acuerdo, cavernícola. —Le rodeo el cuello con las manos y lo beso en la boca—. Sabes que eres adorable, ¿verdad?

—No soy adorable. Estoy extremadamente furioso.

—Bueno... —Coloco un beso en su ceja, luego otro en su mandíbula dura—. Te pones muy *sexy* cuando te enfadas.

—¿Estás intentando manipularme?

—Sí. —Otro beso, esta vez en el otro lado de la mandíbula—. ¿Está funcionando?

—Tal vez. —Me toma la cara entre las manos y choca su boca contra la mía—. Métete en la cama. Te ha vuelto a subir la fiebre, te traeré algo de Tylenol.

* * *

Es insoportable.

Han pasado tres días desde la cena con los albaneses y Roman sigue tratándome como si tuviera que estar postrada en cama. Su numerito de mamá gallina me pareció encantador el primer día, a pesar de que me bajó la fiebre y volví a encontrarme de vuelta a la normalidad. Ahora quiero estrangularlo.

—No voy a pasarme ni un día más más viendo Netflix, y no vas a volver a trabajar desde la sala. —Le clavo un dedo en el pecho—. Tomarás tu *laptop* y bajarás a tu despacho ahora mismo. Lo digo en serio, Roman.

—En cuanto salga por la puerta, te levantarás a trabajar.

—Necesito terminar cuatro piezas más en cuatro días. Claro que me pondré a trabajar. Me obligaste a pasar tres días en un sofá.

—Tenías fiebre.

—¡Hace tres días! —Lanzo los brazos al aire y lo fulmino con la mirada—. Estoy bien. Por favor, baja y déjame trabajar.

—Bueno. Pero te estaré checando. Si vuelvo a sorprenderte de nuevo saltándote el almuerzo...

—¡Dios mío, gracias!

Me sigue con la mirada mientras me dirijo a mi espacio de trabajo y empiezo a preparar las pinturas en la mesa junto al caballete. Tendré que comprar más pintura negra porque estoy en el último tubo, ya que usé la mayor parte de mi reserva en el grandulón. Unos cuantos tubos más de rojo tampoco no vendrían mal. Acabo de mojar el pincel en la pintura cuando siento que los labios de Roman se posan en el punto sensible de mi nuca.

—Olvidaste algo —susurra, y hunde la cara en mi cabello.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué sería eso?

—Un beso.

Dejo caer el pincel, me giro despacio y lo encuentro cerniéndose sobre mí. Ya no me estremezco, y no hay sensación de pánico. Tenerlo así de cerca, sobrepasándome, dejó de asustarme hace tiempo. Ni siquiera puedo precisar el momento exacto en que sucedió.

—Qué exigente eres. —Tomo su rostro entre las manos y acerco sus labios a los míos.

—Lo sé. —Me vuelve a besar—. Asegúrate de almorzar. Y llámame si necesitas algo.

Cuando Roman se va, me sumerjo en el trabajo y solo me detengo para ir al baño. Para la hora del almuerzo, he terminado otra pieza. Brando se está

poniendo inquieto; estuvo corriendo durante al menos una hora y ahora por fin se ha acurrucado en su cama para perros. Tal vez podríamos dar un paseo y probar suerte volviendo a entrar en la habitación de Leonid. Las últimas veces que lo intenté, siempre había alguien alrededor.

Tomo la pequeña bola roja y el dispositivo negro de la mesita de noche de mi habitación y silbo. Brando salta en su cama, y en cuanto ve la pelota, comienza a correr alrededor de mis piernas. Guardo el micrófono en el bolsillo trasero de mis *jeans*, salgo de la *suite* de Roman con Brando pisándome los talones y me dirijo al ala oeste.

Una de las criadas, cargada con un trapeador y artículos de limpieza, sale de la habitación de Kostya justo cuando llego al ascensor, abre la habitación de Leonid y entra. Bingo.

Lanzo la pelota hacia el otro extremo del pasillo y dejo que Brando la persiga durante unos minutos. Cuando estoy segura de que no hay nadie alrededor, le quito la pelota a Brando y la lanzo a la habitación de Leonid. Como era de esperar, corre tras ella.

Una mezcla de sonidos empieza a salir de la habitación. La criada gritando. Brando ladrando. Algo golpeando el suelo. Más ladridos.

—Brando —llamo, aunque no espero que venga. Cuando hay una pelota de por medio, todo el entrenamiento se desvanece. Es muy conveniente.

Entro corriendo en la habitación y encuentro a la criada encogiéndose de miedo en un rincón, sosteniendo el trapeador frente a ella en una postura defensiva. Brando la ignora por completo y persigue la pelota debajo de la pequeña mesa de café en la esquina. Me inclino como para tomar la pelota y golpeo la mesa con la cadera, que se tambalea y se inclina hacia un lado. Una gran botella de licor de vidrio cae al suelo y se hace añicos. Brando ladra y corre a esconderse debajo de la cama.

—Ve a buscar un recogedor y unos trapos, rápido —ordeno a la criada, y me arrodillo entre la cama y el armario como si tratara de atrapar al perro.

En cuanto está fuera de mi vista, saco el dispositivo de escucha del bolsillo y miro alrededor. La mayoría de los enchufes de electricidad vacíos están a plena vista, maldita sea. Casi decido usar uno al lado de la mesa volcada cuando observo un enchufe vacío situado entre el armario y la

cómoda. No hay dispositivos de electricidad cerca. Tendrá que funcionar. Estiro la mano y lo estoy enchufando cuando escucho pasos que se acercan con rapidez.

—Vamos, bebé, está bien. Ven con mami —arrullo, y saco a Brando de debajo de la cama.

—¿Qué estás haciendo aquí? —revira Leonid detrás de mí.

Agarro al perro asustado, me levanto y miro al tío de Roman, quien está en la puerta luciendo molesto.

—*Oh*, Brando entró corriendo persiguiendo la pelota y volcó la mesa. Lo siento mucho, Leonid. ¡No volverá a suceder!

Mira a Brando con disgusto en su cara y hace un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—Saca a ese animal de aquí —dice con desdén. Me agacho para recoger la pelota del suelo y salgo corriendo de la habitación. A mis espaldas, Leonid murmura—: Idiota.

Sonrío y regreso a la *suite* de Roman.

Una vez dentro, dejo que mis labios esbocen una sonrisa, tomo una bolsa con premios para perro de la encimera de la cocina y le doy a Brando una ración doble.

—Buen chico.

Capítulo 12

Nina

Hay al menos una docena de conjuntos diferentes esparcidos por mi cama esperando a que elija el que me pondré para la exposición de esta noche. Apenas he logrado terminar el último cuadro a tiempo. A Mark casi le da un infarto cuando le dije que necesitaba hacer algunos cambios en el grandulón y que no se lo enviaría hasta esta mañana. Se quejó durante al menos diez minutos por no poder incluirlo en el catálogo. Lo prefiero así. Quiero ver la reacción de Roman cuando lo vea por primera vez.

Escojo unos pantalones de cuero negro y una camisa de seda verde, los coloco sobre la silla y dejo el resto de la ropa en la cama. De todos modos, hace bastante tiempo que no duermo en esta habitación. Sin embargo, todas mis cosas están aquí, porque aparte de dormir en la cama de Roman, no tengo pensado mudarme con él. Sé que suena muy raro, puesto que, bueno, ya vivo con él.

—Esto es tan raro —musito mientras me siento en el tocador y comienzo a maquillarme.

Suena el teléfono y contesto sin comprobar el identificador de llamadas.

—Nina, ¿está todo bien?

Si hubiera sabido que era mi madre, lo habría dejado sonar.

—Sí.

—Llevas semanas evitando mis llamadas.

—De nuevo, sí. No sé a qué viene esta llamada, mamá.

No dice nada durante unos instantes, y luego me sorprende muchísimo.

—A tu padre y a mí nos gustaría ir a la galería esta noche, si te parece bien.

Miro mi reflejo en el espejo y me pregunto si la he oído bien. Mi madre nunca ha ido a mis exposiciones. Una vez dijo que mi arte la asusta.

—No estoy segura de que sea una buena idea —respondo por fin.

—¿Por qué?

—Bueno, primero, esta colección es bastante oscura. No quiero que tengas una úlcera de estómago. Y, segundo, Roman estará allí.

—Sí, hablando de tu marido. Yo... siento lo que dije el otro día. Es que... estaba sorprendida, y dije algunas cosas desagradables. A veces me cuesta entenderte, Nina.

Cierro los ojos y suspiro.

—Lamento no poder ser la persona que desearías que fuera, mamá. Ya sé que nunca te lo puse fácil. Pero soy quien soy. Si no puedes lidiar con eso ni aceptar mis elecciones, está bien. Solamente ya no me llames más. Sin embargo, si puedes aceptar mi vida y mis decisiones sin reproches ni comentarios innecesarios, eres bienvenida esta noche.

—De acuerdo, cariño. Allí estaremos.

Cuelgo y miro el teléfono en mi mano. ¿Por qué cambiaría de opinión tan de repente? Busco entre mis contactos, encuentro el número de mi padre y lo llamo.

—¿Nina?

—Se lo dijiste a mamá, ¿verdad? —pregunto.

—Sí.

—¡Maldición, papá! —Me desplomo en la silla y me tapo los ojos con la mano.

—Tuve que decírselo. Habría seguido fastidiándote, así que se lo conté para que lo entendiera.

—Para que entendiera ¿qué?

—Por qué estás con ese hombre. Le... le conté lo que hice y que te casaste con él porque, de lo contrario, me habrían matado. Le expliqué que tienes que fingir.

—Bueno, no lo estoy haciendo.

—¿Qué?

—No estoy fingiendo, papá. Llevo bastante tiempo sin hacerlo. —
Suspiro—. Estoy enamorada de él.

—¡Nina! Es un asesino. ¿Te has vuelto loca?

—Tal vez, aunque no importa. Lo que importa es que irás y se lo
explicarás a mamá. Y si no les sienta bien, no quiero verlos esta noche.

Cuelgo, tiro el teléfono en mi bolso y sigo maquillándome.

Roman

Me acerco al cuadro, me recuesto y lo observo. Las luces de la galería están apagadas; dejando un único foco sobre cada cuadro para iluminar el espacio. Queda bien, teniendo en cuenta el estilo oscuro del arte de Nina. Eché un vistazo a la mayoría de las piezas cuando aún estaban en casa, sin embargo, verlas expuestas de esta manera les da un aire mucho más inquietante.

La imagen que tengo delante muestra el reflejo de una mujer de piel pálida con cabello largo y oscuro, sosteniendo un trozo de tela contra el pecho. En el espacio detrás de ella, varias figuras altas sin rostro se alzan imponentes, con las manos extendidas. Todo está pintado en tonos de gris y negro, excepto el vestido de la mujer, que es verde brillante.

Antes de pasar al siguiente cuadro, lanzo una mirada hacia la esquina opuesta de la sala, donde Nina está de pie junto a un joven bajo y con entradas. Mark, su *chulo*. Están discutiendo algo, y durante unos instantes presto atención a su lenguaje corporal. Nina levanta la vista y, cuando se da cuenta de que la estoy mirando, sonrío. Le dice algo a Mark y viene hacia mí. Observo su cuerpo felino vestido con pantalones de cuero mientras se contonea sobre unos tacones altísimos. Para ser alguien a quien no le gusta llevar tacones, se las está arreglando bastante bien. Son una ridiculez de al menos cinco pulgadas de alto, probablemente más.

—Entonces, ¿qué te parece? —pregunta señalando el cuadro con la cabeza.

Le tomo la mano, me la llevo a los labios y le doy un beso sobre sus dedos.

—Son increíbles, *malysh*.

Sonríe y se inclina hacia mí.

—Solo lo dices porque quieres arrastrarme a tu cama.

—Sueles venir a mi cama por tu propia voluntad, aunque, si insistes, puedo arrastrarte allí yo mismo esta noche.

—Insisto. —Mi pequeña seductora me mira con los ojos entrecerrados y se muerde el labio.

—Si sigues mirándome así... —Tomo su barbilla entre mis dedos y acerco su cabeza hacia mí—. Te perderás tu propia exposición, Nina.

—Eso no suena nada mal, *Pakhan*.

La agarro por la cintura y la subo a mi regazo. Nina se ríe, me rodea el cuello con los brazos y hunde los dedos en mi cabello.

—Te llevaré a que te despidas y nos iremos a casa —digo, y choco mi boca contra la suya.

—No puedo —susurra en mis labios—. Todavía no has visto al grandulón.

Suelto un gruñido.

—¿En serio, Roman? —Vuelve a besarme—. ¿Sonidos de animales ahora? ¿Qué pensará la gente?

—La gente puede irse a la mierda. —Por el rabillo del ojo, veo a Samuel Grey acercándose con cautela del brazo de su esposa—. Han llegado tus padres.

Nina levanta la vista, pero no se baja de mis muslos. En vez de eso, sigue jugando con mi cabello mientras los ve venir.

—Señor Petrov —saluda su padre cuando se acercan. Su madre se limita a asentir con la cabeza mientras observa la mano de Nina, que sigue hundida en mi cabello.

—Llámenme Roman, por favor —respondo, y miro a la madre de Nina—. ¿Qué le parece el nuevo trabajo de Nina, Zara?

Parpadea, se tensa visiblemente, luego me regala una sonrisa tan falsa que podría estar pegada en una Barbie.

—Es... agradable —agrega, luego mira a Nina—. Queríamos comprar uno de tus cuadros. —Nina la mira impasiblemente—. Tal vez algo que no tenga pollos muertos, si es posible —recalca.

—No tienes que comprar ninguno —comenta Nina mirando a su madre con expresión confundida en su rostro—. Elijan el que les guste y díganse lo a Sally. Es la mujer con falda roja junto a la entrada. Están todos en venta, excepto el grande en la sala contigua.

—Ya le preguntamos al entrar —indica Samuel—. Nos dijo que ya están todos vendidos.

—No puede ser, abrimos hace diez minutos —musita Nina, y me mira—. Voy a ver qué sucede.

Salta de mi regazo y corre hacia la mujer al otro lado de la sala.

Me giro hacia su madre.

—Escoja el que le guste y dígle a Sally que yo lo autoricé.

Zara Grey me mira con sorpresa.

—¿Los has comprado?

—Por supuesto que lo hice. —Asiento con la cabeza y miro hacia Nina, que está hablando con la directora de la exposición—. ¿Lo sabe tu esposa, Samuel?

—Sí. —Inhala con fuerza, entrecortado.

—Bien. Pero tienes que saber algo —advierto mirándolos de frente—. El trato queda cancelado.

—¿Cancelado? —Traga saliva y junta con rapidez las manos temblorosas frente a él—. ¿Qué quiere decir?

Lo observo, luego miro a la madre de Nina, quien me está observando con temor en sus ojos.

—Quiere decir que me quedará con su hija.

Agarro las ruedas de la silla y me dirijo hacia Nina, dejando a sus padres parados boquiabiertos frente al cuadro de una niña con un vestido verde.

—¡Sally dice que un comprador anónimo ha comprado todos los cuadros! —exclama Nina en el momento que me acerco.

A duras penas consigo mantener la compostura.

—Qué hijo de puta tan egoísta.

—Exacto —asiente—. Menos mal que le dije a Mark que el grandulón no está en venta.

—¿Por qué?

Esboza una sonrisa misteriosa.

—Porque ese es para ti.

La miro y aprieto los dientes.

—¿Dónde está?

—En la otra sala, alrededor de la esquina, pero... ¿adónde vas, Roman? ¡Espera!

La ignoro y sigo empujando la silla lo más rápido posible hacia la sala que me ha indicado. Acordamos que no expondría el autorretrato, y ni loco voy a dejar que alguien lo vea. Lo retirarán de inmediato, o mataré a alguien.

—¡Roman! —Los tacones de Nina repiquetean detrás de mí intentando seguirme—. ¡No es en el que estoy desnuda! —grita tras de mí.

De repente, se hace el silencio en la galería. Me detengo, doy media vuelta y veo al menos a quince personas, incluidos los padres de Nina, mirándola con sorpresa en sus caras.

No parece darse cuenta y se para frente a mí con las manos en las caderas.

—¿Por qué siempre tienes que hacer una escena?

Levanto las cejas.

—Acabas de informar a toda la galería de que hay un cuadro tuyo desnuda, ¿y soy yo el que está haciendo una escena?

Parpadea, mira por encima del hombro a las personas que la siguen mirando y se ríe.

—Ups.

—Sí. —Asiento con la cabeza—. Vamos a ver ese cuadro antes de que pierda la cordura, porque ahora mismo hay allí por lo menos diez hombres imaginándote sin ropa.

Se ríe y señala hacia la izquierda.

—Por aquí.

Doblamos la esquina y entramos en una sección separada de la galería. Es casi tan grande como la primera, aunque aquí solo se exhibe un cuadro. Tres focos lo iluminan desde arriba. La exposición acaba de abrir y solo hay dos personas en esta sala. Están situadas a un lado, lo que me da una vista despejada de la composición.

Al igual que en los otros trabajos de Nina, predominan los grises y el negro, pero en este las formas son más nítidas, más reconocibles. Toda la parte inferior muestra montones de piedras, partes de edificios y diferentes escombros. Nubes de humo aquí y allá están pintadas de blanco. Por encima de la pila central de escombros se cierne una figura solitaria que luce unos enormes cuernos de demonio. También está pintado de negro con tonos de gris, y sostiene un enorme mazo en la mano derecha como si estuviera a medio golpe. El rostro de la figura no es visible porque lleva un enorme casco rojo con la forma de la mandíbula de un lobo y una larga capa roja que flota por detrás. Es magnífico.

—¿Por qué está destrozándolo todo? —pregunto, sin poder apartar los ojos de la escena.

—Porque puede, supongo.

—¿Qué hay esparcido a su alrededor? ¿Ruinas de una ciudad?

—Realmente no. Es una metáfora.

—¿De qué? —cuestiono.

Nina se inclina hacia mí y me susurra al oído.

—De mi pobre mente enloquecida. O lo que queda de ella después de que la hayas demolido con tanta habilidad, Roman.

Ladeo la cabeza y miro a Nina, procesando lo que acaba de decir. Necesito que me lo explique, pero se queda ahí parada, mirando el cuadro. Engancho un dedo en la costurilla del cinturón de sus pantalones y la giro hacia mí.

—Explícate.

—Eres un hombre listo, Roman. Piénsalo y llegarás a la conclusión por ti mismo. —Me besa y luego se vuelve hacia Mark, quien la está llamando con la mano desde la entrada, y me deja mirando el cuadro frente a mí.

Capítulo 13

Nina

—¿Encontraste algo en la grabación de la habitación de Leonid? —
pregunto, y enciendo la batidora.

Decidí prepararnos *piroshki* para cenar. Roman dice que estoy tratando de engordarlo. Como si eso fuera posible con su rutina de entrenamiento. Una mañana fui al gimnasio y lo encontré haciendo flexiones. Por Dios, fue un espectáculo. El hombre tiene un abdomen de piedra que anteriormente pensé que solo se consigue con mucha edición de la foto. A partir de ese momento, comencé a levantarme a las siete para poder llegar al gimnasio a las ocho y tomarme el café de la mañana mientras lo miraba. Desde que comencé esa rutina, rara vez logra terminar un entrenamiento completo porque suelo arrastrarlo a la habitación. ¿Qué puedo decir? Me pongo cachonda cuando lo veo ejercitarse. Él no se queja, así que supongo que está de acuerdo con que le robe un poco de su tiempo.

Roman ha estado de mal humor durante las últimas dos semanas, y estoy segura de que tiene que ver con el hecho de no haber obtenido lo que buscaba en esas grabaciones. No le pregunté qué espera encontrar específicamente; aun así, tengo mis sospechas.

Siento el roce de unos labios en mi nuca y luego un beso en el hombro.

—Todavía no.

—¿Estás seguro de que tu tío es quien intentó matarte? —inquiero, y sus dedos se detienen en mi cuello—. Es tan difícil adivinarlo, Roman.

—Sí. Por eso no te quiero cerca de él a menos que yo esté contigo.

—¿Qué puede hacerme? No soy... nadie.

Lo que quiero decir es: «De todos modos, me iré dentro de unos meses», aunque no me puedo obligar a decir las palabras. Me duele demasiado

pensar en ello, así que no lo hago. Se me da muy bien ignorar las cosas que me resultan desagradables.

—Eres mi esposa. Hacerte daño significa hacerme daño.

Sí. Supongo que hacer que maten a la mujer del *Pakhan* delante de sus narices no daría una buena imagen ante los ojos de sus socios y subordinados.

—Tendré cuidado.

—Bien. —Vuelve a besarme el hombro—. Deja eso en la nevera y cámbiate. Te llevaré a Ural.

—¿La montaña?

—Uno de mis clubes.

—¿Uno de...? —Lo miro y me río—. Caramba, lo hice bien. Soy toda una cazafortunas. Mi madre se sentirá muy feliz cuando se entere.

—¿Por qué?

—Siempre me ha aconsejado que me busque un buen partido, entre otras cosas. Supongo que puedo tachar ese consejo de la lista.

—¿Y qué son las otras cosas?

—Obtener mi licenciatura en economía. No morderme las uñas. Teñirme de rubia.

—No vas a cambiarte el cabello.

—¿No te gustan las rubias?

—Ya no. —Se inclina hasta que su nariz toca la mía—. Ve a cambiarte.

—¿El vestido negro?

—No si tienes intención de salir de esta habitación, Nina.

* * *

Mi *modus operandi* habitual es no tardar más de treinta minutos en arreglarme. Sin embargo, esta noche decido subir un poco el nivel y dedicar

quince minutos más a maquillarme. Quiero tener el mejor aspecto posible por si nos encontramos con una de las ex de Roman. Sé que es una banalidad, pero no me importa.

Encuentro a mi marido en la cocina. Está recargado en la encimera, apoyándose con una muleta en la mano izquierda y sosteniendo un vaso de *whiskey* en la otra.

Su pierna está mejorando. Hace bastante tiempo que ya no usa la silla de ruedas mientras está en la *suite*. Aunque todavía no he visto que use el bastón. Sé que está practicando; sin embargo, cuando le pido que me lo enseñe, me dice que no quiere que lo vea tambaleándose. Es una tontería, pero no lo presiono.

Lo miro de arriba abajo, y me encanta lo *sexy* que está con los pantalones de vestir negros y la camisa en el mismo tono, que se le ajusta al cuerpo de la manera más pecaminosa.

—Dios mío, alguien está muy *sexy* esta noche. —Le pongo las manos en el pecho y le aliso la camisa—. ¿Dónde está la silla de ruedas?

—Esta noche no habrá silla de ruedas.

Abro los ojos de par en par ante sus palabras. Esto es importante.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Chillo de alegría y lo beso.

—Me alegro mucho por ti, cariño. —Le aparto un mechón de cabello de la frente—. ¡Los chicos van a volverse locos cuando te vean!

* * *

Olga ve a Roman primero y la expresión de su rostro no tiene precio. Está en el otro extremo del pasillo frente a la puerta de Ivan cuando nos oye llegar. Se le saltan los ojos y la pila de toallas planchadas que lleva en los brazos caen al suelo.

Reprimo una sonrisa mientras trato de mantener la cara relajada y sigo a Roman al ascensor. Su forma de caminar ha mejorado mucho desde que cambió a las nuevas muletas. Es casi normal. Tal vez un poco más lento que antes del accidente, pero no importa. He visto el aspecto de su rodilla. Es un milagro que haya progresado tanto.

Cuando salimos del ascensor, Ivan y uno de los chicos de seguridad están saliendo de la cocina. Supongo que vendrán con nosotros esta noche. Ven a Roman y se quedan congelados a medio paso. Ivan se recompone primero y se acerca a nosotros.

—*Pakhan*. Nina Petrova. —Saluda con la cabeza y procede a abrir la puerta.

Miro de reojo y veo a Valentina asomándose por la esquina al otro lado del pasillo, con la boca abierta. No hay duda de que todos se habrán enterado de la noticia cuando estemos de vuelta.

* * *

El club es más grande de lo que esperaba, ocupa toda la planta baja de un edificio de cristal de tres pisos. Parece que llegamos demasiado temprano porque solo hay unas pocas personas esperando fuera; sin embargo, cuando los porteros nos abren las puertas dobles de cristal para que entremos, me sorprende encontrar a un montón de gente dentro. La mayoría está reunida alrededor de unas mesas altas situadas a ambos lados del espacio. Supongo que nos detendremos en una, sin embargo, cruzamos la enorme habitación hacia otro par de puertas. Dos hombres están parados a cada lado y las abren en cuanto nos acercamos. Nos reciben de la misma manera que en la entrada.

—*Pakhan*. —Saludan a Roman y luego a mí—. Señora Petrov.

Su comportamiento me confunde un poco, porque no esperaba que nadie conociera mi existencia.

Este segundo espacio es más pequeño y mucho más lujoso. En lugar de mesas altas, hay cinco reservados semicirculares situados alrededor de la

sala; dos más pequeños a cada lado y uno enorme, que podría acomodar a diez personas, en el centro de una pequeña plataforma elevada. Ivan, quien ha ido delante de nosotros todo el tiempo, se dirige hacia el reservado grande y se para en el lado derecho con las manos entrelazadas a la espalda. Durante un segundo, me preocupa que Roman tenga que subir los dos escalones de la plataforma, pero lo hace sin problema. Se vuelve, me ofrece la mano y subo detrás de él. El tipo de seguridad se coloca en el lado izquierdo del reservado, asumiendo la misma posición que Ivan.

—Me siento rara —susurro cuando me acomodo junto a Roman en el centro del reservado.

—¿Por qué susurras?

—No lo sé —musito—. ¿Por qué nos mira todo el mundo?

—Qué más da —responde, me sujeta la barbilla y me besa.

Roman

Un hombre se acerca a Ivan y le dice algo al oído. Me resulta familiar, debe de ser uno de los hombres de Pavel. Ivan asiente y me mira, pero cuando niego con la cabeza, lo despacha. No estoy de humor para negocios esta noche, puede pasarle el mensaje a Pavel.

Nina se sienta acurrucada a mi lado con una copa de vino en la mano, mirando a la gente. Ha estado hablando sin parar desde que entramos, pero hace unos minutos que se quedó callada. Me pregunto qué estará pasando en esa cabeza suya. Me desconcierta, esta cosita extraña, que se ha metido bajo mi piel poco a poco, desde el momento en que la vi por primera vez en aquel restaurante de mierda. Me pregunto qué sucederá cuando pasen estos seis meses y se dé cuenta de que no tengo intención de dejarla ir. *Nunca*.

Levanto la mano para trazar la línea de su hombro desnudo y luego la deslizo hasta su delicada muñeca. Parece tan frágil, mi Nina, aunque las apariencias engañan.

—Baila conmigo —le murmuro al oído.

Inclina la cabeza hacia arriba y esos ojos negros me miran con expresión inquisitiva. Debe de cuestionarse cómo diablos va a bailar con un hombre que ni siquiera puede caminar propiamente, aunque no pregunta. Sabía que no lo haría.

—De acuerdo. —Sonríe.

—Dame la pierna.

Arquea una ceja y se vuelve hacia mí, cruza las piernas y coloca el pie derecho en mi mano. Despacio, le quito la zapatilla y la coloco en el asiento de al lado, luego le suelto el tobillo.

—Izquierda.

—Deberías ir a terapia, Roman. Este fetiche con mis pies se te está yendo de las manos.

Se ríe y cambia de pierna, y repito la acción con la otra zapatilla.

Agarro una muleta, me pongo de pie y tomo su mano en la mía.

—Arriba, *malysh*. En el asiento.

Se ríe con nerviosismo, se sube en el asiento del reservado y me rodea el cuello con los brazos. Sonríe. Incluso en esa posición, apenas es una pulgada más alta que yo.

—Me gusta este arreglo. —Me besa—. A partir de ahora, llevaré un taburete conmigo a todas partes.

Coloco una mano en la parte baja de su espalda y froto con la nariz su cuello. Suspira y hunde sus dedos en mi cabello, y nos quedamos así de pie mientras los sonidos de una melodía lenta nos envuelven.

No me gusta estar de espaldas a la gente. Prefiero tener toda la sala a la vista, pero supongo que tendré que confiar en que Ivan y Kolya me cubran las espaldas. Y me encanta abrazar a Nina así, estorbando con mi cuerpo la vista de otros hombres que he visto mirándola.

—¿Qué tal tu pierna? —me susurra al oído.

—Bien. No te preocupes.

—¿Roman?

—¿Qué?

—Tengo que confesarte algo.

Le beso el hombro.

—¿Algo malo?

—Sí. Es... bueno, es una especie de problema. Uno grande.

—Suéltalo, Nina.

Se queda en silencio unos instantes, luego mi mundo se detiene con cinco palabras cortas.

—Estoy enamorada de ti, Roman.

Cierro los ojos un segundo y la aprieto con fuerza. Es como si todo a mi alrededor se hubiera detenido.

—Entonces compartimos el mismo problema, *malysh* —digo en su cuello, y siento que se tensa a mi lado. Cuando levanto la cabeza y la miro, sus labios están temblando un poco y hay lágrimas en el rabillo de sus ojos —. He cancelado el trato de seis meses, Nina —declaro, y le aprieto la cintura—. No me importa lo que acordamos. Ahora eres mía y no te dejaré ir. Nunca.

Nina

Coloco mis manos en cada costado de la cara de Roman y busco sus ojos, que me están mirando con gran intensidad.

—No me iré a ninguna parte, Roman.

—Prométemelo. —Me aprieta contra él y, por un momento, me cuesta respirar—. Prométemelo, o te llevaré a casa y te ataré a mi cama hasta que lo hagas.

—Te lo prometo. —Paso un dedo por su mandíbula—. ¿Deberíamos sentarnos?

—¡No! —exclama.

—Está bien. ¿Por qué no? —pregunto, pero se limita a apretar los dientes y no dice nada—. Roman, ¿pasa algo?

—Aquí hay hombres.

—Es un club. Por supuesto que hay hombres aquí.

—Te estaban comiendo con los ojos.

Me echo a reír, y él aprieta los dientes un poco más.

—¿Es una broma?

—¿Ves que me esté riendo, Nina?

Lo dice en serio.

—Roman, no estás siendo razonable. Estoy contigo, ¿no? —Le beso los labios fruncidos—. Pueden mirar, pero es lo único que pueden hacer. — Otro beso, esta vez en la ceja—. ¿Mejor?

—Un poco.

No tengo ni idea de lo que se le ha metido, sin embargo, no voy a dejar que se quede parado toda la noche. Tiene que reposar la pierna. Suspiro y lo beso de nuevo.

—Vámonos a casa, cariño.

* * *

Nuestro auto se detiene frente a la casa al mismo tiempo que otro, y Leonid se baja del asiento trasero. Se gira para encontrarnos y abre los ojos de par en par al ver a Roman parado a mi lado. Aunque está oscuro, hay suficiente luz por las lámparas para iluminar la cara de sorpresa de Leonid, que se transforma en una mirada de puro odio. Sin embargo, modifica de inmediato sus rasgos en una expresión agradable y se acerca a nosotros.

—Vaya, qué acontecimiento tan inesperado. Estoy muy contento de verte de nuevo en pie, Roman. Literalmente.

—¿En serio, tío? —Roman esboza una leve sonrisa. Su postura es relajada, aunque no se me pasa por alto la forma en que agarra las muletas.

A pesar de lo mucho que le duele la pierna, está fingiendo a la perfección.

—Roman, estoy cansada. ¿Podemos subir, por favor? —interrumpo, luego me giro hacia Leonid y sonrío con dulzura—. Tengo que hacer mi rutina facial de noche antes de acostarme, y tardo al menos una hora.

Leonid me lanza una mirada condescendiente, luego se da vuelta y entra en la casa. Le seguimos a un ritmo mucho más lento.

En cuanto la puerta de la *suite* se cierra detrás de nosotros, me giro hacia Roman y señalo hacia su dormitorio.

—A la cama. Ahora, Roman.

No discute conmigo, lo que demuestra que le duele significativamente.

Me quito las zapatillas y me apresuro a la cocina a buscarle analgésicos y un vaso de agua y llevarlos a su habitación. Se acerca a la cama y se sienta con un gemido ahogado. Coloca la pierna derecha sobre la cama de forma dolorosamente lenta y alcanza el frasco de medicamentos en mi mano. Después de tragarse dos pastillas, comienza a desabrocharse la camisa.

—Permíteme —digo, y lo relevo.

Me mira en silencio, luego se quita la camisa y se acuesta en la cama. Cuando empiezo a desabrocharle el cinturón, pone una mano encima de la mía y niega con la cabeza.

—Lo siento, *malysh*. Esta noche no.

—Por Dios, Roman, no pretendía tener sexo. Solo necesito verte la pierna.

—Déjalo. Ya pasará.

Lo ignoro y sigo quitándole los pantalones. A pesar de que lo hago con mucho cuidado, gime de dolor un par de veces. Cuando por fin logro echar un vistazo a la rodilla, respiro hondo. Está hinchada el doble de su tamaño normal.

—Maldición, Roman.

Agarro una almohada y se la coloco con cuidado debajo de la pierna, intentando moverla lo menos posible. Cuando termino, me quito el vestido

elegante, me pongo una de las camisetas de Roman y me subo a la cama para acostarme a su costado. Nos cubro con una manta, me acurruco a su lado y pongo la mano sobre su pecho desnudo.

—Nina, tengo que preguntarte una cosa.

La forma en que lo dice, en un tono extraño y algo indiferente, hace que levante la vista y lo encuentre mirando al techo, su cara con expresión taciturna.

—De acuerdo —digo.

—Si resulta que las muletas son lo mejor que puedo lograr, ¿te irás? —Abro la boca para decirle lo idiota que es la pregunta y me silencia los labios con la mano. Sigue sin mirarme—. Quiero que lo pienses antes de responder. Piensa largo y tendido en lo que eso significa. Nunca seré capaz de correr, no importa qué tanto progreso tenga. Las escaleras siempre serán un problema para mí. Puede que ahora no te importe, pero eres joven. Conocerás a otros hombres que no estén... dañados. Hombres que no tienen limitaciones. Así que, si tengo que usar muletas el resto de mi vida, y eso no es algo que puedas aceptar a largo plazo, lo entenderé. Te lo juro. Lo entenderé y no habrá resentimiento por mi parte. Si es así, necesito saberlo ahora. Podemos seguir hasta que funcione para ambos, y cuando ya no sea así, tomaremos caminos separados. Sin embargo, necesito saberlo, Nina, y quiero que estés bien segura.

Roman aparta la mano de mi boca. Trato de superar el hecho de que pueda parecerle tan superficial, luego lo miro desde su punto de vista, cómo me sentiría yo si estuviese en su situación, y lo comprendo.

—¿Hasta el momento has sentido que yo tenga un problema con eso, Roman?

—No. Pero eres una actriz con mucho talento, *malysh*. Y, a partir de ahora, no quiero a esa otra mujer, la que creaste para el propósito de nuestro acuerdo. No más actuaciones, no más farsas.

—Es un trato justo. De acuerdo. —Tomo aire—. Me encantaría verte correr o subir las escaleras de dos en dos. Supongo que el bastón está bien, y me sentiré muy feliz si llegas tan lejos. —Sé que cada palabra que sale de mi boca le hace daño, porque se queda tan quieto que da miedo. Dios,

aunque odio decir todo esto, tenemos que resolver el problema de una vez por todas—. Si pudiera elegir, lo que más me gustaría, sería que volvieras a ser como eras antes de esa bomba. —Sigue mirando hacia arriba, pero cierra los ojos después de escuchar mis palabras—. Sin embargo, eso nunca va a suceder, Roman. Sé que es difícil para ti, y me desgarran por dentro. Me encantaría verte sin las muletas, pero solo porque sé que es lo que te haría feliz. Esa es la única razón. Te amo, y quiero que seas feliz. Quiero eso para ti, demasiado. —Tomo su rostro entre mis manos y hago que me mire—. En lo que a mí respecta, no importa. Te quiero igual, cariño, con muletas o sin ellas. Incluso si tienes que volver a usar la silla de ruedas. Me importa un carajo. Lo único que quiero eres tú. ¿Puedo tenerte, por favor?

—Ya me tienes, *malysch*. —Me besa en la coronilla.

Se hace el silencio después de eso. No está convencido. Tengo muchas ganas de llorar, pero de alguna manera me las arreglo para controlarme.

—Dime, Roman, ¿no te encantaría que pudiéramos tener sexo de la manera normal? Porque a mí sí. Nada me gustaría más que tenerte encima, sentir tu cuerpo apretándose contra el mío, tirando de mis manos por encima de mi cabeza. Bueno, pues no va a ser posible, al menos a corto plazo. Tal vez nunca. ¿Es eso un problema? ¿Te cansarás de mis dificultades y decidirás cambiarme por una versión menos defectuosa en algún momento? ¿Una mujer que no se estremezca cuando te acerques a ella por detrás sin previo aviso? ¿O alguien que no tenga un ataque de pánico cuando lo olvides y la agarres por la muñeca en lugar del antebrazo?

»¿Crees que no me he dado cuenta de que Dimitri o Ivan siempre vienen con nosotros, en lugar de Kostya o Mikhail o Sergei, quienes son tan altos como tú? ¿O cómo se sientan o salen de la habitación cuando entro? Cuando fui a la cocina unos días después de que apuñalaran a Kostya, se dejó caer en la silla con tanta brusquedad que es un milagro que no se rasgara los puntos. Has tenido que ordenar a tus hombres que se sienten cuando entro en una habitación para que no me asuste. Estoy segura de que es agotador y frustrante lidiar con mis problemas. ¿Decidirás sustituirme, en algún momento, por alguien que esté menos jodida?

—Dios mío, Nina. —Me mira sorprendido—. ¿Cómo puedes decir algo así?

—Vaya, no te gusta escuchar cómo suena eso, ¿verdad? Pues jódete, Roman —susurro, vuelvo el rostro hacia su pecho y dejo que mis lágrimas caigan libremente.

Siento su mano en mi cabello, su otro brazo rodeándome la cintura y, al momento siguiente, me tiene acostada encima de él. Aparta los mechones de cabello pegados a mi rostro lloroso y frota la piel debajo de mis ojos con sus pulgares.

—Lo siento mucho, *milaya*. Es que... te amo muchísimo. Estoy cagado de miedo de que me llegues a dejar algún día.

Aprieto los dientes.

—Dame la mano.

Arquea las cejas, pero hace lo que le pido.

Le guío la mano entre nuestros cuerpos hasta que llega a mi entrepierna, y presiono sus dedos sobre mis bragas mojadas.

—¿Sientes eso, Roman? Eso es lo que me pasa por solo acostarme a tu lado. Estoy tan loca por ti, cariño, que el simple hecho de estar cerca de ti me deja empapada —confieso, y siento que se pone duro debajo de mí.

Despacio, engancha el dedo en la cinturilla de mi ropa interior y comienza a bajármelas.

—Quítatelas —ordena.

—Roman, no...

Las agarra con la otra mano, y se oye un sonido repentino de tela rasgada. Todavía estoy atónita por el hecho de que acaba de arrancarme las bragas cuando se baja los bóxers, me agarra por la cintura y me desliza hasta su miembro. Se siente tan bien que pongo los ojos en blanco, mientras mis músculos comienzan a tener espasmos alrededor de su longitud.

—Mía —gruñe, y me penetra—. Solo *mía*. Dilo.

—Solo *tuya*, cariño.

Otro empujón y me corro, mis entrañas explotan. Los escalofríos se apoderan de mi cuerpo. Roman gime mientras empuja con intensidad dentro de mí, y siento que su semilla me llena. Aún descendiendo de la euforia, me

dejo caer sobre su pecho. Ha sido el sexo de un minuto más alucinante que he experimentado en toda mi vida.

Los brazos de Roman me rodean la espalda, apretándome hacia él, y siento que sus labios me besan la coronilla.

—Entonces, ¿te quedarás para siempre? —susurra.

—No vas a librarte de mí, aunque lo intentes. Nunca seré capaz de encontrar a un esposo tan *sexy* como tú. —Sonrío y lo beso—. Cerremos el tema, Roman. ¿Trato?

—De acuerdo, pero tienes que saber una cosa. Cuando encuentre al cabrón que te hizo daño, lo mataré.

—No, no lo harás. —Le aprieto el brazo—. No quiero tener la muerte de nadie en mi conciencia, así que, por favor, te ruego que lo olvides.

—Nina...

—Por favor, cerremos también ese tema. No vas a matar a nadie por mí. No podría vivir con eso. Por favor. —Como no contesta, tomo su cara entre mis manos y presiono mi frente contra la suya—. No me harás eso. No lo buscarás y no lo matarás. Si me amas, no me obligarás a llevar la muerte de alguien en mi alma. Dime que lo entiendes, Roman.

Hay un silencio y luego responde:

—De acuerdo.

Capítulo 14

Roman

Mi rodilla está mucho mejor a la mañana siguiente, aunque sigue doliéndome mucho cuando coloco peso en la pierna derecha. Después del desayuno, me deshago de las muletas y tomo la silla de ruedas. Hace semanas que no la uso, y odio tener que hacerlo ahora. Sin embargo, no quiero arriesgarme a sufrir más daños en la rodilla. Puede que Nina no tenga ningún problema con que use las muletas, pero yo sí. Cueste lo que cueste, voy a conseguir usar ese maldito bastón, porque quiero poder darle la mano cuando la lleve a cenar, o incluso a dar un paseo.

—Voy abajo. Igor me está enseñando a hacer *borsch*. —Nina sonríe, se inclina y me besa—. ¿Quieres que traiga el almuerzo cuando regrese?

—Sí, hoy trabajaré desde aquí. Y dile a ese jabalí que, si se atreve a levantarle la voz a mi esposa otra vez, es hombre muerto.

—No seas un ogro, Roman.

La observo irse, luego voy a mi habitación y enciendo la *laptop*. Al abrir el *software* de audio, encuentro la grabación de la habitación de Leonid y reproduzco la transmisión en el momento aproximado en que regresamos anoche.

Había una razón por la que ocultaba el hecho de que mi pierna estaba mejorando. Estoy casi seguro de que verme caminar de nuevo llevará a Leonid a intentar algo, y quiero atrapar a su socio antes de eso. Han pasado casi cinco meses, y como no he podido averiguar quién es el hijo de puta, es hora de empujar a Leonid a la acción. Por la forma en que me miró anoche, tengo la sensación de que me espera una agradable sorpresa.

A mitad de la grabación, por fin encuentro lo que estoy buscando. Leonid está llamando a alguien, y dado que la marca de tiempo en la esquina de la pantalla muestra las dos de la madrugada, estoy bastante

seguro de que no es una llamada de trabajo. Sin embargo, lo que me sorprende es la persona que responde.

—Tenemos que volver a intentarlo. Ese bastardo está caminando —espeta Leonid.

—*Hum*. Ya no estoy seguro de que eso funcione para mí —responde Tanush.

—¡No puedes cambiar de opinión ahora!

—Por supuesto que sí. Actué de forma impulsiva. Estaba furioso porque Petrov rechazó a mi hija y quería hacerlo pagar. Pero me hace ganar mucho dinero.

—Teníamos un trato, Tanush. Me ayudas a quitarlo de en medio, y yo me aseguro de que obtengas un mejor porcentaje cuando tome el poder.

—¿Ves?, ese es el tema. Incluso si me das un porcentaje mayor, dudo que puedas mantener el negocio en marcha. He decidido que no quiero arriesgarme. Estoy fuera.

La línea se corta.

Me recuesto en la silla, tomo el teléfono y llamo a Maxim.

—¿Dónde está Leonid?

—Salió. Lo oí decirle a Valentina que le subiera la cena a las cinco.

—No será necesario. Quiero a todo el mundo fuera del piso superior después de las cuatro. Y me refiero a todo el mundo. Nadie sube hasta que yo dé aviso.

Hay silencio al otro lado, supongo que Maxim está atando cabos.

—Me aseguraré de ello. ¿Qué hay de Nina?

—La necesito fuera de la casa. La hija de Dushku se va a casar y nos invitó a la boda. La enviaré a comprar un regalo. Dile a Dimitri que envíe a Ivan con ella. No deben volver bajo ninguna circunstancia antes de que lo llame. No me importa lo que tenga que hacer para distraerla, que no vuelva hasta que haya terminado. ¿Está claro?

—Sí, *Pakhan*.

* * *

Aunque me cuesta un poco convencer a Nina, me las arreglo para despedirla alrededor de las cuatro de la tarde. Estaba empeñada en que cenáramos juntos, pero cedió cuando le dije que tenía mucho trabajo.

Entro en mi vestidor y saco la pistola. Después de revisarla, agarro las muletas y me dirijo a la habitación de Leonid. Me siento en el sillón reclinable en la esquina, justo enfrente de la puerta, coloco la pistola en la mesa de centro y espero.

En algún momento antes de las cinco, Leonid entra en la habitación. Al verme allí, enarca las cejas, aunque se serena bastante rápido.

—¿Ha sucedido algo?

—Cierra la puerta, Leonid.

—¿Roman?

—La puerta —ordeno.

Hace lo que le digo y comienza a caminar hacia mí. Cuando se da cuenta de la pistola en la mesa, se queda quieto con los ojos muy abiertos, luego se gira con intención de huir. Tomo el arma, apunto a su rodilla derecha y disparo.

El sonido estalla en la habitación, seguido del grito de Leonid. Se derrumba en el suelo de costado y comienza a gemir, agarrándose la pierna ensangrentada.

—Si querías ocupar mi lugar, deberías haberte asegurado de matarme, Leonid.

—¡Cabrón! —responde entre dientes, y su saliva vuela por todas partes —. ¡Voy a matarte!

Se tambalea hacia mí gritando como un loco, con las manos levantadas. Apunto a la cabeza y dejo que la bala vuele. Su cuerpo se desmorona en el suelo, y la sangre forma un charco alrededor de su cabeza.

—Ya tuviste tu oportunidad, tío —le digo a su cuerpo tendido.

Me levanto y empiezo a caminar hacia la puerta cuando suena su teléfono. Decido ignorarlo, pero luego me agacho y lo alcanzo mientras mi rodilla grita de dolor. La pantalla muestra un número desconocido. Respondo.

—La encontré —informa la voz al otro lado—. Prepara la transferencia monetaria.

Cuelgan.

Nina

—¿Estás seguro? —Miro por encima del jarrón que estoy sosteniendo—. Es espantoso. Estoy segura de que les encantará, y este ya cuesta más que un auto.

—*Pakhan* dijo que tenía que ser algo grande.

Ivan se encoge de hombros y se sitúa detrás de mí.

—Preguntaré si tienen jarrones más grandes. —Me giro hacia el vendedor.

Me siento abrumada con todas las piezas de decoración elegantes que se exhiben a mi alrededor. Me pone nerviosa saber que el artículo más barato aquí, tiene al menos tres ceros en la etiqueta. Se pueden comprar cosas más apropiadas como regalo de bodas, aunque, por alguna razón, Roman ha insistido en que cruce todo Chicago y elija algo de esta tienda. Todo es muy exagerado, incluidos los candelabros dorados y las réplicas del *David* de tamaño natural. Me hace estremecerme. Algunas personas tienen gustos muy raros.

Estoy pasando junto a una vitrina alta que contiene unos juegos de vasos de cristal cuando oigo un sonido que atraviesa el aire. La vitrina se hace añicos, cae al suelo y un millón de diminutas piezas de vidrio estallan por todas partes. La gente comienza a gritar. Unas manos me agarran por la cintura y me empujan al suelo. Un instante después, Ivan está encorvado sobre mí y escoltándome hacia la parte trasera de la tienda. Suena otro

disparo y tropiezo, extendiendo la mano para evitar golpearme la cabeza contra el suelo. El dolor me lacera la palma. Ivan me agarra del brazo y me arrastra hacia la salida de emergencia, mientras grita al teléfono que sostiene con la otra mano.

Irrumpimos por la salida hacia el callejón trasero justo en el momento en que un coche dobla la esquina. Los neumáticos chirrían cuando el auto se detiene con brusquedad. Ivan me empuja dentro de la puerta, mete la mano en la chaqueta y saca una pistola. Escucho dos disparos sonar casi simultáneamente.

—Quédese ahí —ordena por encima del hombro, y desaparece de mi vista.

Un par de segundos después, escucho otro disparo. No tengo ni idea de lo que está pasando. ¿Es un tiroteo al azar, o alguien está tratando de matarnos? ¿Debería permanecer aquí, o volver adentro? ¿Debería salir y buscar a Ivan? Estoy tan asustada que no estoy segura de poder moverme del sitio, aun cuando supiera a dónde ir.

Me miro la mano izquierda y veo un charco de sangre alrededor de un gran trozo de vidrio medio enterrado en la palma. Me duele horrible.

Oigo unos pasos rápidos procedentes del callejón, así que respiro hondo y espero a ver quién es.

Ivan aparece en mi línea de visión, me toma de la mano y me lleva corriendo por la calle. Miro por encima del hombro y veo el coche. La puerta del conductor está abierta de par en par y una figura inmóvil yace en el suelo. Las sirenas resuenan en algún lugar en la distancia, pero el sonido se está acercando.

Mis pasos vacilan; no obstante, Ivan sigue arrastrándome por la calle y luego dobla la esquina hacia el estacionamiento donde dejó el auto.

Está abriendo la puerta para hacerme entrar cuando me ve la mano y gruñe.

—¡Dios mío, Nina Petrova! ¿Por qué no ha dicho nada?

—No parecía una prioridad —respondo, y levanto la mano—. ¿Crees que el médico que curó a Kostya haría lo mismo por mí?

Ivan levanta la cabeza y me mira con los ojos muy abiertos, luego sacude la cabeza y murmura algo en ruso.

—Iremos a un hospital. Si no lo hacemos, *Pakhan* no estará contento.

—Supongo que no debemos hacerlo enfadar. Tu *Pakhan* ha estado un poco irritable últimamente. Vamos entonces.

Ivan resopla, me ayuda a subir al coche y arranca.

Roman

—Ha habido un tiroteo, Roman.

Miro a Dimitri y juro que mi corazón deja de latir cuando me acuerdo de la llamada de antes. No. Le agarro por la garganta y acerco mi cara a la suya.

—¿Dónde está mi esposa? —reclamo con los dientes apretados, intentando controlarme para no romperle el cuello.

—No lo sabemos. Ivan llamó hace quince minutos y dijo que alguien comenzó a disparar cuando estaban en la tienda y que la estaba sacando de allí. No puedo localizarlo, desde entonces no ha respondido el teléfono.

—¿Y los demás?

—Solo está Ivan. Di instrucciones a dos miembros del equipo de seguridad para que los acompañaran, pero Nina Petrova dijo que no los quería con ella.

Rechino los dientes y aprieto el cuello de Dimitri hasta que empieza a ponerse rojo.

—Si le he han tocado un solo mechón del cabello, habrá mucha gente muerta —reviro—. Comenzando por mi jefe de seguridad, quien envió a mi esposa con un solo guardaespaldas como escolta. ¿Entendido, Dimitri?

—Sí, *Pakhan*.

—Bien. Ahora, consígueme un puto auto.

Nina

Tres tiras de cierre mariposa, una vacuna contra el tétanos y un frasco de antibióticos. Eso es lo que me dieron. Ni siquiera me han dado puntos. La enfermera dice que he tenido suerte y que, la próxima vez, tenga más cuidado al lavar los vasos.

Levanto la vista, tratando de localizar a Ivan. Espero que llegue enseguida y ya podamos marcharnos a casa.

Se oye un golpe, la puerta se abre y me llegan unas voces elevadas procedentes del vestíbulo. Me pregunto si traerán a alguien seriamente herido porque los gritos son demasiado fuertes. Entonces, oigo rugir a Roman.

—¿Dónde está mi esposa?

Mierda. Esperaba volver a casa antes de que se enterara de lo que ha ocurrido.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —murmura la enfermera, que ha estado recogiendo su material, y mira hacia el ruido de las voces.

—*Aah*, creo que es mi esposo. —Le brindo una sonrisa inocente, salto de la camilla y salgo corriendo de la habitación.

Cuando llego a la recepción, veo a Roman encarándose con un empleado calvo de mediana edad que está intentando escribir algo en el teclado. Le tiemblan tanto las manos que no puede pulsar las teclas correctas. La única otra persona en un radio de diez pies es Dimitri. Un par de personas más están de pie junto a la pared, manteniendo una distancia segura. Ivan entra desde el otro pasillo y se detiene en seco al ver a Roman hecho una furia.

—¿Roman? —digo.

Gira la cabeza de golpe en mi dirección y respira hondo al ver que me acerco. Me mira de arriba abajo, poco a poco, desde la cabeza hasta la punta de los dedos de los pies, que me asoman por los zapatos de tacón, luego vuelve a subir. Solo entonces exhala.

Me agarra por la cintura y aplasta mi cuerpo contra el suyo.

—Nunca más saldrás de casa sin mí —me susurra al oído—. Nunca.

Quiero decirle que es una tontería, pero cambio de opinión. Su cuerpo está extrañamente tenso, y noto que la mano en mi cintura le tiembla un poco. Está bastante furioso.

—De acuerdo, cariño. Claro. Vámonos a casa, ¿de acuerdo?

Roman asiente, pasa la muleta derecha a Dimitri, me toma de la mano y comienza a caminar hacia la salida. Echo un vistazo rápido a nuestras manos entrelazadas, miro hacia arriba y me concentro en el coche estacionado a cierta distancia. Mis ojos se llenan de lágrimas de felicidad mientras ajusto mi caminar al de Roman.

Capítulo 15

Nina

—¿Dónde está Leonid? —le pregunto a Roman durante el desayuno—. Hace dos semanas que no lo veo, y anoche vi que los chicos sacaban sus cosas.

—Se ha ido. —Alarga la mano y toma el jugo de naranja.

—¿Te refieres a que ya no vive aquí?

—Por así decirlo.

—¿Roman?

—¿Sí, *malysh*? —Me mira y se mete el tenedor lleno de huevos revueltos en la boca.

—Lo mataste, ¿verdad?

—Por supuesto que sí.

Me atraganto con un trozo de pan que me acabo de meter en la boca y tomo el agua.

—No puedes decirme esa clase de mierda durante el desayuno, Roman.

—Me lo has preguntado. Y él intentó matarme primero.

—¿Y eso lo justifica?

—¿Te resulta más soportable si te digo que estaba planeando la segunda ronda?

—Supongo. —Me imagino a Leonid intentando matar a Roman de nuevo y llego a la conclusión de que, en ese caso, lo mataría yo misma—. Sí. Nadie intenta matar a mi esposo y vive para contarlo. Hiciste lo correcto.

—Me alegro de que lo apruebes.

—No apruebo matar a personas, aunque, en este caso, puedo aceptarlo.

—Tienes opiniones muy raras, Nina.

—Ya que estoy viviendo en tu mundo raro, supongo que es apropiado.

—Miro el reloj y salto de la silla—. Llegaremos tarde a la boda.

—¿Qué te vas a poner?

Esbozo una sonrisa traviesa, tomando un puñado de su camisa y lo jalo hacia mí.

—Tendrás que esperar a verlo.

Lo beso y empiezo a alejarme, pero me toma por la cintura y me arrastra a sus brazos.

—Si juegas con fuego, florecilla mía —me dice al oído mientras engancha las manos en la cinturilla de mis *jeans* y comienza a bajármelos —, podrías quemarte.

—Llegaremos tarde.

—¿Crees que me importa?

«Nop. A mí tampoco».

—Qué tan resistentes son estas sillas?

—Vamos a averiguarlo.

Mientras se quita los pantalones deportivos, yo me quito los *jeans* y la ropa interior y me subo a su regazo.

Mis piernas son demasiado cortas y cuelgan a ambos lados. Aunque me estire, no toco el suelo con los pies.

—No creo que esto vaya a funcionar, Roman.

Baja la vista y no puede sofocar la risa.

—Dios mío, Nina. Eres diminuta.

—¿Deberíamos movernos a la cama?

Roman ladea la cabeza y se reclina en la silla, me sujeta por la cintura mientras una sonrisa petulante se dibuja en sus labios.

—Nop.

Abro los ojos de par en par cuando me levanta y me coloca sobre su miembro duro, después me baja. Jadeo y lo agarro por los hombros, amando la forma en la que me llena gradualmente. Se me escapa un gemido cuando lo siento enterrado completamente dentro de mí. Roman coloca las manos debajo de mis muslos, me levanta y luego me desliza hacia abajo, empalándome una y otra vez mientras gimo y me aferro con fuerza a él. No estoy segura de qué me excita más, si la manera en que su longitud se desliza dentro y fuera de mí, o la facilidad con la que maneja mi cuerpo como si no pesara nada. Me penetra por última vez y me corro, escuchándolo gemir mientras su semilla me llena.

—¿Está todo bien? —Me rodea con los brazos y me aprieta contra su pecho.

—Sí. —Hundo la nariz en su cuello e inhalo su aroma—. Quiero que coloquen sillas al azar en todas las habitaciones. Y puedes deshacerte de esa banca para pecho que tienes.

—Pesas la mitad del peso que suelo levantar, *malysh*.

—Dicen que es más eficaz trabajar con menos peso, pero más a menudo.

—¿No me digas? —Me acaricia la espalda y baja hasta llegar a mi trasero—. Me gusta mucho este nuevo plan de entrenamiento —confirma, y me aprieta las nalgas.

* * *

La boda es extremadamente aburrida. Un montón de invitados deambulan con vasos en las manos, charlando y sonriendo con falsedad. No conozco a nadie, así que me paso casi todo el tiempo observando a la gente y comentando sus atuendos con Roman. Siempre encuentra divertido mi parloteo. Sin embargo, hace unos minutos se vio envuelto en una conversación de política con unos hombres, y decido dejarlo e ir a sentarme a una de las mesas.

No me importa sentarme sola, aunque parece que algunas personas piensan lo contrario, porque un par de mujeres se sientan a mi lado y me

arrastran a una conversación insensible sobre quién compró qué a los recién casados.

—No podíamos presentarnos con una tontería, ¿sabes? —explica una guapa rubia de labios carnosos—. Estoy segura de que disfrutarán el fin de semana en el *spa*. Es un lugar extremadamente exclusivo. No quieras saber cuánto nos costó la reservación; la cantidad fue atroz.

—Les encantará. —Sonrío.

—¿Y qué les compraste, querida?

—Un jarrón bastante feo —respondo—. Mi esposo insistió.

—Oh, bueno, tal vez no tienen los mismos gustos. ¿Cuál es tu marido? Miro al grupo de hombres en medio del salón y sonrío.

—El más *sexy* en el lugar —declaro.

—Estás predispuesta. —La otra, con un vestido rojo corto y pelirroja, se ríe.

—No. Es un hecho. —Me encojo de hombros.

Ambas se giran y miran a la aglomeración de gente como si estuvieran tratando de adivinar cuál es.

—El del traje marrón, ¿verdad? ¿El que trae las gafas?

Sigo su mirada y veo a un chico bajito bastante guapo y con aspecto de contador. Esbozo una amplia sonrisa. Esto va a ser divertido.

—*Nop*. Vuelve a intentarlo.

A continuación, señala a un hombre con esmoquin. Es bastante buenmozo y tiene el pelo largo, aunque es demasiado delgado. Sin embargo, antes de que tenga la oportunidad de responder, la rubia interrumpe.

—Oh, Dios mío, Sandra, ¿es ese Roman Petrov? —exclama agarrando a la pelirroja por el antebrazo. Señalando con la cabeza hacia los invitados, pregunta—: ¿Qué le ocurrió?

—Creo que Rory mencionó que tuvo un accidente hace unos meses —susurra Sandra mientras se vuelve hacia su amiga—. Oí que se casó.

—¡No! ¿Dónde está su esposa? ¿Qué aspecto tiene? ¿Es rusa?

Me pongo la copa en los labios para ocultar mi sonrisa y sigo escuchando.

—No la he conocido. Seguro que es alta y rubia platinada. Ese es su tipo —asegura Sandra.

—Bueno, debe de ser una arpía si tuvo las agallas de casarse con él.

—*Oh*, desde luego que es una arpía —añado.

Ambas mujeres se giran y me miran con los ojos muy abiertos.

—¿Conoces a la esposa de Petrov? —Sandra se inclina sobre la mesa, básicamente empujando su cara contra la mía.

—*Síp*. —Asiento y tomo un sorbo de mi bebida—. Está un poco loca.

—Bueno, debe de estarlo si se casó con él. Nadie en su sano juicio se casaría con el *Pakhan* de la mafia rusa. —Le lanza otra mirada a Roman—. Escuché a Dushku decir que casi le corta el cuello a Tanush durante una cena el mes pasado.

Estoy disfrutando bastante la situación cuando Roman me arruina la diversión. Gira la cabeza y me mira con una sonrisa apenas visible en los labios. Levanto la mano y le tiro un beso. Roman me lanza una mirada encendida y luego retoma la conversación. Cuando me doy la vuelta, ambas mujeres me están mirando horrorizadas.

—Ese es el mío. —Sonrío—. Soy Nina Petrova, la *arpía*.

Sonríen, se disculpan con rapidez y desaparecen al cabo de un segundo. Alcanzo mi copa, tomo otro sorbo de vino y sigo observando a la gente.

Una mujer se acerca al grupo de Roman y se une a la conversación. No le presto mucha atención al principio, no obstante, unos minutos después noto que se acerca a Roman con discreción y le pregunta algo con una sonrisa dibujada en el rostro. Tiene una belleza clásica, el pelo castaño recogido en un moño a la altura de la nuca. Lleva un vestido largo de color *beige* pegado al cuerpo. Su cabeza llega a la altura de los hombros de Roman, lo que la hace al menos una cabeza más alta que yo. Se ríe de algo y bate sus pestañas. No me gusta la forma en que mira a Roman. Él no le

presta atención. Aun así... Me pregunto si debería ir y mandarla a freír espárragos. Mejor no.

Me acomodo más en la silla y cruzo las piernas para mostrarlas por la raja del vestido. Roman mira en mi dirección, y esbozo la pequeña sonrisa secreta que me gusta regalarle antes de arrastrarlo a la cama. Entrecierra los ojos. La mujer le está diciendo algo, pero sostengo su mirada, levanto la mano y me paso un dedo por los labios. Ladeo un poco la cabeza, deslizo poco a poco un dedo por la barbilla y el cuello y me detengo en el escote del vestido. Roman está siguiendo el recorrido de mi dedo, y cuando sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, le regalo una amplia sonrisa.

Les dice algo a las personas que lo rodean y comienza a caminar en mi dirección, sin apartar su mirada de la mía ni una sola vez.

—¿Me has llamado? —pregunta sonriendo.

Me levanto, le pongo la mano en el pecho y lo miro.

—No eres el único que es territorial en esta relación, *Pakhan*.

—¿Celosa? ¿De quién, *malysh*? Ya sabes que solo tengo ojos para una mujer.

—¿No me digas? —Engancho un dedo entre los dos botones de su camisa y tiro de él hasta que inclina la cabeza y nuestras narices se rozan.

—¿Marcando territorio, Nina?

—Por supuesto que sí, Roman—respondo, y lo beso.

—A casa —me susurra en los labios—. Ahora.

Roman

—Te preparé algo.

Levanto la vista del escritorio y veo la cabeza de Nina asomándose por la puerta.

—¿Lo quemaste?

—Es *morozhenoe*. —Sonríe, se coloca entre mis piernas y llena una cuchara con el helado del tazón que sostiene en sus manos. La miro llevar la cuchara a mi boca, me inclino y dejo que me alimente—. Igor me ha estado enseñando un poco de ruso —declara.

—*Oh*, no puedo esperar a oír lo que has aprendido.

—Hasta ahora conozco *govno*, *chort vozmi*, y *skotina*. Son sus palabras preferidas.

—No lo dudo. —Tomo el teléfono y llamo a Varya, quien responde después del segundo tono—. ¡Igor le ha estado enseñando a Nina a maldecir! ¿De nuevo tiene un deseo de morir?

—¡Roman! —Nina me agarra por la camisa e intenta arrebatarme el teléfono, pero aparto la mano y, en vez de eso, la beso.

—Nadie aparte de mí va a enseñarte ruso, ¿entendido?

—Entendido, *kotik*.

Cierro los ojos y sacudo la cabeza.

—No puedes llamar *gatito* a un *Pakhan* ruso, Nina. Tengo que cuidar mi imagen.

Nina entrecierra los ojos, pone una expresión seria y me toca la nariz con el dedo.

—Mi *kotik* letal. ¿Mejor?

—Nop.

—Qué aburrido eres. —Me rodea el cuello con los brazos—. Salgamos a cenar, ¿qué te parece?

—Lo siento, *malysh*, esta noche tengo que ocuparme de un asunto de negocios. Salimos dentro de veinte minutos y no sé a qué hora llegaré, supongo que alrededor de las diez o las once.

—Ten cuidado, Roman.

La observo cuando se va y pienso en lo extraño que es tener a alguien que me espera por la noche o que se preocupa de mi bienestar.

Nina

Roman no ha vuelto aún. Aprieto el suéter con más fuerza y vuelvo a mirar el reloj, probablemente por centésima vez en la última hora. Son las tres y media de la madrugada y no ha llamado ni enviado un mensaje de texto. No quise llamarlo para no inmiscuirme en sus negocios, así que le pregunté a Maxim, quien se quedó en casa, alrededor de la una, luego de nuevo a las tres. No sabía nada.

—Maldita sea, Roman —murmuro para mí misma, con los ojos pegados a la reja visible al otro lado del césped—. No te atrevas a dejarte matar.

Alrededor de las cuatro, la reja se desliza hacia un lado y dos autos se estacionan frente a la casa. Cuando los hombres comienzan a salir, pego las manos a la ventana buscando a Roman. Sale de último, y la forma lenta y dolorosa en que se baja del coche me confirma que ha forzado demasiado la rodilla.

—¡Terco!, terco idiota —maldigo. La distancia que suele recorrer en unos segundos ahora le lleva casi cinco minutos.

¿En qué demonios estaba pensando? Warren le dijo que no podía caminar largas distancias durante al menos unas semanas más, y va y trabaja toda la noche ni siquiera una semana después.

En el dormitorio, saco la silla de ruedas del armario donde la guardó y la estaciono justo al lado de la puerta. Tiene la idea absurda de no dejar que sus hombres lo vean en la silla de ruedas nunca más, así que cruzo los brazos frente a mí y lo espero.

Diez minutos después, la puerta se abre y entra cojeando. Mira la silla, luego a mí. Supongo que la expresión de mi cara muestra lo furiosa que estoy, porque se sienta despacio y me pasa las muletas.

—Estoy tan furiosa contigo —digo entre dientes, apoyo las muletas en la pared, luego me giro y tomo su cara entre mis manos—. ¿Qué tan mal está el dolor?

Me mira y no dice nada, solo aprieta los dientes.

—Mierda, cariño. —Me inclino y lo beso en la frente—. Voy a por tus analgésicos. ¿Dos?

—Que sean tres.

—Bien. ¿Necesitas ayuda para meterte en la cama?

—Si te quitas la ropa y me esperas dentro, sería un buen incentivo.

—Esta noche no, así que no te hagas ilusiones. —Le acaricio la mejilla y voy a la cocina.

Cuando me meto en la cama con Roman treinta minutos después, ya está dormido con la triple dosis de analgésicos. Aprovecho la oportunidad para mirarlo. Por lo general, se levanta antes que yo, así que no tengo la oportunidad de atraparlo desprevenido. Le aparto unos mechones de cabello que le han caído sobre la frente y trazo la línea de sus cejas, nariz y barbilla con el dedo, admirando sus rasgos duros. Dios, esta noche estaba muriendo de miedo. Sin una palabra suya, tenía pavor de que le hubiera pasado algo.

Mañana tendremos una charla seria sobre este tema. No creo que lo hiciera a propósito; tengo la sensación de que Roman no está acostumbrado a que la gente se preocupe por su bienestar. Nunca habla de su infancia, y sospecho que no fue una fácil. Hay muchas cosas que todavía no sé sobre él. Rara vez comparte detalles sobre su negocio, creo que está tratando de protegerme de ese ámbito de su vida, pero no soy estúpida. Para el mundo, mi esposo es un mal tipo. A mis ojos, sin embargo, solo es Roman. Me importa una mierda el resto, y eso también me asusta un poco.

Capítulo 16

Nina

—Podríamos habernos quedado en casa. —Me recojo la falda y tomo la mano de Roman para salir del auto.

—Te debía una cena.

—Deberíamos haber ido a casa después del restaurante y dejar el club para otro momento.

—Tengo que resolver unos asuntos con Pavel de todos modos, no nos quedaremos mucho tiempo.

Podría haber hablado de negocios con Pavel en casa; lo está haciendo por mí. Ayer mencioné el club, diciendo que la pasé muy bien y que me gustaría volver alguna vez. No esperaba que fuera al día siguiente, maldita sea. Tuvo que pasar todo el día en la silla de ruedas después de la tontería que hizo, y odio que se esté esforzando por mí. Sin embargo, no se puede discutir con Roman cuando se le mete algo en esa cabezota.

Llegamos más tarde que la última vez, por lo que el club ya está lleno. Se necesitan serias maniobras para cruzar la primera sala, incluso con Ivan a la cabeza. Después de sentarnos, el camarero nos trae las bebidas. Me apoyo en Roman y me giro para decirle algo cuando veo a un hombre alto y rubio al otro lado del lugar. Está de espaldas a mí, charlando con otros tipos. Siento que la mano de Roman me rodea la cintura y me pregunta algo, pero no escucho sus palabras porque mi atención está centrada en el hombre rubio. Cuanto más lo miro, más superficial se vuelve mi respiración. Alguien lo llama. Se gira, y parece como si se estuviera moviendo en cámara lenta. Entonces, finalmente su cara se vuelve visible. Levanta la cabeza, nuestras miradas chocan y dejo de respirar.

Roman

Siento que Nina se pone tensa a mi lado. Dura unos segundos, luego la mano que me ha puesto en el muslo comienza a temblar.

—¿*Malysh*? ¿Qué pasa?

No reacciona. Es como si ni siquiera me hubiera escuchado. Solo observa a la multitud. Sigo su mirada, tratando de averiguar qué puede haberla asustado, pero no veo nada fuera de lo normal. La gente está bebiendo y hablando, y nada se destaca excepto un hombre cerca de la salida, mirando en nuestra dirección. No me gusta que otros hombres miren a mi esposa, aunque es algo común, Nina tiene una belleza exótica que llama la atención. Sin embargo, la forma en que este hombre la mira va más allá del interés habitual: es una mezcla de reconocimiento y malicia. Es casi tan alto como yo, así que, combinado con la expresión horrorizada que Nina tiene al mirarlo, las piezas del rompecabezas encajan. Tratando de controlar mi ira, tomo la barbilla de Nina y le giro la cabeza para que me mire.

—¿Es ese el hombre que te hizo daño, *milaya*? —Me mira sin pestañear, con los labios apretados—. Es él, ¿verdad? Va a pagarlo. Te aseguro que lo pagará caro, *malysh* —susurro. Me giro y alcanzo las muletas.

Nina me agarra del brazo.

—No. Prometiste que no matarías a nadie por mí.

Nunca prometí tal cosa, pero su voz suena tan débil y molesta que no quiero angustiarla más. Me ocuparé de ese cabrón más tarde.

—¡Ivan! —vocifero, y espero a que se acerque—. ¿Ves a aquel hijo de puta? El que está debajo de la señal de salida. Rubio, con barba, alto. Quiero que lo echen del club, y comunícales a los porteros que no puede volver a entrar nunca más.

—Sí, *Pakhan* —responde, y siento que el cuerpo de Nina se relaja un poco a mi lado.

—Bien. —Le rodeo la espalda con un brazo, me giro hacia Ivan y agrego en ruso—: Cázalo para mí y espera mi llamada.

Ivan me mira y ve escrito en mi cara lo que no he dicho. Asiente, da media vuelta y se dirige hacia la pista de baile.

Sostengo a Nina a mi lado mientras Ivan y uno de seguridad se llevan a ese bastardo. Cuando tengo la certeza de que se han ido, la saco del club. Permanece callada durante todo el trayecto a casa y, cuando llegamos, se va directo a la cama.

—Todo estará bien —le hablo suavemente al oído cuando me acuesto junto a ella.

No responde, aunque se acurruca a mi lado y hunde su rostro en el hueco de mi cuello. Al cabo de una hora, por fin siento que se relaja y su respiración se nivela. Espero media hora más, hasta que estoy seguro de que está profundamente dormida, luego me levanto y salgo de la habitación.

—¿Dónde está? —pregunto en cuanto Ivan responde a la llamada.

—Pavel lo tiene en su maletero.

—Llévalo al sótano. —Dejo el teléfono sobre la mesa del comedor y salgo de la *suite*.

Bajar con muletas las estrechas escaleras hasta el sótano es un infierno, no obstante, me las arreglo y cruzo el pequeño pasillo que conduce al cuarto trasero. En el interior, el bastardo está atado a una silla sobre el desagüe, con la boca amordazada.

—Quítale la camisa —le ordeno a Ivan, quien está esperando en la esquina, y me giro hacia la mesa junto a la pared para examinar el surtido de cuchillos y otras herramientas.

—¿*Pakhan*? ¿Quiere que llame a Mikhail?

—No. —Tomo uno de los cuchillos de Mikhail y sonrío—. Este es mío.

Nina

La calle está oscura, pero sigo corriendo. El sonido de mis pasos resuena en los adoquines que recubren el suelo. Aun cuando lucho con todas mis

fuerzas, siento las piernas pesadas y lentas, como si estuviera pisando lodo. La figura de un hombre dobla la esquina, me agarra por el cuello y comienza a asfixiarme.

Me despierto sobresaltada y me siento en la cama, jadeando pesadamente. La lámpara de la esquina está encendida y el otro lado de la cama vacía. Tomo el teléfono de la mesita de noche y miro la hora. Las cuatro y media.

—¿Roman? —llamo. Solo me responde el silencio.

Una especie de pavor enfermizo se asienta en mi estómago. Salto de la cama y corro, con la esperanza de encontrar a Roman en la cocina. No está allí, y me quedo de pie en medio de la habitación. ¿Habría tenido algún tipo de emergencia en el trabajo? Entonces, mis ojos se posan en su teléfono, que está en la esquina de la mesa del comedor. No hay manera de que dejaría su teléfono.

Recorro descalza el largo pasillo y abro la puerta del gimnasio. Las luces están apagadas, así que bajo las escaleras para checar su despacho. Tampoco está allí, toda la casa está en silencio. Cierro la puerta de su oficina y me dirijo a la cocina principal cuando mis ojos se encuentran con la puerta que conduce al sótano. Aunque nunca he visto entrar a nadie, algo me incita a abrirla.

La luz sobre las escaleras está encendida, y escucho la voz de Roman en la distancia abajo, mezclada con unos ruidos extraños como de madera raspándose. La puerta debe de haber sido insonorizada porque no se oye nada del exterior. Despacio, bajo las escaleras y me encuentro en una habitación vacía con estantes de metal alineando las paredes. Los sonidos son más fuertes aquí. La voz de Roman proviene de la puerta del otro lado, que se ha quedado un poco entreabierta, pero no entiendo lo que dice porque está hablando en ruso.

No quiero ver lo que está ocurriendo detrás de esa puerta, porque en el fondo sé lo que encontraré. Sin embargo, los pies me siguen llevando hacia adelante. Pongo la mano sobre la superficie de madera y empujo.

Brian está sentado en una silla en medio del suelo de baldosas, con los pies y las muñecas atados a ella. En el suelo junto a sus pies, varios dedos

amputados yacen esparcidos en un enorme charco de sangre. Roman está de pie frente a él, apoyado en una muleta con la mano izquierda, y con la derecha sostiene un cuchillo que está clavado en el estómago de Brian hasta la empuñadura. Le grita algo y comienza a girar el cuchillo. Observo con horror la sangre que brota de la herida.

Un sonido extraño y ahogado sale de mis labios, me agarro a la puerta y se me empieza a nublar la vista. Roman se da la vuelta de repente y abre los ojos de par en par. Da un paso hacia mí, y empiezo a retroceder mientras miro sus manos cubiertas de sangre. Cuando Roman da otro paso en mi dirección, doy media vuelta y salgo corriendo. No recuerdo haber salido del sótano ni haber subido corriendo la gran escalera. Cuando llego a la *suite*, atravieso mi habitación hasta el baño y cierro la puerta detrás de mí. Tomo algunas respiraciones temblorosas, luego me precipito hacia el inodoro y vomito.

Aún estoy agarrando los lados del inodoro cuando escucho que llaman a la puerta.

—¡Vete! —Me atraganto.

—Nina, yo...

—¡VETE! —grito, y luego vuelvo a vomitar.

* * *

Estoy sentada en el suelo, junto al inodoro, cuando se acercan unos pasos y la voz de Varya me llama desde el otro lado de la puerta. Ha pasado más o menos una hora desde que vomité por última vez, así que me levanto despacio y me inclino sobre el fregadero. Me echo un poco de agua fría en la cara y quito el seguro de la puerta.

—Querida niña —dice Varya acercándose, pero doy un paso atrás.

—Necesito que me llames un taxi. Por favor.

—No te vayas. Lo destruiré, Nina. Por favor, deja que te lo explique.

—Taxi —gruño—. O me voy a pie.

Varya me mira con tristeza y asiente. Veo una lágrima escapar y rodar por su mejilla antes de que tome el teléfono.

Roman

Llaman a la puerta, pero me quedo sentado en el sillón reclinable frente a la ventana y observo el coche amarillo esperando en el camino de entrada.

—Pakhan.

—¿Sí, Dimitri?

—Hay un taxi esperando afuera. Varya dice que Nina Petrova se irá.

—Así es.

—¿Debería detenerla?

Lo pienso, luego niego con la cabeza.

—No. Envía a dos hombres para que la sigan con discreción. Que me llamen cuando llegue a su destino.

—¿Quiere que se queden allí o que regresen?

—Que se queden. Quiero que dos hombres la vigilen todo el tiempo. Organiza los turnos. Diles que se aseguren de que no los vea.

—¿Algo más?

—Eso es todo por ahora.

Unos minutos después, Nina baja a toda prisa por la escalera y se sube al taxi. Lleva *jeans* y su vieja sudadera con capucha, una jaula transportadora para perros en una mano y una pequeña maleta en la otra. La observo, deseando que se dé la vuelta y vuelva a entrar. No lo hace. El taxi se va.

Agarro la botella de *whiskey* de cristal, me sirvo tres dedos y luego la arrojo al otro lado de la habitación, donde se hace añicos contra la pared.

Capítulo 17

Roman

Han pasado cuatro días desde que Nina se marchó, y poco a poco me estoy volviendo loco. Los hombres que están trabajando como sus escoltas me informan de cualquier novedad al final de cada turno, aunque solo sea para decirme que está bien. «*Quiero que vuelva, maldita sea*».

Al principio, pensé que pasaría la noche en casa de sus padres y que volvería por la mañana, sin embargo, cuando los chicos me comunicaron que había vuelto a su apartamento, supe que no regresaría al día siguiente. Esperé que me llamara al cabo de un par de días. Pero no lo ha hecho. No quiero llamarla hasta que se sienta preparada para hablar.

Cuando la vi de pie junto a la puerta del sótano, con aquella expresión de horror y estupor en el rostro, supe que la había jodido. Aunque no esperaba que se fuera.

Ya no puedo soportar esperar más, así que tomo el teléfono de mi escritorio y la llamo. Cuelga después del segundo tono sin contestar. Vuelvo a marcar, pero solo obtengo una respuesta cortante.

—Hemos terminado, Roman.

No puede hacer esto. No lo permitiré. Tomo las muletas y me dirijo a la puerta.

—¡Al apartamento de Nina! —le grito a Kolya, y entro en el auto.

Cuando llegamos a su edificio, tomo el teléfono y le envío un mensaje.

Yo: Estoy afuera.

Me quedo mirando el teléfono en la mano, esperando a que suene. No lo hace. En su lugar, llega un mensaje.

Nina: HEMOS. TERMINADO. VETE.

¿Qué mierda se supone que debo hacer ahora? ¿Debería subir, echar la puerta abajo y obligarla a que me escuche? ¿Y qué le diría? No hay forma de deshacer lo que ya está hecho.

Me quedo dentro del coche frente a su edificio. Hasta bien entrada la noche, finalmente le digo a Kolya que me lleve a casa. Es demasiado pronto. Le daré unos días más para que se tranquilice. Luego, hablaremos.

* * *

Dos días después, llega un paquete. Es un objeto grande y rectangular envuelto en papel marrón, y lleva mi nombre escrito con la letra descuidada de Nina. Lo coloco en mi escritorio, trazo con los dedos las palabras que ha escrito y empiezo a arrancar el papel.

Es una pintura.

Una mujer desnuda está arrodillada en medio de un campo de escombros y cenizas, con la espalda arqueada hacia atrás y los brazos un poco levantados hacia el cielo tormentoso. Su cabello negro ondea al viento, una parte le cubre el rostro. Una larga lanza negra le atraviesa el pecho, y una gruesa capa de pintura roja fluye desde la herida hacia abajo por su cuerpo desnudo. En el otro extremo de la lanza está posado un buitre solitario, como si estuviera esperando.

Es el autorretrato que me prometió.

Me levanto y contemplo el césped más allá de la ventana hasta que se pone el sol, luego regreso a mi escritorio. Apoyo los codos en la superficie de madera, hundo las manos en mi cabello y observo el cuadro, apreciando los pequeños detalles que se me pasaron por alto la primera vez. La forma en que las venas del cuello de la mujer sobresalen como si estuviera haciendo fuerza. Lágrimas rojas resbalan por sus mejillas. Grietas negras en la piel del pecho donde la lanza lo perforó, más gruesas alrededor de la herida y más delgadas a medida que se alejan, como si su cuerpo comenzara a hacerse pedazos.

No va a regresar.

Capítulo 18

Nina

Me siento en la mesa del comedor, coloco la carpeta manila en la superficie delante de mí y la miro. Pasan veinte minutos antes de que reúna el valor para abrirla y sacar los papeles. Tomo un bolígrafo del vaso, coloco la punta al principio de la línea en la esquina inferior izquierda y empiezo a firmar. Se me nubla la vista y las lágrimas brotan de mis ojos, caen en el papel abajo borrando la tinta. Mierda.

Estrujo el documento, tomo otra copia de la carpeta y vuelvo a empezar. En algún lugar de la tercera página, mi mano comienza a temblar, pero sigo firmando. En la quinta, me derrumbo y empiezo a sollozar. Ya ni siquiera puedo ver el maldito papel, así que me levanto y salgo de la cocina para tranquilizarme. Tardo más de dos horas en firmar las tres copias de los papeles de divorcio. Luego, los meto en un sobre grande, escribo la dirección de Roman y llamo al mensajero.

Roman

—Esto acaba de llegar. —Varya me entrega un gran sobre blanco—. Es de Nina.

Rasgo el sobre por un lado, saco una carpeta con un juego de papeles dentro y la coloco en el escritorio sin abrirla.

—Espero que no sea lo que creo que es —me burlo con los dientes apretados mientras abro la carpeta y miro el primer documento.

—¿Roman? ¿Qué sucede? —inquire Varya mientras rodea la mesa y se pone a mi lado.

—Quiere el divorcio. —Agarro el escritorio y lo lanzo al centro de la habitación, donde cae boca abajo, haciendo volar *la laptop* y los papeles—. ¡No va a obtener el maldito divorcio! —bramo.

Nina

Recibo los documentos dos días después. De pie en la puerta, rasgo el sobre, saco los papeles y me quedo mirando la línea en la esquina derecha donde está impreso el nombre de Roman. Arriba de ello, en la línea punteada donde debería aparecer su firma, hay un gran “No” escrito en tinta roja. Paso la página. El mismo gran “No” en rojo. Y en la siguiente. Y en la siguiente.

—Maldito seas, Roman.

Agarro el teléfono y llamo a mi abogado.

—Necesito más copias de los papeles del divorcio.

Los reenvío el mismo día. Regresan al día siguiente, pero en vez de su firma, todas las esquinas de la parte inferior derecha están quemadas.

La próxima vez que recibo el sobre, no hay papeles dentro. En lugar de eso, hay un montón de cenizas blancas.

Quiero gritar y reír al mismo tiempo, mas acabo llorando otra vez. A la mañana siguiente, decido que ya basta. Tomo el teléfono y lo llamo. Contesta al primer timbre.

—Nina. Supongo que recibiste mi respuesta.

Aunque me entran ganas de llorar al escuchar su voz, me armo de valor y me esfuerzo por sonar normal.

—Necesito que firmes los papeles del divorcio.

—No.

—Roman, por favor.

—¡No voy a darte el puto divorcio! —grita al teléfono—. Tú decidiste dejarme y esa fue tu decisión. Esta es la mía.

—¿Quieres saber lo que quiero, Roman? ¿Te importa siquiera?

Suspira.

—¿Qué quieres, Nina?

—Quiero una vida lo más normal posible, Roman. Quiero a alguien que no juegue a ser Dios, tomando justicia por su propia mano y mate a las personas que no le agradan. No quiero presenciar algo así. Brian era un bastardo; aun así, no quería que lo mataras por mi culpa. Nunca quise ese peso sobre mi conciencia. Te lo pedí y te supliqué que lo dejaras ser. Sin embargo, lo destripaste como a un cerdo. Todavía tengo pesadillas sobre esa noche, Roman.

Respiro hondo antes de proseguir.

—No puedo vivir en tu mundo, Roman, donde estoy bastante aterrorizada cada vez que sales a hacer algún negocio. Pensé que podría, pero no puedo. ¿Tienes alguna idea de lo que me hacía, estar sentada en la ventana toda la noche mientras estabas fuera por negocios? ¡Te imaginaba tirado en una cuneta en algún lado, y esperaba que te trajeran con una bala en el cuerpo!, ¡o muerto! Pero sobre todo, no puedo vivir pensando que algún día decidas destripar a alguien más solo porque me mira de una manera extraña. ¡No puedo! Me está destrozando por dentro. Lo que hiciste con Brian me está consumiendo. La culpa de saber que alguien está muerto por mí. No puedo comer. No puedo dormir. No puedo dejar de ver su cuerpo cubierto de sangre, los pedazos de sus dedos en el suelo. *Dios mío*, Roman... No puedo dejar de ver tus manos manchadas de sangre. —Al final, estoy sollozando tanto que no estoy segura de si ha entendido siquiera la mitad de lo que he dicho—. ¿Lo entiendes?

Al otro lado de la línea, solo hay silencio. Comienzo a preguntarme si ha colgado cuando, por fin, escucho su voz.

—Sí, lo entiendo —responde, y cuelga.

Al día siguiente, llega otro sobre. Lo abro y reviso los papeles. Ha firmado. Miro su firma y duele tanto que, al principio, ni siquiera veo la nota escrita en la parte superior de la página.

Si alguna vez me necesitas, ya sabes mi número. Si no quieres saber nada de mí, llama a Maxim o a Dimitri. Les he dado instrucciones para que,

en caso de que te comuniqués alguna vez, hagan lo que les pidas y no me lo informen. Por favor, llama a Varya de vez en cuando. Te echa de menos. Cuídate, malysh.

Aferro la nota a mi pecho mientras el corazón se me rompe en un millón de pedacitos.

Capítulo 19

Dos semanas después

Roman

Me recuesto y observo a Maxim mientras se acerca a mi escritorio.

—Estoy escuchando.

—El próximo cargamento está programado para que llegue mañana por la noche.

—¿Cuántas cajas?

—Once. Eso es lo mejor que pudimos hacer con tan poca antelación.

—Asegúrate de revisar cada arma. No quiero contratiempos el sábado. ¿Los italianos no sospechan nada?

—No.

—Bien. Rota a los hombres con frecuencia durante los siguientes días. ¿Cuál es el plan de asalto?

—Dos equipos. Seis soldados rasos cada uno. Dimitri y Anton irán con el primer equipo. Mikhail y Yuri con el segundo.

—Deja a Mikhail fuera. —Niego con la cabeza—. No quiero arriesgarme a que le disparen, Lena lo necesita. Envía a Sergei en su lugar.

—No creo que sea una buena idea. El comportamiento de Sergei se ha vuelto aún más errático últimamente. No obedecerá las órdenes de Yuri.

—Claro que no. —Maldigo y tiro el documento que estaba leyendo—. Iré con Sergei. Yuri no puede disparar una mierda, de todas maneras.

Maxim me mira como si me hubiera vuelto loco. *«Tal vez lo estoy»*.

—Por encima de mi cadáver, Roman.

—No está abierto a discusión. Soy el único que puede asegurarse de que Sergei se comporte.

Me mira con la mandíbula apretada en una dura línea, se quita las gafas y me apunta con ellas.

—No puedes caminar, maldición.

—Puede que no pueda andar, pero aparte de Sergei, sigo siendo el mejor tirador de la Bratva.

—No lo permitiré, Roman. Es un suicidio.

—Entonces, le damos a un desequilibrado un arma y un montón de explosivos y lo dejamos suelto sin supervisión. Sergei es capaz de aniquilar una manzana entera en menos de una hora.

—Bueno, pues no enviamos a Sergei. Por algo lo apartaste del servicio en campo.

—Esta es una ocasión especial. Con supervisión, tener a Sergei sobre el terreno es como tener un batallón de asalto de un solo hombre. Necesito a Mikhail o a Sergei el sábado. Y Mikhail se queda fuera. —Maxim no dice nada, se limita a sacudir la cabeza y se aprieta las sienes—. Nunca has visto a Sergei en campo. —Me recuesto en la silla mientras una sonrisa serena aparece en mi rostro—. Es una belleza. ¿Sabes que una vez acabó con un almacén del enemigo él solo? Catorce personas. Y solo lo hirieron de bala una vez.

—No me extraña que ustedes dos sean familia de sangre —suspira Maxim—. Ambos están completamente locos.

—Entonces, está decidido. —Me inclino hacia adelante y cierro la *laptop*—. ¿Qué hay de ella?

—Tiene una exposición el mes que viene. Ivan vio el cartel.

—¿Solo para exhibición?, ¿o exposición para ventas?

—Lo investigaré.

—Si son ventas, llama a la galería con antelación y cómpralo todo. —Levanto la vista—. De forma anónima. ¿Algo más? —Lo noto tensarse y desviar la mirada—. ¿Alguna otra cosa, Maxim?

—Se ha cambiado el cabello.

—¿Se lo ha cortado?

—No, se lo ha teñido.

—¿De rubio?

—No. De... de morado.

Se ha teñido el cabello de morado. No puedo evitar sonreír un poco.

—Eso es todo, Maxim.

Capítulo 20

Un mes después

Nina

Diferentes tonos de negro y gris, y nada más. Tomo un poco de pintura amarilla e intento dar algunas pinceladas sobre las formas oscuras del lienzo, pero termina embadurnado con la capa anterior de negro. De alguna manera, refleja mi estado de ánimo en las últimas semanas. Tonos de negro, y cada intento de añadir un poco de color termina siendo un accidente. No debería haber devuelto a Brando. Tal vez con él no me sentiría tan sola.

Dejo secar el lienzo y voy al baño. Las capas anteriores deberían secarse mañana por la noche, así que lo volveré a intentar. Me pregunto cuándo podré procesar algo más que tonos de gris. Ciertamente no será mañana.

Tres tubos de tinte para el cabello yacen esparcidos junto al fregadero. Ya intenté el morado, y solo duró dos semanas. Qué apropiado. Alcanzo el segundo tubo. Tal vez el azul me dure más tiempo.

Tardo dos horas en terminar con el cabello y ducharme, y son casi las seis de la mañana cuando por fin entro en mi habitación. El sol ya ha comenzado a salir, así que corro las pesadas cortinas de la ventana y me meto en la cama. Aún no puedo dormir durante la noche, así que cambié a trabajar toda la noche y acostarme a primera hora de la mañana. En el momento en que cerraba los ojos, veía a Roman girar el cuchillo de nuevo, con las manos cubiertas de sangre. Es mucho más fácil lidiar con esa escena durante el día.

Esa fase pasó al cabo de un mes, y ahora lo único que veo en sueños es a Roman. Por desgracia, no es más sencillo enfrentarse con esta nueva visión, de día o de noche. A veces, cuando me cuesta mucho conciliar el sueño, cierro los ojos y pretendo que está a mi lado.

Tal vez debería irme, hacer una maleta y tomar el primer tren a donde sea, cambiar en un punto al azar hasta llegar a algún lugar lejano. Podría encontrar un trabajo en una granja o algo así, limpiando mierda de caballo y pintando en mi tiempo libre. O podría empezar a usar mierda de caballo en lugar de pintura. Comenzar una nueva ola artística. Sí, lo pensaré.

Roman

Maxim entra en mi cocina y se detiene junto a la isla, con las manos entrelazadas a la espalda. Observa al médico trabajar en mi brazo.

—Los italianos destruyeron uno de nuestros almacenes —informa.

—¿Daños?

—Solo el edificio, nada que no se pueda reparar.

—¿Algún herido?

—Era uno de los almacenes vacíos, por lo que no había seguridad asignada allí.

Solo los italianos queman un almacén vacío. Idiotas.

—Asegúrate de duplicar los hombres en los almacenes donde haya mercancía.

—Ya lo he hecho.

Doy las gracias al médico, me levanto y me dirijo hacia la ventana que da al patio.

—¿Qué ha estado haciendo ella?

—Se ha vuelto a teñir el pelo. Ahora de azul.

—¿Algún... hombre?

—Nadie, que sepamos.

—Cuando aparezca un hombre, y acabará sucediendo, asegúrate de que nunca me entere, Maxim.

Capítulo 21

Un mes después

Roman

—Ivan acaba de llamar. —Escucho la voz de Maxim en mi auricular—. Dos autos los acaban de pasar y vienen hacia ti. Sal de ahí, demonios.

Maldigo.

—Sergei sigue dentro —respondo, reviso mi arma y dirijo la mirada hacia la parte trasera del almacén de los italianos.

—Llegarán en menos de cinco minutos, Roman.

—No pienso dejarlo.

—¡Te dije que llevaras más hombres contigo! ¡Joder, Roman, nunca escuchas!

—Debía haber solo dos tipos de seguridad. Quizás alguien les avisó. Nos iremos en cuanto Sergei salga.

Me giro a Anton, que está sentado en el asiento del conductor, y señalo con la cabeza hacia la puerta trasera en el lado más alejado del almacén, a unos cincuenta pies de distancia.

—En cuanto veas a Sergei, pisa el acelerador. Vamos a tener compañía.

Dos minutos después, escucho los coches que se acercan por la derecha, y al momento siguiente, la puerta trasera del almacén se abre y Sergei sale corriendo.

—¡Ahora! —ordenó.

Anton arranca el auto y acelera en dirección a Sergei. Abro la ventana, apunto a uno de los vehículos que se acercan por la calle lateral y empiezo a disparar. El primer carro se desvía; el conductor pierde el control cuando

una bala golpea un neumático, y se estrella contra un árbol. El segundo lo pasa y acelera hacia nosotros. Disparo dos veces más, y Anton frena de repente. Se escucha el sonido de una puerta que se abre y Sergei entra de un salto.

—Empezaron la fiesta sin mí —dice y luego se ríe. Maníaco.

—¡Conduce! —le grito a Anton mientras cambio el cargador y sigo disparando a los italianos que se han detenido a veinte pies de nosotros y están tratando de bajar del vehículo. Me las arreglo para disparar a los dos neumáticos delanteros antes de que nuestro coche se sacuda hacia adelante.

—¡Explótalos! —indico por encima del hombro, con los ojos aún fijos en el carro de los italianos.

—De acuerdo —afirma Sergei detrás de mí. Un segundo después, escucho la explosión.

Miro por el retrovisor y veo la parte oeste del almacén colapsándose.

—Avísale a Maxim que estamos fuera —le ordeno a Anton, luego me dirijo a Sergei—. ¿Ha habido algún problema?

—¿Aparte de que me has quitado gran parte de mis cosas?, no.

—Solo quería destruir su edificio. Has traído suficiente explosivo para volar medio continente.

Sacudo la cabeza. Maxim tenía razón. Está completamente desequilibrado.

Nina

Abro la puerta y miro a mi madre.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Hace semanas que no contestas el teléfono. Estaba preocupada.

Me muevo a un lado para dejarla entrar, cierro la puerta y entro en la sala.

—Ayer te envié un mensaje.

—Sí, tu «estoy bien, deja de llamar» no me convenció. ¿Cómo estás sintiéndote?

—Como un desastre. —Me encojo de hombros, tomo el pincel y continúo trabajando en mi cuadro.

—Tienes un aspecto horrible, Nina.

—*Gracias*, mamá.

Por el rabillo del ojo, veo que entra en la habitación y se da la vuelta despacio, mirando los cuadros alineados a lo largo de las paredes.

—Sueles añadir algún color vibrante. ¿Todas esas pinturas son solo grises y negras? — pregunta.

—¿Cómo lo sabes? Nunca te interesó mi arte.

No responde, pero se pone a mi lado y me observa pintar por unos instantes.

—Tengo el de la chica con un vestido verde. Lo colgamos en la sala.

Mi pincel se detiene en el lienzo.

—Pensé que se vendió con los demás a un comprador anónimo. ¿Los devolvieron?

—No. Me dejó tenerlo.

La miro.

—¿Quién?

—Tu esposo. Fue él quien compró los cuadros.

Respiro hondo y me vuelvo hacia el lienzo.

—Ya no es mi esposo.

Intento reanudar el trabajo, sin embargo, la mano que sostiene el pincel está temblando, así que lo bajo y miro la forma negra sin terminar que tengo delante. Mi madre me toma por el hombro y me gira hacia ella.

—¿Qué pasó entre ustedes, cariño? Pensé que se quedarían juntos.

—Lo encontré destripando a Brian —respondo—. Después de que le cortara la mayoría de los dedos.

—¿Lo mató?

—Sí.

Se queda en silencio un momento y luego niega con la cabeza.

—Te ama.

Siento que las lágrimas comienzan a inundarme los ojos.

—Sí, lo hace. Aunque, a veces, el amor no es suficiente.

—Sabías quién era, y, aun así, te enamoraste de él, Nina. ¿No puedes perdonarlo?

—Volvería a hacerlo, mamá. No puedo vivir con otra muerte en mi conciencia. Esta ya es demasiado. ¿Me convierte eso en una hipócrita? ¿Que nunca me molestara lo que hizo o a quién mató antes?

—Así es como funciona su mundo. Pero no el tuyo.

Me giro hacia el lienzo y vuelvo a tomar el pincel.

—Tengo que terminar este para mañana.

—De acuerdo, cariño. Te dejaré trabajar. —Extiende la mano y roza ligeramente el dorso de la mía—. Por favor, contesta cuando te llame.

Escucho los pasos de mi madre alejarse, luego detenerse. Me giro y la veo de pie en la puerta, con la cabeza un poco inclinada.

—Me equivoqué sobre tu esposo —confiesa, luego levanta la cabeza y nuestras miradas se conectan. Me mira con una expresión extraña. Sus palabras, y toda la visita en general, me dejan confundida.

—Tu padre nunca mataría a un hombre por mí, ¿sabes?

—Pues eso es bueno, mamá.

—No, cariño. No lo es —concluye, y sale del apartamento.

Capítulo 22

Una semana después

Nina

Mi teléfono comienza a sonar en la mesita de noche, pero lo ignoro y me pongo una almohada sobre la cabeza. El timbre se detiene, y comienza de nuevo un minuto después. Gimo, alcanzo la maldita cosa y respondo sin mirar quién llama.

—¿Te he despertado, niña?

Me levanto de golpe en la cama, inmediatamente despierta.

—¿Varya?

—Necesito hablar contigo. ¿Puedo ir a tu casa?

—Claro, te envió un mensaje de texto con la dirección.

—Estaré allí en una hora.

—Varya, ¿qué pasa? ¿Está bien?

—Sí. Al menos, de momento. Hablaremos cuando llegue allí.

Un mal presentimiento se forma en mi pecho mientras miro el teléfono. Algo está mal, lo sé. Corro al baño para ducharme y cambiarme. Estoy recogiendo los pinceles y los bocetos descartados que están esparcidos por el suelo de la sala cuando escucho el timbre de la puerta.

—¿Qué demonios ha hecho ahora? —pregunto en el momento que Varya entra.

—Me gusta el pelo, *kukolka*. El verde te queda bien. —Me besa y sonrío, pero no llega a sus ojos—. Sentémonos.

La llevo a la cocina, nos sirvo dos tazas de café y me siento en la silla frente a Varya. Se acerca la taza y la sostiene en las manos, mirando el

líquido que hay dentro.

—¿Puedes volver, por favor?

Su pregunta me deja atónita y, por un segundo, la miro sin decir nada.

—No voy a volver. Nos divorciamos hace tres meses, ya lo sabes.

—Roman empezó una guerra con los italianos. Lo hizo a propósito. Llevan meses jugando al gato y al ratón, atacándose los cargamentos, haciendo estallar almacenes.

—Dios mío. ¿En qué diablos estaba pensando?

—No lo estaba. Creo que quería una distracción, y los italianos eran una opción conveniente.

—Tremenda distracción. ¿Se ha vuelto loco?

—Tal vez. —Se encoge de hombros y toma un sorbo de café—. Estuve allí cuando firmó los papeles del divorcio, sabes. Creo que, hasta ese momento, pensó que eventualmente regresarías. Sin embargo, después de firmar esos papeles... se derrumbó. Dos semanas después envió a los chicos a interceptar uno de los cargamentos de los italianos. Y se fue con ellos.

—Que hizo ¿qué?

—Dijo que era porque necesitaba mantener vigilado a Sergei, y supuse que solo ocurriría una vez, pero no.

—Creí que un *Pakhan* no juega a ser soldado raso, sino que maneja la organización, gestiona los acuerdos comerciales y todo eso.

—A él no parece importarle, niña. ¿Sabes qué tan importante es en nuestro mundo que un soldado logre matar a un *Pakhan*? El que lo consigue se convierte en un héroe entre sus compañeros. Cuando solo hay soldados sobre el terreno, es lo mismo de siempre, pero si hay un *Pakhan* ahí, se convierte en el objetivo principal.

—Varya, yo... No sé qué esperas que haga. ¿Lllamarlo y pedirle que deje de actuar como un idiota?

—Necesito que vuelvas. Contigo allí, no será tan imprudente. No querría que te preocuparas.

—Es un hombre adulto, Varya. No necesita que actúe como su interruptor de apagado.

—Roman te ama, Nina. No creo que sepas cuánto.

—Un hombre murió por mi culpa. Le dije a Roman que no podría vivir con eso, y lo mató de todos modos. Si de verdad me amara, nunca me hubiera hecho eso.

—¿Sabes cómo Roman se convirtió en *Pakhan*, niña? —pregunta Varya, y niego con la cabeza—. Déjame que te cuente esa historia. Puede que te ayude a entender mejor las cosas. —Mira hacia abajo a su taza y comienza a batir el líquido con una cuchara—. La madre de Roman se casó con su padre cuando solo tenía dieciocho años. Lev era veinte años mayor que ella y era un hombre muy malo, *kukolka*. Llegué a esa casa con Nastya. La conocía desde que era un bebé, y odié ver a Lev maltratarla desde el momento en el que llegó. La golpeaba, incluso cuando estaba embarazada con Roman. Cuando Roman tenía cinco años, comenzó a confrontar a su padre a propósito para que Lev descargara su ira con él en lugar de Nastya. Funcionó durante unos meses, hasta que dejó de hacerlo. Unos días antes de que Roman cumpliera seis años, Lev golpeó a Nastya tan fuerte que se cayó por las escaleras. Roman lo vio.

—¿La mató?

—Sí. Se rompió el cuello. Entonces me encargué de cuidar a Roman. Lev se volvió a casar unos años después, pero Marina logró escapar. No estoy segura de lo que le pasó; nunca más supimos de ella.

—¿Crees que también la mató?

—Supongo. Cuando Roman creció, comencé a trabajar como ama de llaves e hice todo lo posible por mantenerme tan lejos como era posible del *Pakhan*. Me encargaba del personal y no tenía ninguna razón para cruzarme en el camino de Lev. Hasta que, un día, me llamó. Cuando entré en la biblioteca, me agarró por el cuello y me estrelló contra la pared, asfixiándome. Estaba enojado porque la criada no había cambiado las sábanas esa mañana como ordenó. Cuando entró Roman, ya estaba medio muerta. Roman lo mató y, si no lo hubiera hecho, Lev me habría estrangulado hasta matarme.

Miro a Varya, quien está mirando la mano que he levantado en algún momento y me he puesto de forma inconsciente en el cuello.

—Todos tenemos algún detonante, niña. Roman vio a ese hombre como una amenaza para ti y lo neutralizó. No digo que hizo lo correcto, solo estoy tratando de que lo entiendas. Ahora sabe que lo que hizo te lastimó, y créeme cuando te digo que nunca haría nada a propósito que pudiera causarte dolor. Está locamente enamorado de ti, y creo que cuando te fuiste, algo se rompió en él. Ya no le importa nada. Creo que está haciendo todas esas cosas imprudentes a propósito. El... el mes pasado le dispararon.

—¿Qué? —exclamo, y salen las lágrimas que he estado intentando mantener a raya.

—En la parte superior del brazo. Tuvo suerte, la bala solo le rozó, nada serio. Esta vez. Por favor, al menos habla con él. Va a conseguir que lo maten, Nina. Es solo cuestión de tiempo.

—De acuerdo, hablaré con él. —Me levanto de la mesa y me apresuro a agarrar mi chaqueta y la cartera mientras me seco las lágrimas con la manga de la camisa en el camino—. Llamaré un taxi.

—Vova nos puede llevar. Creo que está en turno —comenta Varya con aire despreocupado.

—¿Está por el vecindario?

—Por así decirlo. Está al otro lado de la calle.

Levanto la cabeza y la miro, luego me acerco a la ventana y miro afuera. Como dijo, hay un auto anónimo estacionado al otro lado de la calle.

—¿Me puso una sombra?

—Te puso escoltas. Llevan meses ahí.

—Voy a matarlo.

Cuando salimos del edificio, cruzo la calle hacia el coche y toco en la ventanilla. Vova levanta la cabeza de golpe, me mira con los ojos muy abiertos y se apresura a bajar la ventanilla.

—¿Nina Petrova?

Aprieto los dientes, pero no lo corrijo y hago un gesto con la cabeza a Varya, que se está acercando.

—Necesitamos que nos lleves.

—Por supuesto. —Abre la puerta y nos metemos detrás—. ¿Adónde necesita ir?

—Voy a hacerle una visita al *Pakhan* —respondo, y me recuesto en el asiento.

* * *

Tardamos cerca de una hora en llegar a la casa. En cuanto el auto se detiene en el camino de entrada, salgo y subo corriendo los escalones de piedra hacia la puerta principal. El tipo de seguridad, que está de guardia, me mira con sorpresa, luego asiente y me abre la puerta.

—¿Dónde está, Kolya?

—Me parece que el *Pakhan* está en su despacho —responde.

Corro por el vestíbulo y giro a la izquierda hacia el pasillo del ala oeste que conduce a la oficina de Roman. Cuanto más me acerco, más me acobardo. Para el momento en que llego a la puerta, estoy hecha un manojo de nervios y ansiedad. Voy a volver a verlo después de todo este tiempo, y estoy emocionada y asustada a la vez. Quiero entrar y, de igual forma, dar media vuelta y salir corriendo. Ahora es demasiado tarde, ya no hay vuelta atrás.

Pongo la mano en el picaporte, respiro hondo, adopto una expresión impassible y entro sin llamar.

Roman está sentado detrás de su escritorio, mirando entre los papeles que tiene en las manos y la pantalla de la *laptop*. Dejo que la puerta se cierre detrás de mí, apoyo la espalda en esta y lo observo durante unos segundos. Dios, lo he extrañado tanto que duele tan solo mirarlo.

—Me han dicho que te dispararon —comento, y me asombra lo relajada que logro sonar. Ni un temblor en la voz, no obstante, un huracán ruge por

dentro.

Mi exesposo levanta la cabeza de golpe, su mirada choca con la mía y me observa con tanta fuerza que, si no hubiera tenido la puerta detrás de mí, habría tropezado hacia atrás. Están pasando muchas cosas en sus ojos; diferentes emociones parpadean y son sustituidas por otras tan rápido que no puedo captarlas todas. Hay sorpresa mezclada con dolor, y tanta rabia que no puedo evitar estremecerme.

—¿Y eso en qué te concierne, Nina? —Palabras tranquilas y enojadas, perforando mí ya destrozado corazón. Me odia.

—Solo quería asegurarme de que estés bien.

—¿Por qué? —Se reclina en la silla y cruza los brazos delante de él.

«¿Por qué?» Una pregunta tan sencilla. Y con tantas respuestas. Porque tenía miedo por él. Porque lo extrañaba y quería verlo, aunque solo fuera un minuto. Porque lo amo. En lugar de responder, me quedo ahí parada y trato de controlar mi respiración porque, de repente, siento que no hay suficiente aire en la habitación.

Roman se pone de pie, alcanza el bastón apoyado en el escritorio y camina hacia mí. Se apoya fuertemente en él, sin embargo, sus pasos son seguros y bastante rápidos. Una lágrima se me escapa por el rabillo del ojo. Lo consiguió; sabía que lo haría.

Se para delante de mí, levanta la mano y la coloca en la puerta junto a mi cabeza, enjaulándome. Baja la cabeza para que nuestras caras estén a pocas pulgadas de distancia.

—Te he hecho una pregunta. Necesito una respuesta, *malysh*.

La presa se rompe al escuchar esa palabra de cariño, y las lágrimas ruedan libremente por mi rostro. Mi labio inferior comienza a temblar, así que me lo muerdo y, poco a poco, levanto las manos hacia su rostro. Están temblando. Dudo por un segundo, luego coloco las palmas en sus mejillas.

—Tú. Me. Dejaste —susurra, y luego golpea la puerta con su palma.—. ¡Me dejaste, maldición!

—Lo sé.

Rabia. Mucha rabia en sus ojos cuando me mira con la mandíbula apretada en una línea dura.

—Siento haberte hecho daño —declara—. Ojalá pudiera dar marcha atrás y hacer las cosas de otra manera. No puedo, y ese es un hecho. Aunque quiero que sepas que no me arrepiento de haber matado a ese bastardo. Ese es otro hecho para ti. Te lo vuelvo a preguntar. ¿Por qué te importa si me dispararon?

No puedo apartar la mirada de sus ojos. No se arrepiente de lo que hizo. ¿Puedo vivir con eso?

Roman aprieta la mandíbula, estira la mano y la hunde en mi cabello por la nuca.

—¡Respóndeme, maldita sea!

—¡Porque te amo, Roman! —Presiono las manos en sus mejillas y sacudo su cabeza terca—. Te amo. No puedo soportar la idea de que te hagan daño. Acabarás con esta maldita guerra que iniciaste, ¿me oyes? No me importa cómo lo hagas, pero termínala, o que Dios me ayude, te mataré yo misma.

No dice nada durante unos segundos, y sigue observándome con los dedos hundidos en mi nuca.

—Cásate conmigo —demanda—, y acabaré con esta guerra.

Roman

Nina abre los ojos de par en par ante mi propuesta. Se está preguntando si hablo en serio; y puede apostar a que lo hago. Voy a recuperarla, cueste lo que cueste.

—Me estás chantajeando para que me case contigo. *Otra vez.*

No es una pregunta, pero decido aclararlo de todos modos.

—Sí, lo estoy.

Me mira fijamente, y la observo con atención. Tiene los ojos rojos en los bordes y las lágrimas siguen cayendo. No creo que siquiera se dé cuenta de que continúa llorando. Anhele limpiarle las lágrimas con mi mano. Me prometo a mí mismo que esta será la última vez que llore por mi culpa.

Necesito que diga que sí. No hay manera en que pueda pasar una noche más sin mi gata salvaje acurrucada a mi lado. Se llevó mi negro corazón con ella el día que se marchó, y si dice que no, puede quedárselo. De todos modos, no podré estar con nadie más.

—Dios mío, Roman —suspira, y se presiona el talón de las palmas de las manos sobre sus ojos.

Observo sus manos, que están manchadas de pintura negra, y una pequeña llama de esperanza se eleva en mi pecho.

—No te has quitado los anillos.

—No pude.

Baja las manos y aspira.

Bueno. Estamos llegando a alguna parte. Le tomo la mano y le retiro los anillos del dedo. Se desprenden con demasiada facilidad. Ha perdido peso. La voy a estrangular.

—¡Devuélvemelos! —exclama, e intenta agarrarme la mano, pero la escondo detrás de la espalda.

—Lo haré. Dame unos segundos —digo y agarro el bastón, empiezo a bajar despacio la rodilla izquierda hacia el suelo.

Nina me mira con los ojos muy abiertos. Está llorando de nuevo.

—Mierda, cariño. No hagas eso.

Ignoro el dolor agudo en mi pierna derecha y bajo un poco más la rodilla izquierda. Aunque no es la pose exacta que imaginé, es lo más cercano a ponerme en una rodilla que puedo lograr. Levanto los anillos frente a ella.

—¿Te casarías conmigo, *malysh*?

Gime y exhala mientras las lágrimas ruedan por sus mejillas, luego me agarra por la camisa y me levanta. Tardo unos segundos en enderezarme, y cuando lo hago, levanta la mano entre nosotros.

—Esta vez no te vas a salir con la tuya con la versión barata, Roman — resopla—. Quiero un vestido grande, pomposo y brillante. Quiero un montón de flores, una orquesta que toque música elegante y, por supuesto...

Mis labios se curvan en una sonrisa. Estoy jodidamente enamorado de mi pequeña y loca esposa.

—Te amo —susurro, deslizo los anillos en su dedo, luego agarro su rostro y la beso.

* * *

Recorro la espalda de Nina con la palma de la mano, luego la bajo para apretarle el trasero y vuelvo sobre el camino de vuelta hasta la nuca, donde mis dedos se atascan en los mechones verde oscuro enredados.

—¿Esto se irá al lavarlo?

Nina levanta la cabeza de mi pecho y mira el mechón de cabello entre mis dedos.

—¿No te gusta el verde?

—No realmente. Pero si a ti te gusta, no pasa nada. Sin embargo, es horrible.

—Se me irá en una semana, más o menos. También lo odio. —Se encoge de hombros y vuelve a bajar la cabeza, justo sobre mi corazón—. ¿Cómo detendrás la guerra con los italianos?

—De la forma habitual. Alguien se casará con una dulce y dócil chica italiana.

—Qué romántico. ¿Y quién será el afortunado novio?

—Aún no lo he decidido. Probablemente Kostya.

—Seguro que estará encantado. —Bosteza y cierra los ojos—. ¿Cómo te ha ido en la rehabilitación física?

—Terminé hace dos semanas. Warren dijo que hemos llegado al máximo de lo que puedo lograr, así que ya no es necesaria.

—Me alegro. Sé cuánto odiabas esas sesiones. Te ves *sexy* con el bastón, tal como predije. —Sonríe adormilada.

Aparto de su rostro unos mechones de cabello enredado, luego miro hacia el lado de la cama donde mis muletas están apoyadas en la pared. No creo que las viera cuando entró, pues estábamos ocupados quitándonos la ropa de camino a la cama. Se enterará por la mañana de todos modos, así que prefiero decírselo ahora y terminar con esto.

—Nina... Tengo que decirte una cosa.

—*Mmm...* ¿Puede esperar hasta mañana?

—No.

Levanta la cabeza inmediatamente y me mira con atención.

—¿Qué has hecho?

—Nada. Es que necesito que sepas una cosa.

—Oh, Dios... —gime—. Dime qué demonios hiciste.

Mi hermosa florecilla me está mirando con los ojos muy abiertos. Odio tener que decírselo. Lo odio tanto que me enferma.

—Sigo usando las muletas, Nina. Todavía tengo la rodilla rígida por las mañanas y no puedo caminar sin ellas durante la primera hora más o menos.

—Aprieto los dientes y prosigo—. A veces también las necesito por las noches.

Está mirándome, con los ojos clavados en los míos. Necesito que diga algo. Lo que sea.

—¿Y? —pregunta por fin.

—¿Y qué? Ya es todo —respondo.

Abre los ojos aún más.

—Maldición, Roman, no me pegues esos sustos. —Me golpea el pecho con la palma de la mano—. Pensé que ibas a decirme algo importante, como que mataste a Igor mientras yo no estaba. Dios mío, cariño.

La observo. No es la reacción que esperaba. Decepción, sí. O, al menos, cierto disgusto cuando se diera cuenta de que terminaría atada a un

discapacitado para el resto de su vida. ¿No es eso importante? Tal vez piense que es temporal.

—Nina, no lo entiendes. No será mejor que esto. Lo siento, *malysh*.

Se inclina hacia adelante hasta que su frente toca la mía y me toma la cara con sus manos.

—Sí, ya me lo dijiste. También vi las muletas y lo deduje yo misma, cariño. Y me importa una mierda. —Me besa en los labios—. Entonces, ¿no mataste a nadie en mi ausencia? —Me acojo a la quinta enmienda y mantengo sabiamente la boca cerrada—. ¿Roman? —Me mira con los ojos entrecerrados.

—Liquidé a Tanush, ¿de acuerdo? —suspiro.

—Lo sabía. Yo... —Sacude la cabeza.

—Fue quien colocó la bomba junto con Leonid.

Nina me mira, arruga la nariz, luego asiente.

—Se lo merecía —dice, y vuelve a colocarse sobre mi pecho—. Por favor, no mates a nadie más por mi culpa.

Escucho hasta que su respiración se nivela. Cuando estoy seguro de que está dormida, levanto su diminuta mano de mi pecho y le doy un beso en la punta de los dedos.

—Mataré a cualquiera que se atreva a hacerte daño —susurro—, pero me aseguraré de que no te enteres la próxima vez.

Epílogo

Dos meses después

Nina

—No vas a venir conmigo a comprar el vestido de novia, Roman. —Lo miro desde el otro lado de la cocina, con las manos en mi cintura.

—Me quedaré afuera del probador. No miraré, pero *estaré* allí.

—No —respondo.

—Sí.

—Esto es ridículo.

—No hay nada ridículo en mi temor por tu seguridad. Todavía no puedo olvidar el día en que el bastardo que contrató Leonid intentó matarte. No tienes ni idea de cómo lo pasé durante la hora en que no sabía si estabas herida o muerta. No volveré a pasar por eso.

Se para delante de mí, me levanta por la cintura con un brazo y me sienta en la encimera. Se ha convertido en mi lugar preferido.

—Engreído. —Extiendo la mano y aprieto sus bíceps duros como piedras.

—Te encanta cuando lo hago —añade, y se coloca entre mis piernas—. Además, así no fuerzo el cuello.

Siento su mano en la parte posterior de mi rodilla, luego sube por el muslo hasta las bragas. Coloca el bastón sobre el mostrador y desliza la otra mano por debajo de mi falda.

—Llegaré tarde a la prueba de mi vestido.

—Esperarán —me susurra al oído, y, de repente, oigo que rasga la tela de mi ropa interior—. Tengo que encontrar al arquitecto que calculó la

altura de esta encimera... —Se desabrocha el cinturón y comienza a desabotonarse los pantalones—. Le daré una buena propina.

—¿Cómo de buena? —Sonrío, le rodeo la cintura con las piernas y me agarro del borde de la encimera.

—Extremadamente buena. —Me sujeta las nalgas y se hunde de un golpe dentro de mí.

* * *

—Roman —digo una hora después—. Quiero volver a intentarlo.

Su mano se detiene en mi espalda.

—No.

Estuvimos intentando superar mis miedos y parece que estamos llegando a alguna parte. Ya no me asusta que me sujete por las muñecas. Fue lo primero que probamos. Sin embargo, cuando lo probamos conmigo acostada boca arriba, llegamos a un callejón sin salida. Cada vez que Roman trata de ponerse encima de mí, incluso sin atraparme con el cuerpo, me pongo como loca. Me está destrozando por dentro. Anhele tanto sentir su cuerpo cubriendo el mío, sin embargo, mi mente siempre procesa la situación de manera equivocada. No sé qué hacer para que mi jodido cerebro se *des-joda*.

Levanto la cabeza y lo miro a los ojos.

—¿Por favor?

Roman toma mi cara entre sus manos, su mirada quemando en la mía y lo veo en sus ojos. A él también le molesta.

—¿Tienes idea de lo que siento cuando que te quedas quieta debajo de mí, viendo el pánico en tus ojos? Me desgarras cada vez. Por favor, no me pidas que te siga haciendo daño, no puedo soportarlo.

—Solo una vez más —suplico, esforzándome por no llorar. Lo amo tanto, ¿por qué mi estúpido cerebro no puede entender que nunca me haría daño?

Roman suspira y me besa en la frente.

—De acuerdo.

Me giro y me acuesto boca arriba, tomo su mano y la coloco sobre mi estómago, donde comienza a acariciarme la piel. Con cuidado, Roman sube la pierna derecha sobre la mía y se acerca hasta que su pecho y su estómago, están pegados a mi costado.

—¿Todo bien? —susurra, y asiento.

Poco a poco, se levanta sobre el codo y coloca la otra mano en mi otro lado. Respiro hondo y lo observo mientras se pone en posición sobre mí, apoyando su peso en los codos. Mi respiración se acelera y veo que se queda quieto. Se apartará. Lo veo en su rostro. *No*. No dejaré que este miedo absurdo me siga dominando.

Estiro la mano, notando la manera en que mis dedos están temblando, y la coloco en su mejilla.

—Necesito que me hables, cariño. —Tengo que hacerle entender a mi cerebro que es Roman.

—Te amo, *milaya*. Muchísimo —susurra sin dejar de mirarme—. Creo que me enamoré de ti el día en que nos conocimos. Estabas tan brutal, con aquella ropa negra de *emo* y el *piercing* en la nariz, parada frente a mí tan tranquila y tan enojada a la vez.

Mi respiración sigue siendo más rápida de lo normal, todavía tiembla mi mano, y siento la necesidad de huir, pero aprieto los dientes y me concentro en la voz de Roman.

—Me embrujaste, florecilla mía. Aquella noche, en la fiesta donde fingimos que nos conocimos, quise besarte cuando me dijiste que no eras un perro.

Coloco la otra mano sobre su pecho, sintiendo los latidos de su corazón bajo mi palma. Mi respiración fatigada se vuelve lenta poco a poco.

—¿Crees en el amor a primera vista, *malysh*? —pregunta, y baja la cabeza unas pulgadas—. Siempre pensé que era una estupidez. Estaba equivocado. Tan equivocado. —Hunde la cabeza aún más hasta que su nariz casi toca la mía, y esos ojos astutos me miran con atención—. Te amo tanto

que quemaría el puto mundo por ti. —Nuestros labios casi se tocan—. Creaste un monstruo, Nina, porque no hay nada que no haría por ti. Solo tienes que pedírmelo.

Mis manos casi dejan de temblar y mi respiración se está normalizando. Poco a poco, le rodeo el cuello con los brazos y tiro de él para cerrar las últimas pulgadas, hasta que finalmente su boca toca la mía.

—Por favor, cariño, hoy no quemes nada —musito en sus labios.

Siento que su boca se ensancha y veo que las comisuras de sus ojos se arrugan.

—Lo pensaré —susurra, y me besa.

Siento una ligera opresión en el pecho. Roman sigue apoyado en sus codos, su frente está casi pegada a la mía. Tengo un momento de pánico cuando registro la posición de su cuerpo, pero luego mi cerebro se centra en sus labios y mis músculos se relajan. Dios, este hombre sabe besar.

—Más, cariño —murmullo, y pone un poco más de peso sobre mí.

—¿Así está bien?

No solo bien. Perfecto. Y, ahora, lo más difícil.

—La mano en el cuello, Roman.

—Nina.

—Por favor.

Mueve despacio la mano derecha sobre mi pecho, luego más arriba, hasta que su palma llega a mi cuello. Se me corta el aliento. Mis manos se quedan quietas sobre sus hombros, y cierro los ojos.

—Soy yo. —Escucho su voz susurrando en mi oído mientras sus dedos acarician la piel de mi cuello—. Nunca te haré daño. Prefiero cortarme la mano. Por favor, vuelve a mí. Sabes el desastre que soy sin ti, *malysh*.

Se me escapa una lágrima cuando abro los ojos y lo miro, mi gran esposo malvado, quien me observa con preocupación.

—Demonios, te amo tanto que es enfermizo —confieso, luego golpeo mi boca contra la suya y le rodeo la cintura con mis piernas.

Roman me penetra despacio. Aunque sigue teniendo miedo de que pueda darme un ataque de pánico, sé que no pasará. Nunca temí que me hiciera daño, y parece que, por fin, mi jodido cerebro recibió el mensaje. Muevo los labios a su oído.

—Quiero que me folles sin sentido —demando—. Y si después puedo caminar, atente a las consecuencias.

Gruñe, se desliza despacio fuera de mí, luego se entierra de nuevo, haciéndome gemir. Nunca pensé que disfrutaría tanto de la sensación de un enorme cuerpo masculino que pesara tanto. Roman arrastra la mano sobre mi pecho y estómago hasta que llega al lugar donde se unen nuestros cuerpos. Presionando mi clítoris, sus dedos magistrales hacen círculos, provocando. Me agarro a sus hombros, jadeando, mientras sigue destruyéndome el coño y a mí, deslizándose dentro y fuera mientras se me dispara el corazón.

—¡Más fuerte! —me atraganto y arqueo la espalda.

La mano de Roman deja mi coño y baja por mi muslo. Luego, envuelve los dedos alrededor de mi rodilla, tira de mi pierna hacia arriba y la coloca sobre su hombro. Cuando empuja de nuevo, jadeo. La sensación de su miembro llenándome por completo me revuelve el cerebro. Inclina la cabeza para darme un beso en los labios y me embiste con tanta fuerza que tengo que sujetarme a la cabecera. La cama debajo de mí se balancea al ritmo de sus embestidas, y un gemido sale de mis labios. Tengo espasmos en los músculos, pero sigue penetrándome cada vez con más fuerza hasta que me corro con un grito.

Roman

Me encanta cuando Nina juega con mi cabello. Por supuesto, nunca lo admitiría. No es algo que sería considerado *pakhanish*, como le gusta decir a Nina.

—Creo que tendré que cambiar la prueba para el vestido —dice, y sigue pasando los dedos por mi cabello—. Llevamos tres horas de retraso y estoy

segura de que están completamente agendados. No creo que tengan tiempo para mí.

—Por supuesto que sí. —Abro un párpado y la miro—. Nadie le dice que no a mi esposa.

—Bueno, en realidad, todavía no soy tu esposa. ¿O debería decir ya no, todavía? —Deja de acariciarme y gruño de disgusto—. Supongo que estamos entre matrimonios. Esta situación es rara.

—La corregiremos pronto. —Me encojo de hombros y vuelvo a cerrar los ojos.

—¿Roman?

—¿Mmm?

—Tengo algo que contarte. No sé cómo reaccionarás, pero, por favor, no te alteres. ¿Me prometes que no perderás la cabeza?

—Nina, *milaya*, nunca me altero. Soy una persona de lo más tranquila, ya lo sabes. ¿Qué es?

Su cabello me cosquillea el hombro cuando se inclina y me susurra al oído.

—Estoy embarazada.

Abro los ojos de golpe. Siento como si me hubiera arrollado un tren, y una opresión en el pecho me impide respirar bien. La agarro por la espalda, pego su cuerpo al mío y coloco su cabeza a la altura de mi barbilla.

—¿Estás segura? Por favor, dime que estás segura.

—Estoy segura. Me hice la prueba de embarazo esta mañana porque llevo una semana o más vomitando el desayuno. Y los pechos también me están matando de dolor. No he tomado anticonceptivos desde que volví.

Cierro los ojos y la abrazo durante unos instantes, procesando lo que acaba de decir.

—No pienso perderte de vista —le susurro al oído—. No saldrás de casa sin mí. Voy a pedirles a las criadas que trasladen mis cosas del despacho. A partir de ahora, trabajaré desde la sala.

—¡Roman! ¿Te has vuelto loco?

—Puede que sí. Estoy loco de felicidad y cagado de miedo a la vez. Y no querrás provocar a una persona loca, Nina. Créeme.

—¿Qué demonios le ha pasado al hombre tranquilo que dijiste ser?

—Se esfumó. —Le beso la coronilla—. Cancelamos la prueba e iremos al médico para que te haga un chequeo en este momento.

—Sabía que te alterarías —suspira en mi cuello—. Dios, espero que sea un niño.

—¿Por qué? —pregunto—. Me encantaría tener una niña.

—Nunca tendrá novio contigo como su loco padre, Roman.

—Claro que sí. Cuando tenga cincuenta años. —Muevo la mano entre nuestros cuerpos y coloco la palma sobre el estómago de Nina—. Te amo muchísimo.

—También te amo, mi peligroso *kotik*.

FIN.

Escena extra – La cocina de Igor

UNA ESCENA EXTRA DESDE EL PUNTO DE VISTA DE IGOR

Igor

Estoy metiendo el *pirog* en el horno justo cuando el ruido del cristal estallando se desata en algún lugar detrás de mí. La sartén se me resbala de las manos y se cae contra el suelo. Sin embargo, el estruendo metálico queda ahogado por los gritos de las mujeres.

—¡Me ama más a mí! —grita Olga mientras sigue el clamor de algo más que se rompe.

—Estuve con él primero. —La voz aguda de Valentina explota sobre el caos.

Aprieto los dientes, me doy la vuelta y miro a las criadas, quienes están de pie en medio de la cocina discutiendo sobre Kostya, estoy seguro. Me asombra cómo se las arregla para estar no solo con una, sino con ambas mujeres a la vez.

—¡Suficiente! —rujo, y golpeo la encimera con la mano, pero me ignoran.

Mientras las miro boquiabierto, Olga se lanza hacia Valentina con las manos levantadas como si quisiera arañarle la cara. En respuesta, Valentina balancea el trapo que sostiene en la mano y golpea a Olga en la cabeza. ¡Qué caos!

Me pregunto si debo interferir o dejarlas en paz cuando, por el rabillo del ojo, veo que se abre la puerta de la cocina y entra la esposa del *Pakhan*. Lanza una mirada a las criadas, quienes siguen peleando y gritando, luego se desliza por la pared hacia la nevera al otro lado de la habitación.

No, hoy no. Pasé dos horas haciendo esa salsa.

—¡Nina Petrova! —grito. Se detiene a medio paso. Gira la cabeza en mi dirección y abre los ojos de par en par cuando se da cuenta de que la estoy

mirando desde el otro lado de la cocina—. ¡No se atreva! —vocifero.

Nina parpadea con ingenuidad, lanza una mirada rápida hacia la nevera y luego me mira. Un grito agudo brota en algún lugar detrás de mí. Por la magnitud de la sobrecarga auditiva, es Olga. Grita como una *Banshee*. No me giro para ver si tengo razón porque estoy concentrado en la perdición de mi existencia.

Desde que quedó embarazada, la esposa de mi jefe ha desarrollado una fijación inexplicable por las salsas para pasta. Lleva semanas robándolas cada vez que hago una. Exhibe una amplia sonrisa y corre hacia la nevera.

—¡NIET! —bramo, y corro en la misma dirección con la esperanza de salvar mi plato esta vez.

Estoy más cerca, pero ella es mucho más rápida y llega a su destino mucho antes que yo. Para cuando alcanzo al centro de la cocina, ya tiene la olla en las manos.

—*Spasibo*, Igor. —Se ríe y huye hacia la puerta.

Pisoteo el suelo y me dirijo hacia la despensa para ver si quedan más tomates cuando escucho que la puerta se abre de golpe. Kostya entra con la mano presionada contra la parte superior del brazo. La sangre se filtra a través de sus dedos.

—¿Dónde está Varya? —pregunta, y se acerca al fregadero—. Necesito que me suture.

—¡Estás dejando gotas de sangre por todo el suelo! ¡Fuera de mi puta cocina! —exclamo, superando los niveles monumentales de gritos procedentes del otro lado de la habitación, donde Olga está jalándole el cabello a Valentina.

Kostya me ignora por completo y comienza a desabrocharse la camisa. Agarro el tazón mezclador de plástico de la encimera y se lo lanzo a la cabeza, pero el idiota se agacha y golpea la pared sobre el fregadero.

—¡FUERA! —bramo, y me dirijo hacia él con la intención de echarlo yo mismo cuando unos gritos femeninos hacen que me detenga en seco.

Valentina y Olga corren por la cocina, se arrojan sobre Kostya, susurrándole. Mientras Valentina le ayuda con la camisa, Olga inspecciona

la minúscula laceración del brazo. Por su mirada de horror, uno esperaría que se le estuvieran saliendo las entrañas por el maldito rasguño.

La puerta se abre de nuevo. Levanto la vista y veo a Varya caminando hacia mí con las manos en las caderas.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —inquire, señalando el vidrio roto en medio de la cocina—. ¡Me voy diez minutos y te las arreglas para crear este desastre!

—¡No fui yo! Ellas... —Me detengo a media frase y olfateo el aire. Huele como si algo se estuviera quemando.

Despacio, me doy la vuelta y miro la estufa donde estaba cocinando el *borscht*. La espuma roja se desborda por la olla, cubriendo toda la superficie de la estufa y goteando en el suelo, justo al lado de la bandeja con el *pirog* que se me cayó antes.

—¡*Chort voz'mi!* —Tomo un trapo y me dirijo hacia la cocina justo cuando algo pequeño y negro viene correteando por el piso.

—¿Quién diablos ha dejado entrar al perro? —bramo.

El chihuahua atrapa la pelota que ha estado persiguiendo, luego se gira y viene a pararse entre mis pies.

Frunzo el ceño ante el pequeño demonio y me vuelvo hacia Varya.

—¡Saca a este perro de mi cocina!

—¡Sácalo tú mismo! —revira—. Tengo que limpiar esta pocilga.

—Y yo, ¿qué? —grita Kostya desde donde está parado a un lado del fregadero. Valentina está acurrucada a su derecha, acariciando su pecho desnudo, mientras Olga le peina el cabello con los dedos. *Dios santo*.

Varya me da un codazo en el costado y se dirige hacia Kostya.

—¿Qué diablos te ha ocurrido, mi muchacho?

—Reté a Sergei a crear un contorno lanzando sus cuchillos a mi alrededor. —El idiota sonríe.

—¿Falló? —pregunto atónito. Sergei nunca falla.

—Estornudé. —Kostya se encoje de hombros.

Mudak. Pongo los ojos en blanco y me agacho para recoger al perro, que está orinando en mi zapato.

Síp, un día cualquiera en la cocina.

FIN.

Escena extra – Papá Roman

UNA ESCENA EXTRA DESDE EL PUNTO DE VISTA DE ROMAN

Roman

Olga y Valentina colocan el último de los tazones de comida en medio de la mesa y salen del comedor a toda prisa. Miro mi reloj de pulsera, luego la silla vacía a mi lado y me giro hacia mi esposa.

—¿Dónde está? —pregunto entre dientes.

—*Oh*, supongo que, con unos amigos, *kotik*. —Nina sonríe y me pasa el puré de papas—. Toma, Pruébalo. Es la receta de Bianca, con mucha mantequilla.

Conozco muy bien a mi esposa y, por muy buena que sea con sus juegos de actuación, puedo ver a través de cada uno de ellos.

—¿Dónde. Está. Nuestra. Hija?

—Roman, por favor. Tiene dieciocho años. Ya sabes cómo son las chicas a esa edad, siempre se rebelan un poco. Solo es la cena.

—¡Se ha estado rebelando desde antes de poder decir una frase entera! —vocifero—. Le dije que quería que al menos cenáramos juntos, y estuvo de acuerdo.

Nina sonríe y me pone una cucharada grande de puré en el plato.

—Seguro que llegará enseguida.

—A lo mejor está con su novio —agrega Yulia, mi otra hija.

Levanto la cabeza de golpe.

—¿Su qué?

—Novio. —Yulia se ríe—. Los oí hablar por teléfono.

Agarro el borde de la mesa y aprieto la superficie de madera.

—¿Nina?

—¿Sí, cariño? —pregunta inocentemente, y se mete un trozo de carne en la boca.

—Vasya tiene... ¿novio?

—Claro que no, *kotik*. Nuestra hija sabe muy bien que no tiene permitido tener novio hasta los cuarenta. —Me mira—. ¿O eran cincuenta?

Me inclino hacia adelante.

—¿Quién es? ¿Lo conozco? ¿Por qué no me lo habías dicho? —Nina suspira y pone los ojos en blanco—. ¿La ha tocado? —prosigo—. ¿Los has visto besarse?

Nina se toca la cara y sacude la cabeza.

—Por el amor de Dios, Roman. Tiene dieciocho años.

La tensión arterial me sube por las nubes.

—*Oh*, voy a estrangularlo. Dime cómo se llama, Nina. ¡Ahora mismo!

—Necesitas tranquilizarte, Roman. Tu reacción no es normal. —Me pone la mano en la mejilla—. Vasilisa ya no es una niña. Es una mujer, y es de esperarse que tenga novio. La mayoría de sus amigas salen con chicos desde los dieciséis. Eres demasiado estricto.

—¿Demasiado estricto? —Arqueo una ceja—. Por favor, recuérdame qué edad tenía cuando se escapó de casa por primera vez.

—Quince. —Nina se estremece—. Y se fue a casa de su amiga, no se escapó.

—¡Toda la puta *Bratva* estuvo buscando a mi hija durante dos malditos días! Estabas fuera de ti, *malysh*.

—Oh, reaccioné de forma desmedida. —Me atrae hacia ella y me besa—. Acabemos de cenar rápido, así podemos subir y tener algo de tiempo para nosotros.

—Estás intentando distraerme —digo contra sus labios, ensartando los dedos en sus mechones.

—*Nooo*. Nunca haría tal cosa.

El ruido de la puerta principal al cerrarse y el golpeteo de los pies resuenan en las paredes. Suelto el cabello de Nina y miro hacia el vestíbulo,

visible más allá del umbral del comedor. Un borrón del cabello oscuro de mi hija capta mi atención cuando corre hacia la escalera.

—¡Vasilisa! —grito.

Se detiene con el pie en el primer escalón y me lanza una mirada irritada. Observo los *jeans* rotos y la camiseta negra que lleva puesta. Todavía me asombra lo mucho que se parece a Nina. Vasya solo ha heredado el físico de su madre. Por desgracia, la personalidad es la mía. Agarro el bastón y me dirijo hacia ella.

—¿Tienes novio? —bramo cuando llego hasta ella.

—¿Qué? —Se pone tensa—. ¡No!

Me agacho y acerco mi cara a la suya.

—¿Segura?

—Te juro que no tengo novio.

—¿Pues dónde has estado?

—Con el tío Sergei. —Sonríe.

—Oh, Dios. —Me aprieto las sienes—. ¿Te ha estado enseñando a lanzar cuchillos otra vez?

—No. —Sonríe todavía más.

La miro con los ojos entrecerrados. No me gusta esa sonrisa.

—¿Me estás mintiendo, Vasilisa?

—¡No, papá! —Se pone de puntillas y me da un beso en la barbilla—. Voy a mi habitación a cambiarme y bajaré enseguida.

Parece sincera. Sin embargo, mientras la veo subir las escaleras, me quedo con la sensación de que no me ha dicho toda la verdad. Conozco a mi hija demasiado bien. Y conozco a mi hermano.

—¿Sergei te ha estado enseñando algo más hoy? —pregunto.

Vasilisa se detiene en lo alto de la escalera. Me mira por encima del hombro, me guiña un ojo y desaparece.

Me ha guiñado un ojo. ¿Por qué haría eso? ¡Oh! Maldición, Dios mío. Cierro los ojos un momento, luego saco el teléfono del bolsillo y llamo a mi

hermano.

—¡Voy a despellejarte! —bramo al teléfono en cuanto Sergei contesta.

—¿Qué he hecho ahora? —inquire.

Agarro el teléfono con todas mis fuerzas y rujo:

—¿Le has estado enseñando a disparar a mi niña, Sergei?

FIN

Estimado lector

¡Muchas gracias por leerme! Espero que consideres dejar tu reseña para que otros lectores conozcan tu opinión sobre *Cicatrices Marcadas*. Las reseñas ayudan a los autores a encontrar nuevos lectores, ¡y a los lectores a encontrar nuevos libros!

Si quieres leer más, visita mi página web o mi página de autor en Amazon, o mantente informado de cualquier novedad a través de mis redes sociales. El próximo libro en la serie es *Susurros rotos* (la historia de Mikhail).



Sobre la Autora

Neva Altaj escribe apasionante romance de mafia contemporáneo sobre antihéroes dañados y heroínas fuertes que se enamoran de ellos. Tiene una debilidad por los alfas locos, celosos y posesivos que están dispuestos a quemar el mundo hasta los cimientos por su mujer. Sus historias están llenas de erotismo y giros inesperados, y un felices para siempre está garantizado en todo momento.

A Neva le encanta saber de sus lectores, así que no dudes en ponerte en contacto:

Sitio web: <http://www.neva-altaj.com>

Facebook: <https://www.facebook.com/neva.altaj>

TikTok: https://www.tiktok.com/@author_neva_altaj

Instagram: www.instagram.com/neva_altaj

Página de autor de Amazon: www.amazon.com/Neva-Altaj

Goodreads: www.goodreads.com/Neva_Altaj

BookBub: www.bookbub.com/authors/neva-altaj